

...DAL  
...CIÓN



CA DE  
UEIROZ



PRIM

ASTILLO

P09261

.E3

P7

v.1





1080011043

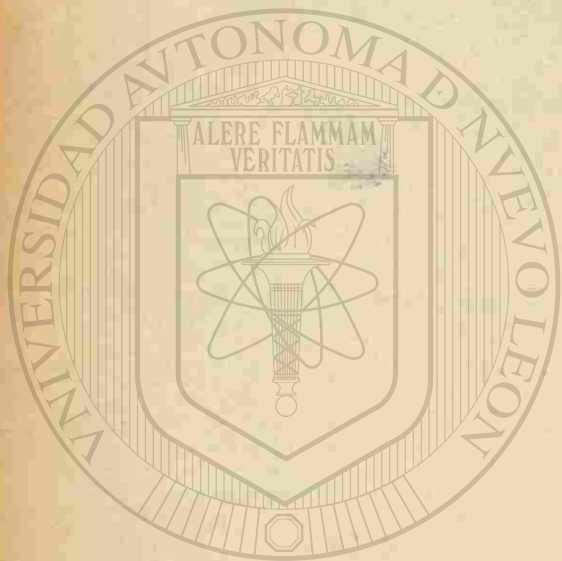


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





de Ed de 933-PB

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"  
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

El primo Basilio

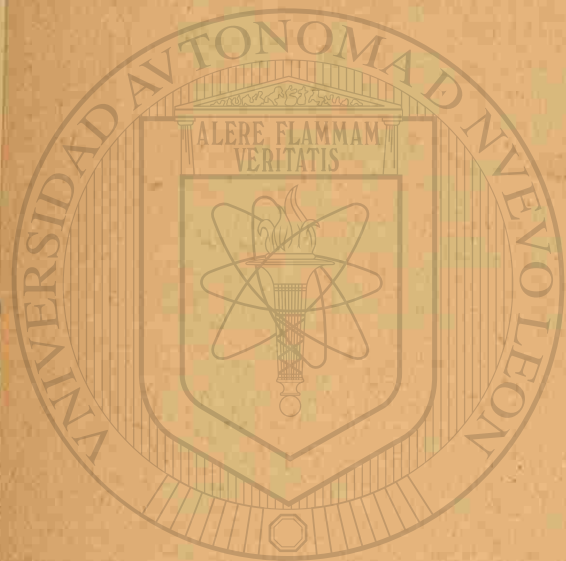
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







EL

3025  
PRIMO BASILIO

POR

EÇA DE QUEIROZ

Traducción de

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

U A N L

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

BUENOS AIRES

Casa Editorial Maucci  
Calle Mallorca, 166

Maucci Hermanos  
Calle Cuyo, 1070

1904

PA 9261  
E 3



Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.

FONDO  
RODRIGO DE LLANO

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



## El primo Basilio

I

Acababan de dar las doce en el reloj de cuco del comedor. Jorge cerró el volumen de Luis Figuiet que hasta entonces hojeara distraidamente, bostezó des-perezándose en el viejo sillón *Voltaire*, y dijo:

—¿No vas a vestirme Luisa?

—En seguida.

Luisa permaneció sentada á la mesa leyendo *El Diario de Noticias*. Aun llevaba puesto el peinador de mañana bordado á *soutache* y adornado con grandes botones de nácar. Su trenza, rubia y un poco deshecha, estaba recogida en lo alto de la cabeza que era pequeña y de muy lindo perfil. Tenía su piel la blancura tierna y lechosa de las rubias. Apoyaba el codo sobre la mesa, y en sus dedos, que con movimiento lento y gracioso acariciaban la oreja, lucían los menudós rubíes de dos sortijas.

Acababan de almorzar.

El piso del comedor estaba esterado. Era el comedor una estancia alegre, con techo de madera pintada de blanco y papel claro, de ramajes verdes.



PA 9261  
E 3



EMU Radil Rangel Funes  
UANL  
FONDO  
RODRIGO DE LLANO

FONDO  
RODRIGO DE LLANO

Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



## El primo Basilio

I

Acababan de dar las doce en el reloj de cuco del comedor. Jorge cerró el volumen de Luis Figuiet que hasta entonces hojeara distraidamente, bostezó des-perezándose en el viejo sillón *Voltaire*, y dijo:

—¿No vas a vestirme Luisa?

—En seguida.

Luisa permaneció sentada á la mesa leyendo *El Diario de Noticias*. Aun llevaba puesto el peinador de mañana bordado á *soutache* y adornado con grandes botones de nácar. Su trenza, rubia y un poco deshecha, estaba recogida en lo alto de la cabeza que era pequeña y de muy lindo perfil. Tenía su piel la blancura tierna y lechosa de las rubias. Apoyaba el codo sobre la mesa, y en sus dedos, que con movimiento lento y gracioso acariciaban la oreja, lucían los menudós rubíes de dos sortijas.

Acababan de almorzar.

El piso del comedor estaba esterado. Era el comedor una estancia alegre, con techo de madera pintada de blanco y papel claro, de ramajes verdes.



Aquel día de Julio hacía un calor insoportable. Las ventanas hallábanse entornadas; pero se adivinaba que fuera, el sol hacía cabrillear los cristales y abrasaba las piedras del balcón. Reinaba el recogimiento solemne y adormecedor de una mañana de misa. Sentíase esa turbación vaga que produce el deseo de la siesta á la sombra de árboles de pomposo ramaje, cerca del agua. Los canarios dormían en sus jaulas suspendidas de las ventanas entre las cortinas de cretona azul. Las moscas, atraídas á la mesa y posadas en el fondo de las tazas, sobre el azúcar mal derretido, llenaban la estancia de un murmullo adormecedor. Jorge lió un cigarrillo, y descansado, fresco, con su camisa de indiana sin cuello y su batín de franela azul, desabrochado, fijó los ojos en el techo y se dió á pensar en su viaje al Alentejo y á rumiar el descontento que le producía aquella obligación. Era ingeniero de minas: al día siguiente debía partir para recorrer Beja, Evora y quizás llegar hasta Santo Domingo. Este viaje, en el mes de Julio, le asustaba como un trastorno de toda su vida, le afligía como una injusticia. Era duro en un verano como aquel. Dentro de pocos días, sacudido por el trote infernal de un caballo de alquiler, iba á encontrarse en las llanuras del Alentejo, desiertas y sin fin, áridas, cubiertas de una vegetación oscura, reseca por el sol. Perdido en el fondo de bosques de encinas, tendría que dormir en alojamientos inmundos, oyendo á su alrededor, en el seno de las tinieblas, gruñir las pjaras de puércos. Le sería preciso resignarse y sentir entrar por las ventanas, pasar por el aire, un aliento abrasado como el de los incendios.

Hasta entonces había tenido un empleo en el Ministerio, en un negociado. Era la primera vez que se separaba de Luisa y sentía achicarse su corazón al

abandonar aquella salita que él mismo ayudara á empapelar la víspera de su matrimonio, y en donde, después de las venturas nocturnas, sus almuerzos se prolongaban en abandonos perezosos.

Acariciando la barba, corta, fina y muy rizada, sus ojos deteníanse con ternura sobre aquellos muebles íntimos que recordaban el tiempo de su madre. El chinero, que encerraba las ricas porcelanas de la India y la vajilla de plata que relucía decorativamente: la antigua estantería barnizada que veía desde niño y se distinguían apenas sobre sus adornos las señales de algunas jarras húmedas. En el otro testero, el retrato de su padre, vestido á la moda de 1830; el rostro redondo, la mirada penetrante, el labio sensual; ostentando sobre el frac abotonado la encomienda de Comendador de la orden de la Concepción. Era un antiguo empleado del ministerio de Hacienda; de temperamento sanguíneo, aficionado á tañer la flauta. Jorge no le había conocido, pero su madre le asegurara muchas veces que al retrato le faltaba tan sólo hablar. Había vivido constantemente con su madre en aquella misma casa. La madre de Jorge era una señora de alta estatura, que se llamaba Isaura. Tenía la nariz muy larga y era devota y tímida al mismo tiempo; en sus comidas bebía agua templada. Un día, al volver de la oración del Santísimo Sacramento, murió de repente, sin un gemido.

Físicamente, Jorge nunca se le había parecido. Fuera siempre robusto, de hábitos viriles. Tenía los dientes admirables de su padre y los hombros fuertes.

De su madre heredara el genio plácido y dulce. Cuando era estudiante en la Escuela politécnica, regresaba á su casa á las ocho de la noche; encendía luz y abría sus libros. No frecuentaba los garitos ni



pasaba las noches de francachela. Dos veces por semana, con gran regularidad, visitaba á una muchacha costurera, Eufrosia, que vivía en Bostatem. Recíbale ella, mientras su brasileño estaba en el club jugando una partida de bostón, con grandes precauciones y apasionados trasportes. Era una muchacha expósita y su cuerpo delgado y fragil, parecía temblar de fiebre.

Jorge la llamaba romántica y se lo reprochaba. El no había sido nunca sentimental; sus amigos que suspiraban leyendo á Alfredo de Musset y soñaban con el amor de Margarita Gautier, le llamaban *prosaico, burgués*. El se reía: jamás le faltaba un botón á su camisa; era muy ordenado, admiraba á Luis Figuiet, Bastiat y Castillo, tenía horror á la política y se sentía feliz.

Al morir su madre, hallóse en una gran soledad: era en invierno y su cuarto situado al interior de la casa, al sur, un poco desamparado, recibiría las ráfagas del viento que se prolongaban vibradoras y tristes; principalmente á la noche, cuando se hallaba de bruces sobre los libros, con los pies en el felpudo, tenía melancolías lánguidas, estiraba los brazos, lleno de deseos el pecho; quería enlazar una cintura delicada y amorosa, oír en la casa el fru-fru de un vestido. Resolvió casarse. Conoció á Luisa durante el verano, una noche, en el Paseo. Enamoróse de sus cabellos rubios, de su manera de andar, de sus grandes ojos castaños. En el invierno siguiente, después de recibir el título, se casó. Sebastián, su íntimo, el buen Sebastián, Sebastianazo, había dicho con un movimiento grave de cabeza, frotándose calmosamente las manos:

—Se ha casado á la ligera, un poco á la ligera.

Ma Luisa, Luisita, mostróse una buena mujer de su casa; en todos sus quehaceres ponía un encanta-

dor cuidado; era aseada, alegre como un pajarillo, como un pajarillo amante de su nido y de las caricias de su compañero: aquella mujer rubia y adorable vino á dar á la casa un encanto nuevo.

—¡Es un angelito lleno de dignidad!—acabó entonces por decir Sebastián, el buen Sebastián con su voz profunda de bajo.

Estaban casados desde hacia tres años. Particularmente Jorge había mejorado mucho; hallábase más inteligente, más alegre... Y recordando aquella existencia fácil y dulce, soplabá el humo de su cigarro, cabalgadas las piernas y dilatada el alma. Sentíase tan bien en la vida como en su batín de franela.

—¡Ah!—exclamó Luisa de repente, toda admirada mirando al periódico y sonriendo.

—¿Qué es?

—¡El primo Basilio que llega!

Y leyó alto después:

“Debe llegar uno de estos días á Lisboa, procedente de Burdeos, el señor Brito, tan conocido de nuestra buena sociedad, el cual, como es sabido, había marchado hace tiempo al Brasil, donde se dice que reconstruyó su fortuna con un trabajo honrado. Desde comienzos del pasado año viajaba por Europa. Su vuelta á nuestra capital es una verdadera alegría para sus numerosos amigos...”

—¡Verdad, numerosos!—dijo Luisa, con acento de convicción.

Jorge fumaba, acariciándose la barba con la palma de la mano.

—¿Ha hecho fortuna, verdad?

—Parece que sí.

Fijóse en los anuncios, bebió un sorbo de te, levantóse y fué á abrir una de las hojas de la ventana.



—¡Oh! Jorge, qué calor hace fuera, santo Dios. Agitaba los párpados bajo la irradiación de la luz blanca.

La sala, situada en la parte posterior de la casa, daba á un terreno cercado de una baja empalizada, lleno de hierbas altas, de espontánea vegetación; aquí y allá en aquella verdura tostada por el estío, algunas piedras rebrillaban al choque del sol. Una higuera brava, aislada en medio del terreno, extendía su tupido follaje inmóvil; el brillo de la luz daba obscuros tonos de bronce. Más allá, veíanse las fachadas posteriores de otras casas con balconajes de madera y ropas puestas á secar en cañas y muros blancos de jardines y árboles éticos. Un polvo impalpable quitaba transparencia al aire.

—¡Los pájaros se caen de calor!—dijo Luisa cerrando la ventana. —¿Te ves ya en el Alentejo?

Vino á recostarse en el sillón donde estaba Jorge, pasándole lentamente la mano por el cabello negro y ensortijado. Jorge la miró, sintiendo tristeza por la separación: los dos primeros botones del ropón de Luisa estaban abiertos, dejando ver el comienzo del pecho de una blancura muy suave, y los encajes de la camisa: castamente Jorge se los abotonó.

—¿Y mis chalecos blancos? dijo.

—Deben estar ya planchados.

Y para cerciorarse llamó á Juliana.

Se oyó un ruido de faldas engomadas. Juliana entró arreglando nerviosamente los pliegues de su blusa. Tendría unos cuarenta años y estaba delgadísima. Las facciones menudas y enjutas, tenían esa amarillez de tonos lividos que delata dolencias del corazón. Los ojos grandes, hundidos, movíanse inquietos, curiosos, inyectados de sangre, entre párpados constantemente enrojecidos. Llevaba una reddecilla de cerda, que agrandaba su cabeza de un

modo extraordinario. Tenía en las alillas de la nariz un movimiento nervioso. Y el vestido, aplastado en el pecho, corto de falda, inflado por el almidón de las enaguas, dejaba ver un pie pequeño, bonito, aprisionado en bota de tela con punteras de charol.

Dijo con voz dulce que los chalecos no estaban planchados porque no había tenido tiempo de ponerles almidón.

—¡Y tanto como se lo encargué, Juliana!—dijo Luisa.—Bien, váyase. Arréglese como pueda. ¡Es necesario que los chalecos estén esta noche en la maleta!

Y apenas la criada hubo salido, añadió:

—¡Creo que voy á concluir por odiar á esta criatura, Jorge!

Hacia dos meses que estaba en su casa y aún no había podido acostumbrarse á su fealdad, á sus aspavientos, á su manera aflautada de hablar, arrastrando un poco las sílabas, al ruido de sus tacones que tenían láminas de metal, al cuidado vanidoso de su pie, á sus guantes negros que le crispaban los nervios.

—Qué antipática.

Jorge reía:

—¡Pobrel! ¡Es un alma de Dios! ¡Y además, qué planchadora más admirable! En el Ministerio examinan con entusiasmo mis pecheras. Julián dice bien; yo no voy planchado, voy esmaltado. No es simpática, no; pero es limpia y prudente...

Y levantóse con las manos en los bolsillos de sus holgados pantalones de franela:

—En fin, hija mía, es preciso no olvidar la manera de portarse que tuvo durante la enfermedad de la tía Virginia. ¡Fué un ángel para ella!

Repitió con solemnidad:

**BIBLIOTECA "RODRIGO 'DE LLANO"**

**SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA**

**UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON**



—¡De día, de noche; fué un angel para ella! Le estamos en deuda, hija mía.

Y con aspecto más serio aun se puso á liar un cigarro.

Luisa, callada, hacía saltar con la punta de la chinela la orla de su ropón; y examinando fijamente las uñas, conservando la cabeza un poco inclinada, comenzó á decir:

—¡Pero en fin, si á mí no me gusta la despediré, vamos!

Jorge se detuvo, y encendió un fósforo en la suela de su zapato:

—Si yo lo consiento, rica... ¡Es, como sabes, una cuestión de gratitud para mí!

Permanecieron, silenciosos. El *cucú* cantó una vez.

—Bien: me voy.

Y acercándose aprisionó entre sus manos la cabeza de Luisa.

—¡Viborezno!— murmuró mirándola amorosamente.

Ella riéndose, irguió hacia él sus magníficos ojos castaños, luminosos y encantadores. Jorge, enternecido, le puso en los párpados dos besos sonoros. Tocándole la barbata le preguntó con cariño:

—¿Quieres alguna cosa para fuera, Luisilla?

Ella sólo quería que no viniese muy tarde. Jorge se le prometió. Iba á dejar unas tarjetas. No tardaría nada, cosa de un momento. Y salió feliz cantando con su extensa voz de barítono:

*Dio dell'oro  
D'el mundo signor,  
La la ra, lará*

Luisa bostezó. ¡Qué aburrimiento tener que vestirse! Hubiera querido meterse en un baño de mar-

mol color rosa, lleno de agua tibia, perfumada, y adormecer así. Después, dormirse mecida en una hamaca de seda, con las ventanas cerradas, oyendo música. Descalzóse de la pantufla que arrojó lejos de sí. Su mirada se detuvo amorosamente sobre el pié pequeño, blanco como la leche, con venas azules, mientras su pensamiento revoloteaba de una en otra idea. Pensaba en infinitas cosas. En las medias de seda que quería comprarse, en la merienda que dispondría á Jorge para el camino, en tres pañuelos que la lavandera había perdido.

Bostezó de nuevo. Después, saltando sobre la punta de su pié descalzo, fué á buscar al aparador, detrás de una computera, un libro algo usado. Volvió á echarse en la *voltaire*, casi acostada, y con el gesto acariciador y amoroso de sus dedos sobre la oreja, comenzó á leer muy interesada.

Era *La Dama de las Camelias*. Leía muchas novelas, y tenía un abono por meses en un gabinete de lectura. Cuando era más joven, á los dieciocho años, se había entusiasmado con Walter Scott y Escocia; hubiera querido vivir en uno de aquellos castillos escoceses que ostentaban sobre sus ojivas los blasones del *claw*; en aquellas estancias adornadas con arcos góticos y trofeos de armas, forradas por altos tapices donde están bordadas leyendas históricas, viejas tapicerías que el viento del lago agita y parece hacer revivir—había amado á *Errandalo*, Mortón é *Ivanhoe*, aquellos héroes tiernos y graves, que lucían en el birrete la pluma de águila, sujeta á un lado por el cardo de Escocia, formado de esmeraldas y diamantes. Pero hoy la cautivaba *lo moderno*; París, con sus elegancias y sus sentimentalismos. Burlábase de los trovadores, y ponía por encima de las nubes á *M. de Camors*. El hombre ideal se le aparecía de fraque y corbata blanca, en



amplísimos salones de baile, dotado de una mirada magnética, devorado por la pasión, la boca rebosante de palabras sublimes. Desde algún tiempo atrás su pasión se había fijado en Margarita Gautier—su amor desgraciado dábale una melancolía vagorosa; se le aparecía alta, delgada, envuelta en chal de cachimir, los negros ojos encendidos por la pasión y los padecimientos de la tisis. Hallaba hasta en los nombres de los personajes,—Julia Duprat, Armando, Prudencia,—el sabor poético de una vida llena de amor. Veía todo este destino, lleno de una melancolía inmensa, que se desvanecía en suspiros, en noches de delirantes cenas, en dificultades pecuniarias, en paseos melancólicos en el fondo de un coche, cuando sobre las avenidas del bosque, bajo el toldo de un cielo gris, caían lentas y silenciosas las primeras nieves.

—Hasta luego, querida—gritó Jorge desde el corredor al salir.

—¡Oye!

El volvióse con el bastón bajo el brazo, poniéndose los guantes.

—No vengas tarde, ¿eh? Escucha. Tráeme unos bollos de casa de Baltresqui para doña Felicidad. Si ves á madame Françoise, dile que me mande el sombrero... ¡Ah!... Escucha, escucha...

—¿Qué más, Dios mío?

No te asustes, hombre. Que vayas á casa del librero para que me mande más novelas. ¡Pero ahora me acuerdo: está cerrada la librería!

Con dos lágrimas temblándole en las pestañas terminó Luisa de leer *La Dama de las Camelias*. Y extendida en la *voltaire*, con el libro caído sobre el regazo, comenzó á canturrear muy quedo, con ternura, el aria final de la *Traviata*:

*Adío, del passato...*

Recordó de repente la noticia del periódico, la llegada de su primo Basilio...

Una vaga sonrisa entreabrió entonces sus labios rojos. Aquel primo Basilio había sido su primer amor. Tenía ella entonces dieciocho años. Nadie lo sabía, ni Jorge, ni Sebastián...

Por lo demás, había sido una chiquillada. A veces, recordando las ternezas y los sentimentales lloriqueos de aquel tiempo, se reía... Debía estar muy cambiado el primo Basilio. Se acordaba de él perfectamente. Era alto, delgado, de aire distinguido, con el bigote pequeño, negro y muy levantado; el mirar atrevido y una manera especial de meter las manos en los bolsillos del pantalón haciendo sonar el dinero y las llaves. *Aquello* comenzara en Cintra, por grandes y alegres partidas de billar, en la quinta de su tío Juan de Brito, en Collares. Basilio aca-



baba de llegar de Inglaterra: venía muy *inglesado*. Usaba corbatas grana prendidas con anillos de oro y trajes de franela blanca, siendo la admiración de todo Cintra. Aun se veía en aquella sala del piso bajo, pintado de ocre; que conservaba cierto aire de antigüedad é hidalguía. Una gran puerta de cristales daba al jardín sobre tres gradas de piedra. En redor formando plazoleta, había unos granados que Basilio desnudaba de flores. El follaje verde oscuro de los camelios trazaba senderos llenos de sombra; rachas de sol brillaban temblando sobre el agua del estanque; dos tórtolas en una jaula de mimbres arrullabanse dulcemente y en el silencio aldeano de la quinta, el ruido seco de las bolas de billar adquiría un tono aristoerático.

Después venían todos los episodios clásicos de los amores lisbonenses pasados en Cintra; los paseos á Sitiaes á la luz de la luna, calmosamente, sobre la yerba pálida, con largas y silenciosas paradas en "Penedo da Saudade," viendo el valle á lo lejos, lleno de una luz raudosa y blanca; y las ardorosas siestas. A la sombra, de la Peña Verde, oyendo el rumor fresco y goteante de agua que rueda de piedra en piedra, y las tardes remando en un viejo bote, sobre el agua obscura á la sombra de los árboles, y aquellas carcajadas cuando tropezaban con las altas yerbas, ó su sombrerito de paja se quedaba colgado, al pasar en las ramas bajas de los álamos.

Siempre le había gustado mucho Cintra. Sentía una grata melancolía cuando penetraba en los bosques sombríos y frescos del Ramallo.

Ella y el primo Basilio gozaban de absoluta libertad. Su madre, una buena señora, reumática y egoísta, los dejaba, sonreía, dormitaba: Basilio era rico entonces. La llamaba tía Tojo, la llevaba cartuchos de dulces...

Vino el invierno y aquel amor fué á refugiarse en la vieja sala forrada de papel color *sangre de toro*, de la calle de la Magdalena. ¡Qué atardeceres más dichosos! La mamá roncaba quedamente, con los pies envueltos en una manta, y el volumen de la *Biblioteca de las Damas* caído sobre el regazo. ¡Ellos en tanto muy juntos, felices en el sofá! ¡El sofá! ¡Cuántos recuerdos! Era estrecho y bajo, forrado de casimir claro con una franja en el centro, que ella había bordado, maravilloso conjunto de rojo y amarillo sobre fondo negro. Un día llegó el desenlace. Juan de Brito, que formaba parte de la firma Bastos Brito se declaró en quiebra. La casa de la Almada y la quinta de Collares fueron vendidas.

Basilio viéndose pobre, marchó al Brasil. ¡Cuánto lo sintió ella! Pasó los primeros días sentada en un rincón de aquel sofá querido, sollozando en voz baja, y con el retrato del primo entre las manos. Vinieron entonces los sobresaltos producidos por las cartas que se hacían esperar largo tiempo, las preguntas impacientes al despacho de la Compañía cuando los vapores se retrasaban.

Pasó un año. Cierta mañana, después de un largo silencio de Basilio, recibió de Bahía una carta, una larga carta que comenzaba así: "He reflexionado mucho y entiendo que debemos considerar nuestra mútua inclinación como una niñada..."

Se desmayó. Basilio mostraba hondo dolor en dos páginas llenas de explicaciones: decíale que estaba aún pobre, que tendría que luchar mucho antes de poder reunir lo bastante para que pudiesen vivir los dos; el clima era horrible; no la quería sacrificar, pobre ángel; la llamaba "paloma mía," y firmaba



con su nombre, todo envuelto en una complicada rúbrica.

Vivió Luisa muy triste durante algunos meses. Era en invierno, y sentada al pie de la ventana tras los vidrios, bordaba y suspiraba juzgando muertas sus ilusiones. Pensaba en el convento y seguía con mirada melancólica los paraguas que pasaban bajo los hilos de la lluvia. Al anoecer, sentábase al piano y cantaba *Soares de Passos*:

*Ya volaron los días aquellos  
que dichosa pasaba á tu lado...*

Cantaba también el final de la *Traviata* y un *fado* de *Vimiosa*, muy triste, que *Basilio* le enseñara.

Poco después, el catarro de la mamá se agravó; vinieron los sustos, las noches en vela. Durante la convalecencia, trasladáronse á *Bellas*: allí tratóse íntimamente con las *Cardosas*, dos hermanas flacas desgarbadas, siempre una junto á la otra, marchando á pequeños saltos, algo como el trote ligero de una pareja de galgos. ¡Cómo reían, Dios mío! ¡Cómo hablaban de los hombres! Un teniente de artillería se enamoró de *Luisa*. Era bizco. Le dedicó unos versos en el *Diario de Bellas*:

*Sobre la falda del monte  
Crece el lirio virginal...*

Aquel fué un tiempo alegre y consolador.

Cuando regresaron, en el invierno, había engordado, y tenía buen color. Un día, hallando en un secreter el retrato que *Basilio* le había mandado desde *Bahía*, un retrato donde estaba con pantalón blanco y sombrero *panamá*, lo miró encogiéndose de hombros:

—¡Que yo haya rabiado por este tipo! ¡Qué loca!

Habían pasado tres años de esto cuando conoció á *Jorge*. Al principio no le agradó. No la gustaban los hombres barbados: después, reflexionando, comprendió que aquella era la primera barba, fina, corta, sedosa. Empezó á encontrar dulce y simpática su mirada. Sin amante aún, sentía á su lado como una laxitud, un abandono, una necesidad de descansar sobre su pecho, y permanecer así largos años sin otros deseos. ¡Qué alegría cuando él la dijo vamos á casarnos! Vió de repente aquel rostro pálido, barbado, con sus dulces ojos, al lado del suyo, sobre la misma almohada, y se le encendió la cara. *Jorge* habíale cogido una mano. Ella sentía que el calor de aquella palma fuerte la penetraba tomando posesión de su sér. Contestó que sí, quedándose alelada, sintiendo bajo el vestido de merino latir dulcemente su pecho. Era ya novia. ¡Qué alegría, qué descanso para la mamá!

Se casaron á las ocho una mañana de niebla. Hubo necesidad de encender luz para ponerle la corona y el velo. Aquel día se le presentaba como diluído entre brumas, sin contornos claros, á la manera de sueño antiguo en que se destacaban la cara descolorida y abotargada del cura, y la figura medrosa de una vieja, maltrecha y temblona, que alargaba una mano toda huesos, empujando á los fieles, y murmurando plagas, cuando en la puerta de la iglesia, *Jorge*, conmovido, distribuía monedas de cobre. Los zapatos de satén la prestaban; sentía un vacío en el estómago, y fué preciso hacerla te verde, muy cargado. Después, á la noche, en aquella casa nueva, al terminar de deshacer sus baúles, se encontró rendidísima. Cuando *Jorge* apagó la luz con un soplo tembloroso, le pareció que pasaban por



delante de sus ojos ráfagas luminosas como relámpagos.

Su marido, era joven, era fuerte, era alegre. Se dispuso á quererle. Tenía un cuidado constante de la persona de Jorge y de sus cosas. Le peinaba el cabello, le arreglaba la ropa, los papeles... Miraba mucho á los maridos de otras, comparaba, y sentía orgullo. Jorge la envolvía en delicadezas de amante, se arrodillaba á sus pies, era muy zalamero. Siempre de buen humor, con mucha gracia. Solamente en las cosas de su carrera, ó de honor, tenía severidades exageradas; al hablar de ellas, ponía en las palabras y en los modales una solemnidad imponente. A veces tenía salidas que la hacían palidecer; era muy celoso; y una de sus amigas la había dicho: "es hombre capaz de pegarte." No lo dudaba mucho, y esto mismo acrecía su amor hacia él. Era su todo, su fuerza, su religión, su destino, su hombre, en fin. Reflexionó en lo que hubiera sido, casada con su primo Basilio. ¡Qué desdicha! ¿Qué sería de ella? Se perdía ante la hipótesis de otra existencia diferente que se desenvolvían en su espíritu como los telones sobre el escenario; se veía en el Brasil, bajo los cocoteros, tendida en una hamaca, rodeada de negritos, viendo volar las cotorras y los loros grandes.

—Está ahí la señorita Leopoldina,—vino á decir Juliana.

Luisa se incorporó sorprendida.

—¿Eh? ¿La señorita Leopoldina? ¿Para qué la dejó entrar?

Mientras se abrochaba el peinador, se preguntaba qué diría Jorge si lo sabía. ¡Santo cielo! ¡El, que tantas veces le había encargado que no la recibiese!

Pero, en fin, ya estaba en el salón.

—Está bien,—añadió en alta voz,—dígame que voy en seguida.

Era su amiga íntima. Siendo niñas fueron vecinas en la calle de la Magdalena, colegialas juntas en la patriarcal, en casa de Rita Pessoa, la coja. Leopoldina era hija del vizconde de Quebraes, el famoso libertino, que fué paje del infante don Miguel. Había hecho una boda desastrosa con un tal Juan Norouka, empleado de aduanas. La llamaban *la Quebraes*, y durante mucho tiempo la llamaron *Pan y queso*.

Se sabía que tenía amantes.

Jorge la odiaba. Muchas veces había dicho á Luisa: "Todo lo que quieras menos Leopoldina."

Leopoldina tenía veintisiete años. No era muy alta, pero pasaba por ser la mujer mejor formada de Lisboa. Llevaba siempre trajes llamativos, y tan ajustados, que modelaba el cuerpo como una segunda piel. Sus faldas, sin vuelo y recogidas atrás, dibujaban claramente la línea de las piernas. Decíase de ella: "es una estatua, una Venus." Tenía la espalda y los hombros de modelo. Aun á través de la chaquetilla se adivinaban los senos como el dibujo harmónico de dos hermosas mitades de limón; la línea



de las caderas se marcaba en ondulación firmísima, y al andar, el movimiento incitante de toda su persona encandilaba los ojos de los hombres. La cara era un poco gruesa; las alas de la nariz tenían una dilatación carnosa; en la piel, muy fina, conservaba huellas poco perceptibles, de viruela. Su principal encanto estaba en los ojos, de negrura intensa y como ahogados en un fluido lánguido y perezoso.

Luisa corrió hacia ella.

Se abrazaron estrechamente y sentadas en el confidente, Leopoldina comenzó una serie de lamentaciones, mientras plegaba su sombrilla de seda clara. Había estado enferma, aburrida, cargada de penas: el calor la mataba... Y Luisa, ¿qué había hecho? La encontraba más gruesa.

Como era un poco corta de vista, para convencerse, cerraba ligeramente los ojos entreabriendo los labios carnosos, de un rojo claro.

—La felicidad lo da todo; hasta los buenos colores; —decía sonriendo.

Lo que la había traído allí era el deseo de saber las señas de la modista francesa que le hacía á Luisa los sombreros.

—¡No puedes figurarte qué calor! Llego muerta.

Y se dejó caer sobre uno de los cojines del sofá, sudorosa, con la boca abierta; tenía los dientes blancos y un poco grandes. Luisa le dió las señas de la francesa, alabándola mucho. No era cara, y tenía gusto. Como la estancia estaba obscura, se levantó para entreabrir las ventanas. Los cortinajes y el sofá eran de ropa verde: el papel y la alfombra, con dibujos imitando ramajes, tenían el mismo color, y en aquella decoración burguesa, destacaban mucho los marcos dorados de algunas estampas y la encuadernación escarlata de "La Divina Comedia" con ilustraciones de Gustavo Doré. Entre las dos ven-

tanás colgaba un espejo oval, donde se reflejaba un napolitano de porcelana, que bailaba la tarantela en la consola.

Sobre el sofá pendía un retrato al óleo, de la madre de Jorge. Estaba sentada, vestida de negro, y rígida dentro del ajustado corpiño. Una de sus manos, seca y livida, descansaba en su regazo bajo el peso de una porción de sortijas; la otra se perdía entre la cascada de encajes de una manteleta de seda. Aquella figura, larga y macilenta, se destacaba sobre el fondo de un cortinaje carmesí, recogido en pliegues muy estudiados, que dejaban ver una perspectiva de horizontes azules y árboles de redondas copas.

—¿Y tu marido? —preguntó Luisa, sentándose junto á su amiga.

— Como siempre, poco divertido, —respondió Leopoldina riendo.

Después, con cierto aire serio, y la cabeza un poco inclinada, añadió:

—¿Sabes que rompí con Mendoza?

—Sí, —murmuró Luisa ruborizándose un poco.

Leopoldina después dió detalles.

Era de una franqueza indiscreta. Hablaba mucho de sí misma, de sus penas, de sus amantes. Nunca había tenido secretos para Luisa. En su necesidad de hacer confidencias, la consultaba sobre sus amantes. Con grandes exageraciones le refería sus caprichos, sus ideas, su modo de ser, sus depravaciones y hasta sus trajes. Lo cuchicheaba en un ángulo del sofá, entre sonrisas maliciosas. Luisa oía aquellos secretos con gran interés y las mejillas encendidas por el rubor, saboreándolos con cierto asombro devoto. ¡Encontraba aquello tan interesante!

Leopoldina, sentada casi sobre ella, le refirió lo acaecido con Mendoza.



—¡Es posible!—decía Luisa algunas veces.

—¡Palabra!—afirmaba Leopoldina.—Esta vez,—añadió levantando los ojos,—confieso que me he llevado chasco.

Luisa se rió.

—Confiesa que te engañas casi siempre.

Era verdad.

—¡Qué quieres! Cada vez creo que se trata de una pasión y siempre me llevo chasco. Pero si un día encuentro...

—Ya es tiempo.

Las dos amigas quedaron silenciosas. Luisa encontraba sin escrúpulos á Leopoldina, sin embargo, sentía debilidad por ella, admiraba la belleza del cuerpo de su amiga que le inspiraba atracción casi física. Luego la disculpaba. ¡Era tan desgraciada con su marido! ¡Siempre en busca del amor la pobre! Y esta palabra misteriosa y fascinadora, de la que parece rebosar la felicidad como el agua de un vaso lleno, era para Luisa justificación suficiente. Su amiga se le aparecía como una heroína, y la miraba con el mismo asombro que sentiría ante alguien que regresase de una expedición maravillosa y llena de peligros; lo único que le desagradaba en ella era cierto aroma de tabaco, mezclado con heno que se desprendía de sus vestidos.

Leopoldina fumaba.

—¿Qué ha hecho Mendoza?

—Me escribió una carta necia para decirme que, bien mirado, valía más romper definitivamente, porque no estaba de humor para pasarse la vida disputando. ¡Imbécil! Debo traer la carta.

Buscó en su bolsillo, sacando un pañuelo, un tarjetero, algunas llaves, una cajita de polvos de arroz, pero en vez de carta, lo que halló, fué un programa del *Circo de Price*.

Habló entonces del Circo. ¡Qué espectáculo más tonto! Lo mejor que vió fué un gimnasta. Buen mozo, bien formado: una perfección, vamos.

Y preguntó en seguida.

—¿Vuelve al fin tu primo Basilio?

—Eso acabo de leer en el *Diario de Noticias*. Me quedé asombrada.

—¡Ah! Antes de que se me olvide. Quisiera saber con qué has adornado tu vestido de cuadritos azules. Quiero hacerme uno igual.

—Lo he adornado de azul oscuro. Ven á verlo.

Entraron en el cuarto. Luisa abrió la ventana y el ropero. La habitación era pequeña y fresquísima, cubierta de cretona azul pálido, con alfombra ordinaria de dibujos azulados sobre fondo blanco. Entre las dos ventanas estaba el tocador bajo un dosel de puntilla barata, cubierto de frascos y adornado con una franja bordada por Luisa. Delante de las ventanas y sobre tripodes, plantas de grandes hojas, *begonias*, *macahonias*, dejaban caer con gracia su follaje tupido sobre los tiestos de tierra cocida.

Todos estos detalles, que parecían respirar *confort* y sosiego, evocaron ante Leopoldina la imágen de tranquilas dichas. Miró á uno y otro lado y dijo con lentitud:

—¿Sigues queriendo mucho á tu marido? ¡Ah! Haces bien, hija.

Y añadió suspirando.

—¡Tienes razón para hacerlo así!

Ante el espejo se dió polvos de arroz al rostro y al cuello.

—Sí, tienes razón... ¡Pero señálame una mujer capaz de enamorarse de un marido como el mío!

Se sentó sobre el confidente y dijo muchas cosas acerca de su marido. ¡Era tan grosero, tan egoísta!

—¿Quieres creer que si á las cuatro no estoy en



casa, se sienta á comer sin esperarme y me guarda las sobras?

Habló de sus otros defectos: no era nada cuidadoso, escupía en las alfombras, etc., etc.

Su cuarto... parece un corral de cerdos.

—¡Qué horror!— exclamó seriamente Luisa.— Pero de eso tienes tú gran parte de culpa.

—¡Yo!— respondió Leopoldina levantándose con los ojos abiertos que le relucían de un modo extraño.— ¡Pues sólo faltaría que fuese á cuidarme de la habitación de mi marido!

Hubo un momento de silencio. Después volvió á decir que era muy desgraciada, más desgraciada que mujer alguna del mundo. Luego extendiendo su mano con rápido y expresivo gesto añadió:

—Ni siquiera es celoso ese estúpido.

Juliana entró tosiendo y dijo con los ojos bajos:

—¿Desea aún la señora que planche los chalecos blancos?

—Sí, todos. Ya lo he dicho. Es preciso que estén en la maleta antes de la noche.

—¡Maleta! ¿Quién se va?— preguntó Leopoldina.

—Jorge. Va á las minas del Alentejo.

—Entonces vas á estar sola. Podré venir á verte.

¡Bravo!

Se sentó junto á ella y añadió mirándola con dulzura.

—¡Tengo tantas cosas que decirtel! ¡Si supieras, querida!

—¿Qué es ello? ¿Otro amor?

La cara de Leopoldina cubrióse de rojo. Sonrió y quedóse mirando á la alfombra.

¡Era verdad! Por eso había venido. ¡Se sentía en su casa muy sola!

Luego añadió en voz baja:

—Esta vez es cosa seria.

Dió detalles. Era un joven elegantísimo, alto, rubio. ¡Qué talento! ¡Poeta! Y pronunciaba la palabra *poeta* paladeándola, con devoción. Arrastraba las sílabas y ponía una dulce suavidad en el sonido de la *p*.

—¡Es poeta!

Desabrochándose dos botones del pecho sacó un papelito doblado. ¡Versos! Se aproximó más á su amiga con las alillas de la nariz dilatadas por la sensación de felicidad que experimentaba, y leyó muy bajo, solemne, orgullosa:

Á TI

Pharo de Guía, 5 de Junio.

*Cuando contemplo con el sol que muere  
Sobre las rocas en que el mar combate...*

Era una elegía. El enamorado cantaba en endecasílabos sus largas meditaciones en las que Leopoldina se le aparecía *radiante visión* que resbala ligera sobre las aguas quietas, sobre el horizonte que enrojece el sol poniente, sobre la cresta de las olas emblanquecidas por la espuma... Todo aquello era amanerado, de un exagerado sentimentatismo, de enfermiza estructura... Género esencialmente lisbonense, lleno de ripios. Al final añadía que no era en los *esplendores de los salones* ni en los bailes en que reina un *placer febril* donde quería verla, sino allá abajo, sobre aquellas rocas en que

*Viendo morir el sol todas las tardes  
Va á ver dormir la espléndida llanura.*

—¡Qué hermoso! ¿Verdad?— preguntó Leopoldina,



Quedaron algún tiempo mudas, un poco conmovidas. Leopoldina, con la vista turbada, repitió tiernamente la fecha:

—¡Pharo de Guía, 5 de Junio!

El reloj dió las cuatro. Leopoldina, como si despertase de repente, se levantó. Guardó los versos en el pecho.

—Es muy tarde ya para mí. Si no llego pronto, *el otro* se pondrá á comer. Tenemos pescado asado. No hay nada tan detestable como el pescado frío. Adiós. ¿Hasta muy pronto, verdad? Mientras tu marido esté fuera, vendré muy á menudo. Adiós. ¿La modista francesa vive en la calle de Oiro, encima de la tabaquería?

Luisa la acompañó hasta el rellano. Casi había llegado al portal, cuando Leopoldina alzando la voz, dijo:

—¿Te parece lo mejor adornar de azul el vestido, verdad?

—Yo, al menos así lo he hecho. Me parece lo más propio.

—Adiós. ¿Calle de Oiro, sobre la tabaquería?

—Sí, calle de Oiro. Hasta luego.

Y Luisa añadió más claro:

—La puerta de la derecha, madame Françoise.

\*\*

Jorge regresó á las cinco. Dejando el quitasol en un rincón, dijo desde el umbral:

—Ya sé que has tenido una visita.

El rostro de Luisa se encendió un poco. Estaba en el tocador, peinada ya. Tenía puesto un vestido de tela cruda, guarnecido de encajes.

—Leopoldina ha estado, efectivamente. Juliana la hizo entrar. Vino á saber las señas de la modista francesa. La visita ha sido corta.

Al concluir preguntó:

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo ha dicho Juliana. Leopoldina ha estado aquí toda la tarde.

—¡Toda la tarde! ¡Si apenas ha estado diez minutos escasos!

Jorge se quitaba los guantes sin decir palabra. Se aproximó á una de las ventanas. Se puso á agitar las hojas de una begonia de enfermizo y pálido color de rosa con reflejos plateados. Silbaba bajito. Parecía gravemente ocupado en arrancar un capullo de *amabilis* oculto entre el brillante follaje, como el cogollo de amarillos tonos de la planta misma.

Luisa se ocupaba en sujetar su medallón de oro

con una cinta de terciopelo negro. Temblábanle un poco las manos. Estaba encendida.

—¿Te ha hecho daño el calor?—preguntó.

Jorge no respondió. Silbó más alto. Se fué á otra ventana. Allí se entretuvo en sacudir con los dedos las hojas de un makour de cambiantes verdosos y color de sangre. Luego pasándose la mano por el cuello, como quien se siente sofocado, exclamó:

—Escucha. Es necesario que dejes de ver á esa mujer. Hay que acabar de una vez para siempre.

Luisa se puso como la escarlata.

El añadió con frase breve y algo violenta:

—No quiero, ni puedo aguantarla. Esto por tí. Por las vecinas. ¡Hasta por la más vulgar decencia!

—Pero... fué Juliana...—baluceó Luisa.

—Otra vez la pones en la puerta.

Jorge medía la habitación á grandes pasos. Añadió:

—¡Dices que no estás, que te has marchado á China, que estás enferma!...

Después se detuvo, y dijo con tono afectuoso:

—Piensa, querida, que todo el mundo la conoce demasiado. ¡Es la Quebraes! ¡Pan y queso! Una vergüenza. Una basura...

E irritándose, de golpe, enumeró todos sus amantes.

—Carlos Viegas, ese larguirucho de bigotes chinoscos, que escribía comedias para el Gimnasio. Santos Madeiro, picado de viruelas, una especie de leproso... Melchor Vadio, un sinvergüenza, de mirada de carnero moribundo, con las manos constantemente en los bolsillos y un coracero constantemente en la boca... Pedro Cámara, el bonito... Mendoza el de botas con punta como un asta... *tutti quanti*. ¡Es una mujer indigna! ¡Como si á mí no me bas-

tara este olor singular para saber que ha estado aquí!

Y aspiraba el aire con la cabeza erguida. Añadió á poco:

—¡Este pesado olor á heno!... Habéis sido discípulas. Está bien. Pero esto no impedirá que si la cojo en la escalera, la dé un susto... Sí: un susto.

Calló un momento. Con los brazos extendidos hacia su mujer, dijo:

—Vamos á ver. ¿Tengo razón?

—Claro que la tienes,—contestó Luisa que, turbada, coloradísima, se ponía sus brazaletes ante el espejo del tocador.

—¡Está bien!

Se marchó furioso.

Luisa quedó confusa. Una lágrima límpida rodó por su mejilla. Se sonó, casi llorando.

—¡Esa Juliana! ¡Chismosa! ¡Todo por el placer de sembrar la discordia!...

Sintióse llena de ira. Dando portazos entró en el cuarto de planchar.

—¿Quién le manda á usted decir si viene ó no viene alguien á mi casa?—dijo bruscamente, al ver á Juliana.

—No creí que fuera un secreto,—respondió la criada sorprendida, soltando la plancha.

—Cierto. No lo es, estúpida. ¿Por qué la dejó usted entrar? ¿No la he dicho mil veces que no quiero recibirla?

—La señora no me ha dicho eso,—respondió Juliana con los ojos abiertos, mostrándose ofendida.

—¡Miente! ¡Calle usted!

La volvió la espalda. Entró en su cuarto con los nervios sobreexcitados. Después se asomó á la ventana.

El sol se ponía. Una sombra igual cubría la ma-



empedrada calle. Las casas, antiguas y destartaldas, estaban oscuras. Tenían entradas angostas... Por entre el barandal de algunos balcones, asomaban en tiestos, matas de albahacas y claveles raquíticos. En las buhardillas, veíase ropa puesta á secar. En un pianó vecino, oíase la *Plegaria de una Virgen*, tocada por una niña, con el abandono sentimental del domingo. En el balcón de la casa de enfrente, cuchicheaban y reían las cuatro hijas del señor Teixeira de Acevedo, amontonadas en el estrecho hueco, los cabellos revueltos, los ojos sucios, consagrándole la tarde á curiosear las ventanas vecinas y la calle, picardeando cuando veían un transeunte, inclinadas sobre el alféizar y haciendo caer con placer de idiotas salivazos en la acera.

— Jorge tiene razón, — pensaba Luisa. — Pero, yo no puedo hacer más.

Hacia años que no pisaba la casa de Leopoldina. Había quitado su retrato del álbum del salón. Se había visto obligada á confesarla la antipatía de su marido hacia ella. ¡Pobre amiga! La recibía muy pocas veces. Se negaba casi siempre. Pero si estaba en el salón, ¿la iba á arrojar por la escalera?

En aquel momento, un hombre bajo y grueso, con las piernas torcidas, encorvado sobre un organillo, apareció en lo alto de la calle. Su barba negra tenía un aspecto selvático. Se detuvo. Empezó á tocar, dirigiendo á las ventanas una mirada suplicante, sonriendo con tristeza. El aire de *Casta Diva*, que acompañaba un trémolo incesante llenó la calle con un sonido metálico y seco.

Algunas vecinas se asomaron. La Gertrudis, criada y querida del catedrático de matemáticas, mostró en el marco angosto de la ventana, su cara morena y mofletuda, de cuarentona harta y bien establecida. Más lejos, sobre el balcón de un segundo

piso, aparecía la silueta del señor Cunha Rosado, alto y flaco, con un gorro en la cabeza y el aire de hombre enfermo del estómago, sobre el cual cruzaba la bata con sus manos transparentes.

El organillo atrevíase en aquel momento con el final de *Traviata*, y recordando Luisa su última lectura, se acordó de la pobre Margarita Gautier, muriendo en una habitación saqueada por los traperos, levantándose, poniéndose colorete para ocultar su lividez, loca, expirante, con el deseo de ir al Vaudeville, para ver la butaca de orquesta en que había conocido á Armando. Sintióse dominada por una incomprensible tristeza, y de un sentimiento de odio hacia Juliana: tenía ganas de llorar, y con la cabeza baja, acompañaba *sotto voce* la melodía quejumbrosa del organillo.

En la calle, los comerciantes desocupados, salían al umbral de la puerta. La estanquera, apareció en la suya, vestida de luto, con aire de viuda, los brazos en cruz sobre el chal ceñido, prensada en su chaqueta que la hacía aparecer todavía más delgada. Sus ojos, cansados, tenían una manera de mirar triste y lánguida. Del piso bajo de la casa donde el señor Acevedo vivía, salió la carbonera, monumental persona, que afectaba una gravedad risible, con los cabellos enmarañados, la cara lustrosa y negra del carbón, con la mugre rebosando por todas partes y sus tres hijos medio desnudos, especie de negritos llorones, que se colgaban de sus faldas. El señor Paulo, anticuario, adelantó hasta el arroyo con la visera charolada de su gorra de paño que jamás se quitaba. Para parecer más importante, llevaba las manos á la espalda, cruzadas bajo los falzones de su chaquet. El sucio talón de su calcetín, salía de sus zapatillas bordadas con cuentas de cris-



tal. Padecía una ronquera crónica. Tenía una manera desagradable de hacer chascar la lengua. Su bigote canoso, de pelos largos, colgábase á uno y otro lado de boca. Odiaba á los reyes y á los curas. El estado de la política, le entristecía. Silbaba constantemente el aire de María da Ponte. En sus palabras y en sus gestos, se adivinaba al patriota descontento.

El organillero, se quitó el sombrero. Sin dejar de tocar, lo alzaba hacia los balcones con el ademán suplicante del necesitado, dejando descubierto el cabello que se le pegaba á la frente con el sudor. Las señoritas de Acevedo, cerraron entonces su ventana. La carbonera, le dió algunas monedas de cobre, haciéndole además algunas preguntas. Quería saber de dónde era, por qué calles había venido, cuántos números de música tenía el organillo.

Las gentes, ataviadas con las galas domingueras, comenzaron á pasar. Traían del largo paseo una actitud de supremo cansancio y los zapatos llenos de polvo. Familias numerosas, con sus niños vestidos de colorines, entraban lentamente. Las mujeres del pueblo, volvían de las afueras con los chiquillos al hombro, dormidos por el calor y el cansancio. Grupos de obreros cogidos del brazo, vestidos de blusa, con pantalones blancos almidonados, hablaban y bromeaban alto conforme andaban. En los balcones, oíanse descomunales bostezos.

El cielo había adquirido ese limpio color azul de las porcelanas antiguas. Una campana doblaba á lo lejos como final de función religiosa. El domingo acababa sosegadamente, calmoso y triste.

—¡Luisa!—dijo Jorge de pronto.

Ella se volvió, respondiendo maquinalmente.

—¿Qué ocurre?

—Vamos á cenar, querida. Son las siete.

Dentro de la habitación la cogió por la cintura diciéndola con voz queda, tiernísima:

—¿Te enfadaste?

Ella respondió humildemente:

—No. Tenías razón. Lo confieso.

—¡Ah!—dijo él con el acento que emplea quien ha vencido y se siente orgulloso de su triunfo.

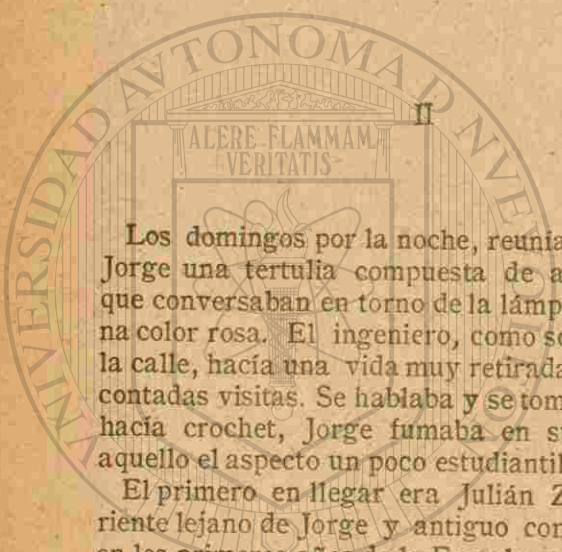
Después con ternura grave, añadió:

—Sí, querida mía, nuestra casa es una casa honrada y es un dolor ver entrar aquí á esa mujer oliendo á esencias, al cigarro, y á todo lo demás...

*Ma, di questo non ne parliamo piú, o donna mia!*

¡A la mesal





Los domingos por la noche, reuníanse en casa de Jorge una tertulia compuesta de amigos íntimos que conversaban en torno de la lámpara de porcelana color rosa. El ingeniero, como se le llamaba en la calle, hacía una vida muy retirada y sólo recibía contadas visitas. Se hablaba y se tomaba te. Luisa hacía crochet, Jorge fumaba en su pipa. Tenía aquello el aspecto un poco estudiantil.

El primero en llegar era Julián Zuzarte, un pariente lejano de Jorge y antiguo condiscípulo suyo en los primeros años de la Escuela politécnica. Era un hombre seco y nervioso, con quevedos azules y el cabello tan largo, que le caía sobre los hombros. Estudiaba medicina. Era muy inteligente y aplicado, pero como él mismo decía, estaba un poco guillado. A los treinta años, pobre, con deudas, sin clientela, empezó á desesperarse de su cuarto piso en uno de los barrios bajos, de sus comidas á dos pesetas, de su gabán con flecos en las mangas. Encerrado en aquel vivir mezquino como en una cárcel, veía á los demás, á las nulidades y á las medianías, escalar todos los puestos, hacer su negocio, y vivir en grande. Falta de suerte, solía decir. Hubie-

ra podido aceptar una plaza de médico en algún pueblo remoto, y tener su casa y su jardín; pero se rebelaba su orgullo y confiado en su talento y en su ciencia, no quería ir á encerrarlos en un lugarejo triste con sus tres calles honradas por los cerdos. La sola idea de esta vida le aterraba. Veíase allá abajo olvidado, embrutecido, jugando al tute en la botica, muriéndose de tedio. Por eso se revelaba á salir de Lisboa. Esperaba con la tenacidad del plebeyo ambicioso una cátedra en la Universidad, una clientela numerosa y rica, un coche para visitarla y una mujer rubia con buen dote. Creíase con derecho á estos favores de la fortuna, y como tardaban en llegar, se amargó su carácter. Cobró odio á la vida. Se prolongaban más cada día sus silencios hostiles, durante los cuales se roía las uñas. En sus mejores días, no cesaba de tener frases secas, ágrias, entonces su voz desagradable caía como un gotear helado.

A Luisa no le era simpático; hallábale muy poco divertido, aborrecía su tono doctoral, los reflejos oscuros de sus quevedos, y los elásticos dehilachado de sus botas, puestos al descubierto por los pantalones demasiado cortos. Sin embargo, sabía ocultar su antipatía, y le ponía buen semblante por complacer á Jorge que solía decir hablando de Julián:

—Es un gran talento. ¡Es un hombre superior!

Como llegaba temprano, pasaba al comedor, donde tomaba una taza de café: miraba de soslayo, amargamente, la plata que lucía en el aparador y las frescas toales de Luisa.

A Julián, la suerte de aquel pariente que era una medianía, y que sin embargo podía vivir sin apuros, con el estómago lleno, y estimado en el Ministerio, le parecía una injusticia y casi una humillación que se le hacía. Pero aparentaba estimarle.



Acudía á su tertulia todos los domingos; entonces ocultaba sus preocupaciones y procuraba mostrarse decididor, pasando á cada momento los dedos por entre sus largos cabellos secos y llenos de caspa.

A las nueve, invariablemente, hacía su aparición en la tertulia doña Felicidad de Noroña. Entraba con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos. Tenía cincuenta años; era una señora ajamonada y amable; como su dolencia del estómago no le permitía usar corsé, resultaba que sus fofas mantecas rebosaban por todas partes. Brillaban algunas canas en sus cabellos ligeramente rizados, pero la cara en sus cabellos ligeramente rizados, pero la cara pulida y redonda, tenía la blancura lúcida de un rostro monjil. Los párpados con bolsa, casi ocultaban sus pupilas negras y húmedas. En los rincones de la boca se perfilaban levemente algunos pelos como trazos de una pluma muy fina. Había sido la amiga íntima de la madre de Luisa, y le quedaba desde entonces, la costumbre de ir á ver á la pequeña todos los domingos. Pertenece á una familia antigua: los Noroñas de Redondela. Estaba bien relacionada en Lisboa, y oía todos los días dos misas en la Encarnación.

Apenas entró, estampó un sonoro beso en cada mejilla de Luisa, y le preguntó en voz baja y ansiosa:

—¿Sabes si vendrá?

—¿El Consejero? Sí, señora.

Luisa sabía de quien se trataba. Porque el Consejera, el señor Consejero Acacio, no asistía nunca á los tes de doña Luisa, como él decía, sin haber ido la víspera al Ministerio de Obras públicas para ver á Jorge, y anunciárselo solemnemente, encorvando un poco su prócer estatura:

—Amigo Jorge, mañana tendré el honor de ir á pedir una taza de te, á su encantadora esposa.

Ordinariamente añadía:

—¿Adelantan los trabajos de usted? Me alegro. Usted será útil á su patria. Si ve usted al Ministro, preséntele usted mis respetos. Ese hombre es el primer talento de Portugal.

Y salía, cruzando con grave y sonoro andar los corredores del Ministerio, llenos de polvo y de colillas.

Cinco años hacía que doña Felicidad estaba enamorada del Consejero. En casa de Jorge se burlaban un poco de aquella llama, que la jamona alimentaba en su pecho. Veían á la buena señora colorada, con los carrillos reventando, y no sabían que aquel amor postrero, irritado semanalmente, ardiendo en silencio, la iba devorando como una enfermedad, y desmoralizando como un vicio. Todos los amores de doña Felicidad habían sido despreciados. Primero quiso á un oficial de lanceros de quien conservaba el retrato. Después, se enamoró de pronto y en secreto, de un mozo panadero vecino suyo, al cual tuvo el dolor de ver casado. Entonces dedicóse por entero á un perrito, *Bilro*. Una criada despedida, se vengó dando morcilla al animalito. *Bilro* estiró la pata: pero aun reinaba relleno de paja en el comedor. El amor por el Consejero había llegado de repente, un día cualquiera, y puesto fuego á todos aquellos deseos sobrepuestos como combustibles antiguos. El señor Acacio fué su locura. Doña Felicidad admiraba su porte, su palabra, su seriedad. Ante su elocuencia, abría asombrada los ojos. El Consejero era su ambición y su vicio. Había sobre todo en él una belleza cuya larga contemplación la trastornaba como un vino fuerte: era la calva. Siempre había tenido el gusto perverso, tan frecuente sin embargo en las mujeres, por los hombres calvos, y aquel apetito nunca satisfecho, con los años, hiciéran-



se voraz. Cuando doña Felicidad contemplaba la calva del Consejero, extensa, redonda y pulida, que brillaba bajo la luz de la lámpara, un sudor ansioso humedecía su espalda, y sus ojos brillaban con una voluntad absurda, con la avidez de llevar á ella sus manos y palparla y sobarla. Pero se contenía, y para disimular, hablaba en voz alta, con sonrisa forzada, abanicándose deprisa y tragando saliva. Devuelta en su casa, rezaba largos rosarios y se imponía duras penitencias, pero concluidas las oraciones y cumplidas las penitencias, aquella locura renacía más briosa.

La pobre señora no podía luchar entre las melancolías que su histerismo le ocasionaba, y las pesadillas lascivas que sus sueños le ofrecían. La indiferencia del Consejero la desconsolaba: ni una mirada, ni una sonrisa, nada que pudiese mostrar que su amor era compartido. Nada más que una reserva solemne y cortés. Varias veces se habían hallado juntos en el hueco de una ventana ó sentados en el sofá, pero apenas doña Felicidad dejaba escapar un suspiro, el Consejero se apartaba severo y pudibundo. Un día la buena señora creyó advertir que tras los cristales de las gafas, los ojos del Consejero asustaban una mirada de soslayo sobre la abundancia de su seno. Entonces doña Felicidad tuvo valor para decirle suspirando:

— ¡Acacio!

Pero el Consejero le interrumpió con un ademán frío, y murmuró levantándose:

— Señora... Todo es inútil, señora.

El martirio de doña Felicidad fué desde entonces más disimulado y más profundo. Los tertulios de Jorge sabían sus desgraciados amores, pero no podían adivinar sus tormentos. Un día Luisa quedó estupefacta cuando doña Felicidad oprimiéndole la

mano, murmuró á su oído, en tanto devoraba al Consejero con los ojos:

— ¡Qué encanto de hombre!

Aquella noche se hablaba del Alentejo, de Evora y su riqueza, de la Capilla de los Huesos, cuando entró el Consejero con su paletot bajo el brazo. Fué á dejarle sobre una silla, doblado cuidadosamente, y con su andar solemne y oficial, acercóse á Luisa estrechándole ambas manos, al mismo tiempo que le decía con su sonora y engolada voz.

— Usted siempre tan buena, señora. Ya me lo dijo Jorge. Me alegro, me alegro infinito.

El Consejero era alto, flaco, vestido todo de negro, agarrotado por el cuello de la camisa, siempre rígido y lustroso. El rostro largo y enjuto ensanchábase hacia la frente calva, blanca y luciente. Tenía la debilidad de teñirse el escaso cabello que de una oreja á otra, trazábale un cerquillo por detrás de la nuca. Pero no se teñía el bigote entrecano y con largas guías, que colgaban un poco lacias. Era muy pálido y jamás descabalgaba de su nariz las gafas oscuras.

Había sido Director General en el Ministerio de la Gobernación, y siempre que decía — el Rey — se inclinaba un poco en la silla. Todos sus gestos eran mesurados. Aun para tomar rapé sabía ser solemne. Jamás usaba frases triviales. No decía *vomit* sino *devolver*, haciendo al mismo tiempo un gesto indicativo. Hablando de las celebridades portuguesas solía exclamar: nuestro Garret, nuestro Herculano. Citaba mucho, no tenía familia y vivía solo en un tercer piso de la calle del Ferregial, amancebado con su ama de gobierno y entretenido en árduos estudios de Economía Política. Había escrito los *Principios generadores de la ciencia de la riqueza, y su distribución, según los mejores autores*, con



este aditamento: *Lectura para las veladas*. Hacía apenas algunos meses que había publicado la *Historia de todos los ministros de Estado, desde el ilustre marqués de Pombal hasta nuestros días, con datos cuidadosamente recogidos de su nacimiento y muerte*.

— ¿Ha estado usted en el Alentejo, Consejero?— preguntó Luisa.

El Consejero respondió inclinándose.

— Nunca, señora, nunca. Y lo siento, porque dicen que sus curiosidades son de primer orden.

Tomó delicadamente un polvo de su tabaquera dorada, y añadió con gravedad:

— La principal riqueza de ese país es el ganado de cerda.

Julián interrumpió desde el rincón en que estaba sentado:

— Jorge, averigua lo que gana al año el médico titular de Evora.

El Consejero, siempre bien informado, acudió á satisfacer esta curiosidad con el polvo de rapé entre los dedos.

— Debe ganar seiscientos mil reis, señor Zuzarte. Tengo eso en mis notas. ¿Se puede saber por qué esa pregunta? ¿Acaso quiere usted abandonar Lisboa?

— Tal vez.

Todos desaprobaron aquel proyecto.

— ¡Ah! Lisboa siempre es Lisboa. — Suspiró doña Felicidad.

— Ciudad de mármol y de granito según la frase de nuestro inmortal historiador. — Dijo con énfasis el Consejero; y aspiró el polvo de rapé con los dedos flacos y bien cuidados, abiertos en forma de abanico.

Entonces dijo doña Felicidad:

— Quién no cambia Lisboa ni por el cielo, es el Consejero.

El Consejero volviéndose lentamente, inclinándose un poco, replicó:

— Nací en Lisboa, doña Felicidad. Soy lisbonense de corazón.

— El Consejero, — recordó Jorge, — nació en la calle de San José.

— Efectivamente, en el número 75. La casa inmediata á la que vivió el pobre Gerardo, hasta su matrimonio.

Este pobre Gerardo había sido el padre de Jorge, y Acacio fuera su amigo íntimo. Eran vecinos, y como Gerardo tocaba la flauta y Acacio el violín, formaban duos, y pertenecían á la sociedad filarmónica de la calle de San José. Más tarde, cuando Acacio entró en las oficinas del ministerio, abandonó, tanto por escrúpulo, como por dignidad, el violín y las emociones tiernas y alegres de las veladas filarmónicas. Se anegó en la estadística; pero fué fiel á Gerardo y continuó sobre Jorge esta amistad vigilante; fué su testigo de boda, le iba á ver todos los domingos, y el día de su santo le enviaba puntualmente una tarjeta y una anguila de mazapán.

— Aquí nací, — repitió desdoblado su pañueio de Indias, — y aquí he de morir.

Después se sonó discretamente.

— No hay que pensar en eso, Consejero.

— Querido Jorge, no me asusta la muerte. Hace tiempo hice construir, sin la menor preocupación, allá, en el cementerio de San Juan, mi última morada. Modesta, pero decente. Está á la entrada, en sitio abrigado, al lado de una tumba lujosa, que ustedes recordarán. Un mausóleo de mármol blanco...

— ¿Ha compuesto usted su epitafio, señor Consejero? — preguntó Zuzarte, con ironía.

— No, señor Zuzarte. No quiero elogios sobre mi tumba. Si mis conciudadanos, ó mis amigos, creen



que he contraído algunos méritos que merezcan un recuerdo, tienen otros medios para conmemorarlos: una biografía, un artículo necrológico, y aun la misma poesía. Por mi parte, únicamente deseo sobre la losa que me cubra, mi título de Consejero, mi nombre con letras negras, y la fecha de mi nacimiento y la de mi muerte.

Después, con tono lento y reflexivo, añadió:

—No me opongo tampoco, á que debajo se grave un *Rogad por él* en letras más pequeñas.

Todos callaron conmovidos.

Transcurrió un instante y la puerta se abrió

Una voz aguda dijo:

—¿Se puede?

—¡Ah! Ernestillo, pasa... — exclamó Jorge.

Ernestillo atravesó la sala con paso rápido, y fué á abrazar á Jorge.

— He oído que te marchabas, primo... ¿Y la prima que tal?

Era pariente de Jorge. Delgaducho, pequeño y de miembros frágiles, parecía más bien un colegial que un hombre. El bigote ralo, untado de cosmético se levantaba en guías puntiagudas como agujas. Tenía el rostro chupado y con ojeras, en cuyo fondo brillaban las pupilas con enfermizo fulgor. Calzaba zapatos de charol con anchos lazos de seda. Sobre su chaleco blanco la cadena del reloj sostenía un pesado guardapelo de oro con flores y frutas labradas en relieve. Vivía con una actriz del *Gimnasio*, una muchacha color de melón, con aire anémico y cabellos muy rizados. Ernestillo escribía para el teatro. Guardaba en cartera algunos dramas traducidos del francés, dos piezas originales y una comedia de enredo. Ultimamente andaba preocupado con los ensayos de un drama en cinco actos que tenía en Variedades "Honra y pasión."

Sú fuerte era el género romántico. Desde que ensayaba andaba muy atareado con los bolsillos llenos de manuscritos y siempre acompañado de cómicos, apuntadores y traspuntes. Pagaba copas y cafés. Andaba jadeante, con el sombrero apabullado y diciendo á cuantos tropezaba: "Esta vida me mata." Escribía por pasión y amor al Arte, pues á más de ser rico por su casa, tenía un buen destino en Aduanas. Era el primero en confesar que este amor al Arte le costaba un dñeral. Para el acto del baile, en su drama "Honra y pasión," había mandado hacer á su costa, botas de charol para el galán, botas de charol para el barba.

Se le hizo sitio, Luisa al colocar su bordado sobre la mesa para retirar la silla, observó que venía pálido y con la cara muy abatida.

Ernestillo se lamentó de sus trabajos. Los ensayos le traían mareado. Todos los días tenía que sostener una disputa con el empresario, que no quería pintar decorado. La víspera había tenido que rehacer, casi por entero, el final de un acto.

—Y todo,—añadió muy irritado,—porque ese animal, ese bruto, quiere que pase en una sala, el acto que yo colocaba en un abismo.

—¿En un qué...?—preguntó sorprendida doña Felicidad.

El Consejero, muy cortés, le hizo una luminosa explicación.

—En un abismo, doña Felicidad, en un precipicio. Puede decirse en un vórtice.

Y acto seguido un verso:

*En espumoso vórtice se arroja*

—Pero, ¿por qué en un abismo?—preguntaron Jorge y Luisa.



El Consejero pidió noticias del *argumento* de la obra.

Ernestillo, radiante, contó detenidamente el enredo de su obra.

Se trataba de una mujer casada que tropezó en Cintra con un hombre fatal, el conde de Monte-Redondo. El marido habíase arruinado en el juego y debía un ciento de *contos de reis*. Estaba deshonrado; iba á ser preso. Su mujer, desesperada, corre á un viejo castillo que habita el conde, deja caer el velo y le cuenta toda la catástrofe.

El conde se pone su capa y llega en el momento en que los alguaciles ponen mano sobre el culpable. Seguía una escena conmovedora á la luz de la luna. El conde se desemboza, arroja una bolsa llena de oro á los pies de los alguaciles, y les grita: "¡Saciaos, buitres!"

—¡Bello final!— exclama el Consejero.

—Para terminar: la escena se complica. El conde de Monte-Redondo y la mujer se aman: el marido lo descubre, arroja todo el oro á los pies del conde y mata á su esposa.

—¿Cómo?— preguntaron los tertulios.

—La arroja al abismo en el quinto acto. El conde que lo ve, acude á defenderla y cae también. El marido suelta una infernal carcajada y se cruza de brazos... ¡Así había arreglado yo las cosas!

Se detuvo jadeante, y abanicándose con su pañuelo, miró en torno con sus ojos lánguidos y plateados como los de un pez muerto.

— Es una obra fundida en buen troquel. Las grandes pasiones se combaten, dijo el Consejero acariciándose la calva, — mi enhorabuena, señor de Ledesma.

— ¿Pero qué demonios quiere ese director?— preguntó Julián que había escuchado silencioso y aten-

to.—¿Quiere poner el abismo en un primer piso amueblado por Garde?

Ernestillo se volvió muy deferente.

—No, señor Zuzarte. Quiere que el deseniace sea en un salón. De modo que,—agregó con resignación,—he tenido que escribir todo un quinto acto para ser complaciente. He pasado toda la noche en claro, escribiendo y tomando café.

—Mucho cuidado, señor Ledesma, mucho cuidado,—dijo el Consejero extendiendo las manos.—Es preciso gran prudencia con los excitantes.

—No me hace daño, señor Consejero. He rehecho el final en tres horas. Se lo acabo de leer al empresario. ¡Encima le traigo!

—Léalo usted, Ernesto, léalo usted,—dijo doña Felicidad.

—Sí, léalo usted,—exclamaron todos.

—Es un borrador... temo aburrir y molestar á ustedes,—dijo Ernesto, á quien el gozo le rebosaba por todas partes,— en fin, ya que ustedes lo quieren...

Y en medio de un respetuoso silencio, desdobló el manuscrito, un rollo de papel azul rayado.

—Reclamo indulgencia antes de empezar, en atención á que esto sólo es un borrador.

Y leyó con voz teatral:

—“*Agata*. Esta es la mujer y estamos ya en la escena en que el marido está enterado de todo.

*AGATA* (*cayendo de rodillas á los pies de Julio*)

—¡Mátame, mátame por compasión! ¡Antes la muerte que sentir estallar el corazón fibra á fibra al golpe de tus desprecios!

JULIO

—¿No me has arrancado tú el mío? ¿Tuviste pie-



dad de mí? ¿No me le has roto en pedazos? Dios mío, yo que la creía pura cuando más feliz...

Una de las cortinas del salón se movió; oyóse el tintinar suave de las tazas unas contra otras, y Juliana entró vestida de delantal blanco, trayendo el te.

—¿Qué fastidio!—murmuró Luisa.—Después del te seguiremos ¿eh?

—No vale la pena, primita,—replicó Ernesto, cerrando el cuaderno y arrojando una furibunda mirada á Juliana.

—¿Cómo es eso? ¡Si es precioso, divino! dijo doña Felicidad.

Juliana puso sobre la mesa el plato de mantecadas, los bombones de coco, los bizcochos de Oiro...

—Señor Consejero,—dijo Luisa.—Aquí tiene usted su te, como á usted le gusta, un poco claro. Sirvase usted, Julián. Dele usted mantecadas á Julián.

Y con la manga un poco alzada y al descubierto el blanquísimo y ebúrneo brazo, sostenía en la mano la cucharilla del azúcar.

—¿Quién quiere un poco de azúcar? Señor Consejero, una mantecadita...

—Querida señora, mil gracias,—respondió inclinándose;—ya me he servido.

Y declaró, volviéndose á Ernestillo, que encontraba espléndido el estilo de su obra.

—Pero, ¿qué exige ahora el director?—preguntaron á derecha é izquierda.

Ernestillo, de pie, animado, con un bombón en la punta de los dedos, dijo:

—Quiere que el marido perdone. Movimiento de asombro.

—¡Qué extravagancia! ¡Qué idea! ¿Por qué? ¡Vaya un caso curioso!—dijeron por todas partes.

—¡Qué quieren ustedes!—dijo Ernesto encogiéndose de hombros.—Dice que al público no le gustan esos desenlaces... Que aquí no encajan...

—En honor de la verdad, señor Ledesma,—dijo el Consejero,—nuestro público no está hecho á escenas sangrientas.

—Es verdad,—apoyó doña Felicidad.

—Pero, señor Consejero,—respondió Ernesto, levantándose sobre la punta de los pies;—en mi obra no hay sangre, ni una gota: un tiro por la espalda.

En aquel momento llamó Luisa la atención de doña Felicidad con un *psst*, y la dijo aparte, sonriendo:

—Tome usted de estos bombones de huevo. Son muy frescos.

—Hija mía, imposible,—respondió con lastimera voz, señalando el estómago.

Entre tanto, el Consejero aconsejaba á Ernestillo que fuese clemente: con las manos á la espalda, le decía, tratando de persuadirle:

—Esto da más alegría á la obra, señor Ledesma. El espectador sale más divertido.

—Señor Consejero,—dijo Luisa,—¿quiere usted un pastelito?...

—He concluido, querida señora... Veamos, Jorge; ¿no es usted de mi opinión?

—Yo, señor Consejero,—respondió Jorge metiéndose las manos en los bolsillos;—Yo, de ninguna manera; decididamente estoy por la muerte.

—¡Ah! ¡Entonces!...

—Estoy por la muerte,—repetía con viveza,—y exijo que la mates,—añadió volviéndose á Ernesto.

Toda ansiosa acudió doña Felicidad.

—Señor Ledesma, déjele usted decir. Se burla. ¡El



que es un corazón de ángel! —añadió volviéndose á los demás, con la sonrisa en los labios.

—Doña Felicidad, se engaña usted, —dijo Jorge, de pie ante ella. —Hablo en serio; soy una fiera.

Todos se rieron.

—Si engañó á su marido, —continuó severamente, —estoy porque la mates. En el salón, en el abismo, en la calle: no importa dónde, pero que la maten. ¿Debo consentir que, en semejante caso, un miembro de mi familia, un primo mío se deje llevar de la clemencia como un tonto? ¡No!

Y encarándose con Ernestillo:

—¡Mátala! Es una máxima de familia. ¡Mátala lo antes posible!

—Aquí hay lápiz, —dijo Julián, presentando uno.

—No, no puedo creer que hable en serio nuestro Jorge —dijo el Consejero gravemente. —Es demasiado instruido para tener ideas tan... tan...

No encontró el adjetivo. Julián le presentó un pabillo; un mono que se agachaba bajo un quitasol erizado de mondadientes. Tomó uno y siguió:

—Tan... tan anticivilizadoras.

—Pues se engaña usted, señor Consejero, —afirmó Jorge. —Tengo esas ideas que son mías propias: bien entendido que, si como se trata de una comedia, se tratara de la vida real y Ernesto viniera á decirme: "He hallado á mi mujer..."

—¡Oh, Jorge! —dijeron alrededor, en son de reproche.

—Pues si viniera á decirme eso, le contestaría lo mismo. Os doy mi palabra de honor, —añadió con energético ademán, —que le diría: "mátala".

Todos protestaron. Se le llamó Otelo, tigre, Barba Azul. Jorge no respondió; sonreía tranquilamente.

Luisa bordaba en silencio. La luz de la lámpara,

debilitada por la pantalla, daba á su cabello un tinte dorado mate y resbalaba por su piel blanca, como por el mármol de una estatua.

—¿Y tú? —preguntó doña Felicidad; —¿qué dices de esto?

Luisa levantó su lindo rostro, sonrió y se encogió de hombros.

—La señora doña Luisa, —arguyó el Consejero, —dirá con orgullo lo que dicen las verdaderas madres de familia: "Las impurezas del mundo no salpican ni á los bordes de mi túnica."

—Buenas noches en general, —murmuró en la puerta una voz de bajo profundo.

—¡Sebastián! —exclamaron todos los convidados, volviéndose. —¡Don Sebastián! ¡El gran Sebastián! ¡Sebastián, tronco de árbol! El íntimo, el camarada, el inseparable de Jorge desde el aula de latín en casa del hermano Liborio de los Paulistas.

Era un coloso, todo de una pieza, completamente vestido de negro y con su sombrero blando, de alas anchas, que conservaba en la mano. La frente indicaba un principio de calvicie; sus cabellos castaños, muy suaves, estaban despeinados y flotaban como si fueran á volar.

Fué á sentarse junto á Luisa, y como le preguntaron que de dónde venía, dijo que del Circo de Price: se había reído mucho con los clowns que habían hecho la pantomima del tonel.

Su cara, á plena luz, mostraba ser redonda, gruesa y colorada: los ojos un poco pequeños, de un azul claro, eran muy dulces, sobre todo cuando reía: los labios rojos y sanos; los dientes brillantes, revelaban una vida sosegada y aficiones castas. Hablando del circo de Price, recordaba las antiguas pantomimas del Salitre, las vejigas clásicas que estallaban con ruido cuando el payaso se dejaba caer sobre



ellas. Su palabra era tardía, un tanto medrosa, como si temiese adelantar una opinión ó fatigarse. Se le trajo te, y con los ojos aun llenos de sonrisas, removía el azúcar con la cucharilla.

—Pero qué cosa tan bonita y divertida es la pantomima del tonel. ¿Te vas mañana, Jorge?—añadió después de un rato de silencio.

—Decididamente.

—¡Dé buena gana iría contigo!

Aquel viaje al campo le causaba envidia, ¡pero estaban los caminos tan malos!... Por otra parte, no podía quedar la casa al cuidado de criados...

—Sebastián,—dijo Jorge,—haz el favor de oír una palabra.

Entró en el despacho seguido de Sebastián con su paso pesado, su espalda encorvada y con los faldones de la levita golpeándole las piernas, levita que parecía cortada de un manteo de cura.

—¿De modo que te vas mañana á las siete?—preguntó Sebastián una vez solos.

—Es preciso.

El despacho en que estaban era una pieza pequeña con una larga estantería resguardada con vidrieras; sobre ella había una bacante furiosa, cubierta de polvo. La mesa, sobre la que se veía un viejo tintero, herencia del abuelo, estaba delante de la ventana; una colección del *Diario oficial* apilada en un rincón. Pendiente de la pared, sobre la butaca de *manoquín*, un cuadro negro, retrato de Jorge y sobre el cuadro dos espadas en forma de aspa. En el fondo, la puerta con portier de reps rojo, daba al pasillo de la escalera.

—¿Sabes quién ha venido esta mañana?—dijo Jorge llenando su pipa.—Pues esa descarada de Leopoldina... ¿Qué te parece, eh?

—¿Y entró? ¿Ha entrado?—preguntó Sebastián en voz baja.

—Entró, se sentó y ha estado de visita todo el tiempo que le pareció bien.

Encendió el fósforo y añadió violentamente:

—¡Cuando pienso que esa desvergonzada ha estado en mi casa! Una mujer que tiene más amantes que camisas. Que este año en los bailes de Carnaval anduvo con todo el mundo. ¡La mujer del Zagalón, ese granuja que ha falsificado una letra!

Y casi al oído de Sebastián añadió:

—Una mujer que ha dormido con Mendoza. ¿Tú recuerdas á Mendoza? Aquel seboso de los callos.

Tuvo un gesto furioso y exclamó:

—Pues esa mujer viene á mi casa, abraza á Luisa respira mi aire. Palabra de honor, Sebastián, si un día la tropiezo, la hago rodar las escaleras.

Sebastián murmuró lentamente:

—Todavía es peor que los vecinos la hayan visto entrar.

—Naturalmente; todo el mundo la conoce, se saben sus amantes y dónde los ve. Es la "Pan y queso". Todos en Lisboa se lo llaman... la "Pan y queso".

—La vecindad, la vecindad es lo peor,—murmuró Sebastián.

—¡Y la de esta calle! No puedes figurarte qué chismosa, qué enredadora.

Era un horror aquella calle. Pequeña, estrecha, amontonadas unas casas sobre otras. Una vecindad ávida de enredos. Cualquiera bagatela, el rodar de un coche bastaba para que la gente saliese á las ventanas.

—Es el diablo,—murmuró Sebastián.

—Y Luisa es un ángel—decía Jorge paseando por el despacho.—Pero tiene cosas de criatura. No com-



prende el mal. Es muy buena y se deja arrastrar. En este café Leopoldina, por ejemplo, como han sido amigas de chiquillas, no tiene valor ahora para cerrarle las puertas. Yo comprendo que es falta de carácter, que es bondad, pero las leyes de la vida tienen sus exigencias.

Después de una pausa añadió:

—Por eso Sebastián, mientras yo esté fuera; advierte á Luisa, si sabes que Leopoldina vuelve á casa. Luisa es así, se olvida, no reflexiona. Es necesario alguien que le advierta, que le diga: Alto ahí, eso no puede ser. Porque entonces reflexiona y es la primera en reconocer las cosas... Tu vas á hacerme el favor de venir á menudo por aquí. Si ves aparecer á Leopoldina, adviertes á Luisa. Ella sintiéndose apoyada tiene decisión. De otra manera se acoquina y se deja llevar. Sufre con eso, pero no tiene valor para decirle: No quiero verte. Luisa no tiene valor para nada: le comienzan á temblar las manos, se le seca la boca... Es mujer, demasiado mujer... No te olvides, Sebastián, es un favor que espero de ti.

—¿Cómo he de olvidarme, hombre?

Oyóse el piano en la sala y la voz de Luisa, fresca y clara, cantando la *Mandolinata*.

*Amici, la notte é bella,  
la luna va spontari...*

—Siento tener que dejarla. La pobrecilla queda tan sola—murmuró Jorge.

Dió algunos pasos por el escritorio, fumando, con la cabeza inclinada sobre el pecho:

—Todo matrimonio bien organizado, querido Sebastián, debía tener dos hijos. ¡Debía tener por lo menos uno!

Sebastián se acarició la barba en silencio. La voz de Luisa elevándose con cierto esfuerzo en las notas altas de la melodía, cantaba:

*Di cá, di lá, per la città  
audiámi á transnottari...*

Era una tristeza secreta de Jorge no tener un hijo. ¡Lo deseaba tanto! Todavía soltero, en vísperas de su casamiento ya soñaba con aquella felicidad: ¡Su hijo! Lo veía de muy varias maneras: ó andando á gatas con sus piernecitas bermejas llenas de roscas y los cabellos rizados, finos, como hilos de seda; ó ya muchacho saliendo de la escuela con los libros bajo el brazo, con el rostro alegre, corriendo á mostrarle sus notas; ó todavía mejor: una niña blanca y rubia, con dos largas trenzas, viniendo hacia él sonriente, con los brazos abiertos, á posarle las manos en sus cabellos ya grises...

A veces sentía miedo de morir sin haber gustado aquella felicidad.

Sebastián y Jorge guardaban silencio. En la sala la voz aguda de Ernesto peroraba. Después de un momento Luisa volvió á comenzar la *Mandolinata* con un brío jovial.

La puerta del despacho se abrió para dar paso á Julián:

—¿Qué están ustedes conspirando? Vengo á decirles adiós. Me voy, que ya es tarde. Hasta la vuelta, Jorge. De buena gana me iría contigo á respirar aires puros y ver campos... pero...

Sonrió con amargura.

—Adiós, adiós.

Jorge salió á alumbrarle hasta el descanso de la escalera.

—Si quieres alguna cosa del Alentejo...



Julián se puso el sombrero.

—Nada, que lleves buen viaje. Dame un cigarro por despedida. Mejor será que me des dos.

—Llévate la caja. Yo cuando viajo sólo fumo en pipa. ¡Llévate la caja, hombre!

Entró en el despacho y volvió con ella envuelta en un *Diario de Noticias*. Julián metióse la bajo el brazo y descendió las escaleras. Desde abajo gritó:

—A ver si descubres una mina de oro.

Jorge y Sebastián entraron en la sala. Ernesto, de pie, á un lado del piano se retorcia el bigote. Luisa preludiaba un vals de Strauss.

Jorge exclamó riendo y extendiendo los brazos.

—Doña Felicidad, un vals.

Ella se volvió plácidamente. ¿Y porqué no? Cuando muchacha bailaba como una peonza. Luego recordó que había tenido el honor de valsar con el Infante don Fernando, allá en tiempo de la Regencia, en un baile dado en el Palacio de las Necesidades. ¡Era un lindo vals de aquella época! *La perla de Ofir*

Doña Felicidad hallábase sentada al lado del Consejero y como reanudando una conversación anterior y más de su agrado murmuró en voz baja, mirando á su vecino:

—Créame le hallo un aspecto de salud como nunca.

El Consejero doblaba lentamente su moquero de seda de India.

—En llegando el verano me hallo siempre mejor. ¿Y á usted que tal le sienta el verano, doña Felicidad?

—Es cuando me hallo mejor. Muy buenas digestiones, muy libre de gases... ¡Me siento otra!

El Consejero sonrió.

—¡Si que se le conoce doña Felicidad, sí que se le conoce!

Tosió é iba á levantarse pero doña Felicidad le detuvo con un gesto al mismo tiempo que le decía:

—Espero que ese interés será verdadero...

Enrojeció. El corpiño fúcido de su vestido de seda negro se hinchaba con el afanoso palpar de su pecho.

El Consejero la miró gravemente y con las manos sobre las rodillas murmuró:

—Doña Felicidad, sabe que tiene en mí un amigo sincero...

La jamona levantó hacia él sus ojos apagados de donde salían revelaciones de pasión y súplicas de amor:

—Y usted tiene en mí, señor Consejero...

Dió un gran suspiro y abrió el abanico sobre el rostro. El Consejero se puso en pie muy secamente.

Con la cabeza alta y las manos apoyadas en la espalda se acercó al piano y preguntó á Luisa.

—¿Es alguna canción del Tirol, señora?

—Un vals de Strauss—murmuró Ernesto al oído del caballero.

—¡Ah! ¡muy famoso compositor! ¡Muy famoso!

Sacó el reloj y miró la hora frunciendo las cejas. Tenía necesidad de retirarse para coordinar algunas notas. Andando con solemnidad, se acercó á Jorge:

—Querido amigo, adiós. Régimen, mucho régimen en ese Alentejo. El clima es nocivo y la estación traidora

Después, le abrazó conmovido. Doña Felicidad en tanto se ponía su mantilla de randas.

—¿Usted también se vá, doña Felicidad?—dijo Luisa.

Ella le explicó al oído: sí, hija, me siento un poco



mal; he comido demasiado... ¡Luego, ese hombre, ese hielol

Luisa tuvo que morderse los labios para no reirse.

— Ernesto, si usted vá para su casa, llevamos el mismo camino.

— Sí, señora.

Se puso el paletó resoplando; apretada entre los dientes la boquilla, una larga boquilla, donde una mujer desnuda se retorcia sobre el lomo de un león domado.

— Adiós primo, salud y dinero. ¡Adiós! Para la representación de *Houva y Pasión* ya la mandaré un palco á Luisa.

Iba á salir, pero el Consejero ocupaba completamente la puerta. Habíase vuelto y con la mano pomposamente apoyada en el puño de su bastón, esperaba á que se hiciese el silencio para hablar:

— Jorge, me olvidaba. Lo mismo en Evora que en Beja visite á los gobernadores civiles. Yo le diré por qué: esa visita se la debe como primeros funcionarios, y además, porque pueden serle muy útiles en sus peregrinaciones científicas.

Inclinándose profundamente añadió: *al rivedere* como se dice en Italia.

Sebastián permaneció todavía algún tiempo haciendo tertulia á sus amigos. Luisa, para hacer desaparecer el humo del tabaco, abrió las ventanas. La noche estaba templada y serena. Una hermosa noche de luna.

Sebastián habíase sentado al piano y con la cabeza inclinada, dejó deslizar sus dedos por el teclado. Tocaba admirablemente con una comprensión muy fina de la música. Había compuesto una *Meditación*, dos valeses y una balada; pero eran estudios muy trabajados, llenos de reminiscencias y sin ninguna personalidad.

— De mi caletre, no sale nada, — solía decir el buen Sebastián dándose con la mano en la cabeza y sonriente; — pero de las manos ya es otra cosa.

Empezó á tocar un *Nocturno*, de Chopin. Jorge se sentó en el sofá al lado de Luisa.

— Ya tienes preparada tu merienda, — le dijo en voz baja su mujer.

— ¿Para qué has andado con eso? Con unas galletas y un frasco de cognac, me hubiera bastado.

— ¿No te olvidarás de telegrafarme en cuanto llegues?



—No, mujer.

—¿Tú estarás de vuelta antes de quince días?

—Creo que sí.

Ella hizo un gracioso gesto de enfado.

—¡Mira que si no vienes, voy á buscarte! La culpa será tuya.

Luego, mirando en derredor, añadió:

—¡Qué sola voy á quedar en esta casa!

Se mordió los labios y quedó mirando la alfombra.

De repente con la voz todavía triste, murmuró:

—Sebastián, ¿quiere usted tocar unas malagueñas? ¿Hace el favor?

Sebastián preludió unas malagueñas. Aquella melodía cálida y lenta encantaba á Luisa. Le parecía estar en Málaga ó en Granada. Con certeza no sabía dónde. Era al pie de los naranjos, en una noche tibia y llena de aromas; las estrellas lucían en un cielo azul. A la luz de un farol, colgado de un árbol, *el cantaor*, sentado á la morisca, rasgueaba la guitarra, mientras en torno suyo, mujeres con corpiños rojos, palmeaban, llevando la cadencia.

En torno, reposa una Andalucía de novela y de zarzuela, ardiente y sensual, donde todos son brazos blancos que se abren para el amor, capas románticas que rozan las paredes, callejuelas sombrías donde brilla una lámpara ante la hornacina de un santo y se rasguea la guitarra, mientras pasan en la sombra con reposado andar los serenos que invocan á la Santísima Virgen, cantando las horas...

—¡Muy bien, Sebastián! Muchas gracias.

Sebastián, sonrió al mismo tiempo que cerraba el piano.

Fué á buscar su sombrero de anchas alas y dándole vueltas entre las manos se despidió:

—Vaya, buenas noches. Hasta mañana á las siete.

Vendré á despertarte, Jorge, y te acompañaré hasta el Barreiro.

—¡Excelente, Sebastián!

Jorge y Luisa se asomaron al balcón para verle salir. El silencio de la noche, difundía una plácida melancolía. El gas de los faroles, parecía moribundo. La sombra, que cortaba la calle con una línea recta y dura, tenía una tonalidad caliente. La luz arrojaba sobre las fachadas blancas una viva claridad y destellaba en el empedrado de la calle. Los cristales de una claraboya, relucían á lo lejos como una vieja lámpara de plata. Todo aparecía inmóvil, Instintivamente los ojos alzábanse á la altura, buscando la luna serena y blanca.

—¡Qué hermosa noche!

Sintióse el golpe de la puerta, y la voz de Sebastián que hablaba desde la acera.

—Da gana de dar un paseo, ¿verdad?

—Sí, por cierto.

Jorge y Luisa continuaron en el balcón como emperzados por la tranquilidad de la noche y el resplandor de la luna. Comenzaron á hablar del viaje en voz baja. A aquella misma hora, ¿dónde estaría él mañana? Ya en Evora tal vez: en alguna sala triste de posada, paseando aburrido y solo sobre un pavimento de ladrillos. Pero volvería pronto. Jorge tenía esperanza de hacer gran negocio con Paco, aquel español que explotaba las minas de Portel, ganando algunos millares de reis, y entonces, podría procurarse algún descanso en el mes de Septiembre. Hacer un viaje al norte, á Porto, industriosa ciudad; después pasar á Bussaco, subir á las montañas, beber el agua fresca de los manantiales, nacida en una roca, bajo la fresca espesura de los árboles; visitar la playa famosa de Espinho, sentarse



sobre la arena, respirando un aire puro impregnado de ázoe; contemplando la mar azulada, con ese color metálico y brillante del gran Océano en el estío, apercibiendo á lo lejos, microscópico, un gran vapor navegando hacia el sur. Y el uno y el otro seguían formando proyectos, envueltos en una atmósfera de dicha inmensa.

Jorge dijo:

— Si hubiera un chiquitín en casa no te quedarías tan sola.

Luisa suspiró. Ella también lo deseaba con toda su alma. Se llamaría Carlos Eduardo. Veíale dormido en su cuna, desnudo, cogiendo con su manita los dedos de su pie, bebiendo la vida en la punta rosada de su pecho... Un estremecimiento de infinito deleite recorrió su cuerpo y pasó un brazo sobre el hombro de Jorge. ¿Por qué algún día no había de tener uno? Seguramente lo tendrían. Pero ella no podía imaginarse á su hijo ya hombre y á Jorge viejo; veíalos siempre en el mismo estado; el uno amante, joven, fuerte; el otro sonriente pendiendo de su seno, corriendo á gatas y balbuceando. Esta existencia de una dulzura igual henchida de un mismo enternecimiento amoroso, reposada, tibia y luminosa como aquella noche, se le antojaba que debía ser eterna.

— ¿A qué hora quiere la señora que la despierte? — dijo la voz áspera de Juliana.

Luisa se volvió.

— A las siete; ya se lo he dicho á usted hace un momento.

Cerraron el balcón. En torno de la luz revoloteaba una mariposa blanca. Era un augurio feliz.

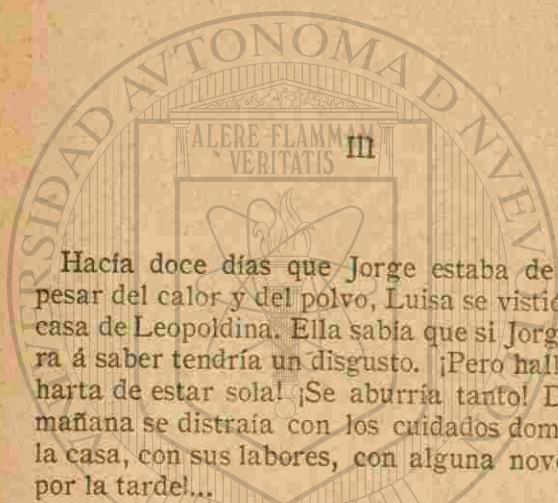
Jorge abrazó á su mujer.

— ¿Conque vas á quedarte viuda? — dijo tristemente.

Luisa dejó pesar su cuerpo sobre las manos cruzadas de su marido. Le miró con una larga mirada que se nublaba y obscurecía y rodeándole el cuello con el abrazo lento, armonioso y solemne de sus brazos, le puso en la boca un beso grave y profundo. Al mismo tiempo un vago sollozo levantaba su pecho.

— ¡Jorge querido!





Hacia doce días que Jorge estaba de viaje, y á pesar del calor y del polvo, Luisa se vistió para ir á casa de Leopoldina. Ella sabía que si Jorge lo llegara á saber tendría un disgusto. ¡Pero hallábase tan harta de estar sola! ¡Se aburría tanto! Durante la mañana se distraía con los cuidados domésticos de la casa, con sus labores, con alguna novela. ¡Pero por la tarde!...

A la hora en que Jorge acostumbraba á volver del Ministerio, pareciale que su soledad aumentaba. Echaba de menos su campanillazo y sus pisadas en el pasillo. Al anochecer, se entristecía sin causa, caía en una vaga melancolía; sentada al piano recordaba los fados tristes, y las cavatinas apasionadas. ¡Los pensamientos románticos que entonces exhalaban su mente! Luego, de noche, sola, como perdida en el amplio lecho conyugal, sin poder cerrar los ojos, desvelada por el calor, era presa de terrores y agitaciones de viuda.

No estaba acostumbrada, no podía estar sola. Hasta tuvo la idea de llamar á su lado á la tía Patrocinio, una parienta anciana que vivía en Belén, así

cuando menos tendría alguien que la acompañase. Luego reflexionándolo, no lo hizo; temió aburrirse más en compañía de aquella anciana, alta, flaca y taciturna, siempre haciendo calceta, cabalgados sobre la nariz los enormes quevedos montados sobre guarnición de concha.

Aquella mañana había pensado en Leopoldina y se sintió feliz al poder visitarla y cuchichear con ella durante las aburridas horas de la tarde.

Peinábase ante el espejo en corsé y enaguas. La camisa descotada mostraba los hombros blancos, una armónica redondez, y el cuello terso donde azuleaban las venas y sus brazos torneados, un poco rosados hacia el codo que al alzarse para arrollar los cabellos y sujetar las trenzas, descubrían ocultos nidos formados de vello enortijado y rubio.

Acababa de lavarse y aun conservaba su piel el húmedo rosado del agua fría y flotaba en la habitación un agradable perfume de colonia. Las cortinas de muselina blanca sumían la habitación en una luz cernida con tonos lechonos.

¡Ah! Positivamente iba á escribir á Jorge para que volviese cuanto antes. Quizás sería mejor que ella misma fuese á Evora para sorprenderle. Llegaría de pronto á eso de las tres y cuando él regresase cubierto de polvo, rendido de calor, con los lentes azules y el sombrero de anchas alas, se echaría en sus brazos loco de alegría. Después, al anochecer, con su vestido fresco, todavía molida del viaje daría una vuelta con Jorge para ver la ciudad. Todos se admirarían al verla pasar por las calles estrechas y solitarias; los dependientes saldrían á las puertas de las tiendas. ¿Quién es?—Es una señora, es la mujer del ingeniero. — Un largo y adulador murmullo se levantaría á su paso.



Delante del tocador, acabando de abrocharse el vestido, Luisa sonreía á sus pensamientos y á su rostro que se reflejaba en el espejo.

La puerta del cuarto giró suavemente.

—¿Quién es?

La voz plañidera de Juliana. dijo:

— Si me permite la señora iré á casa del médico.

— Vaya usted, pero no tarde. Estíreme la falda.

¿Pero qué es lo que usted tiene?

— Palpitaciones, señora... en el corazón... he pasado toda la noche sin dormir.

Estaba más amarilla que nunca, con los ojos apagados y la faz envejecida. Llevaba puesto un vestido de merino negro, ya usado.

— Está bien, vaya usted, pero déjelo todo arreglado antes de irse y no tarde, ¿ha oído usted?

Juliana salió y se dirigió á la cocina. La cocinera era grande, estaba situada en el segundo piso y recibía la luz por el patio. La cocinera andaba tragiando. Juliana la dijo:

— Ya hablé con la señorita y me ha dado permiso, señora Juana. Dice que puedo ir. Voy á vestirme. La señorita estaba acabando de arreglarse para salir. Queda usted dueña de la casa, señora Juana.

La cocinera se puso roja de alegría. Después comenzó á cantar de pechos sobre la ventana sacudiendo una alfombra maltrecha. Durante esta operación no apartaba los ojos de una casa baja situada enfrente, pintada de amarillo y con amplio zaguán.

Era la carpintería del tío Juan Gallo, donde trabajaba su novio. La pobre Juana bebía los vientos por aquel muchacho. Se llamaba Pedro, era un mozo alto, pálido, con un gran aspecto de fatiga en toda su persona. Juana era de Avintes, en la riera del Miño, de familia labradora, y aquel tipo lisbo-

nense, flaco y anémico la sedujo por el contraste. Como Juana no podía salir entre semana, introducíale en casa por la puerta trasera cuando tenía la fortuna de quedar sola, para lo cual colgaba en la ventana como aviso, la alfombra raída donde aun se advertían los cuernos de un venado.

Era una moza fuerte, con pechos de nodriza y cabellos de azabache lustrosos de aceite. Tenía el perfil corto, de plebeya voluntariosa y terca, las cejas juntas, hacían aparecer más negros sus ojos.

Viéndola colgar la alfombra, Juliana murmuró:

— La señora Juana ya ha puesto la contraseña.

La cocinera se puso roja. Juliana continuó:

— No se apure, mujer, ¿qué mal hay en eso?

Juliana estaba al tanto de los amores de la cocinera, pero guardaba el secreto porque necesitaba de ella... Juana le daba caldos entre horas ó le hacía un filete á escondidas de la señorita. Su puritanismo de solterona la hacía renegar de aquel escándalo, pero bien pensado, se dejaba mimar porque su complacencia proporcionaba dulzuras sin cuento á sus aficiones de golosa.

Después de una larga pausa Juliana murmuró:

— Yo, en el lugar de usted, señora Juana, le daría lo mejor de la comida. No hay tontería mayor que tener escrúpulos á causa de los amos. La ven á una morir como si fuese un perro.

Con una sonrisa amarga que mostraba sus dientes amarillos, añadió:

— ¿Sabe usted lo que me ha dicho la señorita, señora Juana? Que no me detuviese mucho en casa del médico. Es como decirle á una "curate ó revienta de una vez...". Suspiró profundamente y tomó una escoba de un rincón.

— Nos toman por bestias de carga, señora Juana.

Bajó y se puso á barrer el corredor llevando el



polvo hacia el rellano, con ese ruido especial del esparto que frota sobre la madera. Toda la noche había estado mal. En su cuarto, allá arriba bajo el tejado, se ahogaba y el olor de los ladrillos recalentados le producían mareos desde el comienzo del verano. Respiraba con dificultad. La noche anterior había arrojado cuanto había comido. Y estaba en pie desde las seis de la mañana, sin un minuto de descanso, disponiendo, traginando de una parte á otra, con el estómago revuelto y un amago de dolor en el costado. Acababa de abrir la puerta de la escalera y entre suspiros daba escobazos contra el pasamano.

—¿Está en casa la señora?

Volvióse sorprendida. En uno de los últimos escalones estaba un hombre que le pareció extranjero. Era alto, moreno, con el bigote levantado y una flor en el hojal. El charol de sus zapatos resplandecía.

—La señora vá á salir,—dijo Juliana mirándole con curiosidad.—Si el señor quiere darme su nombre...

El caballero sonrió.

—Dígale usted que es para un negocio... para un negocio de minas.

Luisa delante del tocador ya con el sombrero puesto colocaba una rosa de te en un hojal del corpiño.

—Un negocio—repitió sorprendida.—Debe ser algún recado para Jorge. Dígale usted que pase. ¿Qué clase de hombre es?

—Un caballero bien portado.

Luisa se bajó el velo, abrochóse lentamente los guantes de piel de Suecia claros, ahuecó ante el espejo su corbata de encajes y abrió la puerta del salón. Pero retrocedió ruborizada y llena de asombro. Le había reconocido: ¡era el primo Basilio!

\*  
\*  
\*

Hubo entre ambos un *shake-hands* largo y un poco trémulo. Ella con toda la sangre en el rostro, sonriendo vagamente y con los ojos bajos, él envolviéndola en una mirada llena de admiración. Pero las palabras y las preguntas llegaron pronto y se sucedieron rápidamente. ¿Cuándo había llegado? ¿Le había reconocido ella? Cómo había él averiguado donde vivía? Había llegado la vispera en el vapor de Burdeos y se había informado en el Ministerio donde supo que Jorge estaba en el Alentejo, dándole su dirección.

—¡Cómo has cambiado, Dios mío!—dijo él.

—¿Envejecida?

—No tal, embellecida.

Hablaban alto y con viveza. Luisa le preguntó qué había hecho y si pensaba quedarse en Lisboa. Luego abrió las maderas de la ventana y entró la luz más viva. Se sentaron; él en el sofá, con perezosa actitud, ella al lado, sobre el borde de una butaca con las manos temblorosas y toda nerviosa. Había dejado, dijo él, los trabajos forzados del desierto y venía á respirar un poco de aire á la vieja Europa. Había estado en Constantinopla, en Tierra



Santa, en Roma. El pasado año lo había dedicado á París.

Venía de allá, de aquel encantador París. Hablaba lentamente inclinándose hacia ella con un aire íntimo, extendiendo cómodamente sobre la alfombra sus pies calzados con zapatos de charol.

Luisa le miraba. Hallábale más varonil y más morena. En su cabello negro y rizado, ahora lucían algunos hilos de plata: pero el bigote, pequeño, conservaba su antiguo aspecto juvenil orgulloso é intrépido y los ojos, cuando reía, la misma dulzura húmeda de fluido. Reparó en su alfiler de herradura adornado de perlas que se destacaban sobre la corbata de raso negro y en sus caletones de seda bordados de estrellas. Decididamente, el Brasil no le había vulgarizado. Volvía más interesante.

— Pero tú, cuéntame ¿qué es de tú vida? decía él con una sonrisa inclinándose hacia ella. ¿Eres feliz? ¿Tienes un chiquitín, verdad?

Luisa rióse.

— No. ¿Quién te ha dicho eso?

— Me lo habían dicho. ¿Va á estar mucho tiempo fuera tu marido?

— Tres ó cuatro semanas.

— ¡Cuatro semanas! Casi la viudez.

Le pidió permiso para ir á verla á menudo y á hacerle compañía.

— ¿Por qué no? Eres el único pariente que me queda.

Era verdad. La conversación se hizo íntima y melancólica: recordaron á la madre de Luisa, á la tía Jojo, como la llamaba Basilio. Luisa contó su muerte, muy dulce, en una poltrona, sin un gemido.

— ¿Dónde está enterrada?—preguntó Basilio con

una voz grave; y añadió estirando con un gesto solemne los puños de su camisa de batista.

— ¿Estará en nuestro panteón?

— Sí.

— Iré allá. ¡Pobre tía Tojo!

Hubo una pausa.

— ¿Pero tú te disponías á salir?—exclamó Basilio de repente, queriendo levantarse.

Luisa protestó.

— No, no. Estaba aburrída, no sabía qué hacer y quería tomar un poco el aire.

El todavía dijo:

— Por mí no te quedes.

— ¡Qué locura! Iba á casa de una amiga á pasar la tarde.

Y se quitó el sombrero. En aquel movimiento los brazos levantados descubrieron las formas del seno, acusándolas suavemente.

Basilio se retorció el bigote. Viendo que Luisa se quitaba los guantes, murmuró:

— En otro tiempo era yo quien te ponía y te quitaba los guantes... ¿Te acuerdas?... ¿Aun tendré el privilegio, creo yo?

Luisa se rió.

— Pues yo creo lo contrario.

Basilio dijo lentamente con los ojos fijos en la alfombra:

— ¡Ah! Cómo cambian los tiempos.

Después habló de Colares; su primera idea al desembarcar, fué la de ir á ver la quinta. ¿Existía aún la mecedora bajo el castaño? Se había conservado el tiesto de rosas blancas junto á aquel Cupido de yeso que tenía un ala rota? Luisa había oído decir que la quinta era ya propiedad de un brasileño que había hecho en ella muchas mejoras, ahora tenía dando vista al camino, un mirador, adornado con



gruesas bolas de vidrio y la antigua casa de familia había sido derribada y reemplazada por otra nueva, amueblada por Gardé.

— Nuestra pobre sala de billar pintada de amarillo, — dijo Basilio con pesaroso acento. Después, mirando intensamente á Luisa, añadió:

— ¿Te acuerdas de nuestras partidas de billar?

Luisa, sonreía confusa, torciendo sus guantes con los dedos.

Basilio alzó los hombros con tristeza y quedó mirando los dibujos y flores de la alfombra. Pareció entregarse á los recuerdos de un pasado lejano y melancólico.

— ¡Aquellos fueron mis buenos tiempos!

Luisa podía contemplar la cabeza de Basilio inclinada por el recuerdo de la felicidad pasada. Su cabellera negra partida, por una estrecha raya, estaba sembrada de hebras blancas. Ella misma sentía que una vaga emoción la embargaba el pecho. Levantándose, abrió la ventana como si quisiera con un exceso de luz disipar su turbación. Volvió á sentarse y le habló de Paris y de Constantinopla.

Ella amaba los viajes.

Sonaba con países remotos. Siempre había deseado ir á Oriente, seguir las caravanas, balanceándose sobre el lomo de los camellos sin miedo del desierto ni de las fieras.

— ¡Qué valiente te has vuelto! — dijo Basilio. — En otro tiempo tenías miedo de todo... Hasta de la cueva en nuestra casa de Almada.

Luisa enrojeció. Recordaba muy bien aquella cueva con su suelo resbaladizo y su frescura húmeda que daba escalofríos. Un candil de aceite colgado del muro alumbraba con claridad triste y humosa las grandes y oscuras vigas cubiertas de telas de araña y la fila tenebrosa de panzudos toneles. Basi-

lio la había dado algunas veces en los rincones besos furtivos...

Por disimular su turbación preguntó á Basilio qué había hecho en Jerusalén y si era bonito.

— Es curioso. Por la mañana, después del desayuno, iba un momento al Santo Sepulcro. Luego montaba á caballo... El hotel no era del todo malo y se encontraban inglesas bonitas. Había hecho amistades ilustres.

Decía todo esto meciendo sus piernas cruzadas; su amigo, el patriarca de Jerusalén, su anciana amiga la princesa de Latour de Auvergue. Pero el mejor momento, según él, era por la tarde en el Huerto de los Olivos; teniendo ante sus ojos las murallas del templo de Salomón y la humilde aldea de Bethania, donde Marta hilaba á los pies de Jesús. A lo lejos, el mar Muerto brillaba inmóvil bajo los rayos del sol. Entonces, sentado sobre un banco, pasaba momentos deliciosos fumando tranquilamente su pipa.

— ¿No has corrido ningún peligro?

— Tampoco han faltado: una espantosa tempestad de arena en el desierto de la Arabia Pétreá. ¡Pero qué delicioso viaje con sus caravanas y sus campamentos!

Y describía su traje, compuesto de una manta de pelo de camello, rayada de rojo y negro, un puñal de Damasco pendiente de un cinturón de Bagdad y la larga lanza de los beduinos.

— Eso te debía estar muy bien.

— Muy bien. Tengo fotografías. Te daré una.

Luego añadió:

— ¿Sabes que te traigo algunos regalos?

— ¿De veras? — dijo ella con los ojos brillantes.

— Primeramente lo mejor; un rosario.

— ¿Un rosario?

— Sí, una reliquia bendecida por el patriarca de



Jerusalén sobre la tumba de Cristo. Con muchas indulgencias concedidas por el Papa.

Porque había visto al Papa, un viejecito todo vestido de blanco.

—Antes no eras devoto, dijo Luisa.

Ni lo soy; pero no me gusta poner esas cosas en ridículo, — respondió él riendo.

—¿Te acuerdas de la capilla en nuestra casa en Almada?

Allí habían pasado hermosas tardes. Al pie de la capilla había un atrio de hierbas altas y floridas, y las amapolas al menor soplo de viento, se agitaban como mariposas de alas encarnadas posadas allí.

¿Y aquel tilo donde hacía yo gimnasia, recuerdas?

—No hablemos del pasado.

—¿De qué quieres entonces que hable? El pasado es mi juventud. ¡El mejor tiempo de mi vida!...

Ella sonrió.

—¿Y en el Brasil, qué has hecho?

—¡Qué país! Hasta hice la corte á una mulata.

—¿Y por qué no te has casado?

—¿Te bromeas? ¡Con una mulata!—Luego con voz arrepentida y triste, murmuró:—Puesto que no me casé cuando debí hacerlo, ya no lo haré... permaneceré soltero.

—¿Y qué es el otro regalo, además del rosario?—dijo Luisa después de un silencio en que sus mejillas se tiñeron de púrpura.

—¡Oh! Son guantes para el estío, de piel de Suecia con ocho botones. Aquí lleváis guantes pequeños de dos botones que dejan al descubierto la muñeca. ¡Eso es horrible! ¡Después de lo que yo he visto, las mujeres de Lisboa se visten á cual peor! ¡Es atroz! No digo eso por ti, porque estás vestida con sencillez como toda mujer elegante con *chic*; pero en general es espantoso. ¡Qué *toilettes* tan frescas y tan

deliciosas este verano! En París todo es superior. Así es que desde que he venido, no puedo comer absolutamente nada. No hay como París para comer.

Luisa daba vueltas entre los dedos á su medallón de oro prendido al cuello por un terciopelo negro.

—¿De modo que has pasado un año en Faris?

—Un año delicioso. Ocupaba una habitación encantadora que había pertenecido á lord Falmaurth, calle de San Florentino; tenía tres caballos.

Recostándose mucho, con las manos en los bolsillos, murmuró:

—Hay que pasar por este valle de dolores lo más confortablemente posible. ¿Tienes algún retrato en ese medallón?

—El de mi marido.

—¡Ah! déjame verlo.

Luisa abrió el medallón. Basilio se inclinó. Ella entonces pudo aspirar el perfume delicado que exhalaban sus cabellos.

—Está muy bien,—dijo Basilio.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es sofocante el calor, verdad?—murmuró Luisa.

Se levantó y abrió un poco la ventana. El sol no daba ya en ella y un soplo de aire agitó los pliegues del cortinaje.

—Hace tanto calor como en el Brasil. ¿Sabes que estás más alta?

Luisa estaba de pie y la mirada de Basilio recorría todas las líneas de su cuerpo. Con voz suave, íntima, los codos apoyados en las rodillas y el rostro vuelto hacia ella, exclamó:

—Vamos, con franqueza. ¿Pensabas que yo vendría á verte?

—¡Qué pregunta! me hubiera enfadado si no hu-



bieras venido; tú, mi único pariente... Siento solamente que no esté mi marido.

—Precisamente porque sabía que no estaba, es por lo que...

Luisa enrojeció. Basilio mismo, confuso, continuó, reprimiendo una sonrisa:

—Quiero decir... tal vez él sepa algo de lo pasado...

—Tonterías... éramos niños.

—¡Niños!... Yo tenía veintisiete años.—Dijo Basilio sonriendo é inclinándose.

Siguió un momento de silencio embarazoso. Basilio retorciase el bigote y miraba distraído en torno suyo.

—Estás bien instalada aquí.

Luisa confesó que, efectivamente, no estaba mal. La casa, aunque pequeña, era cómoda y le pertenecía.

—Está perfectamente bien. ¿Quién es esta señora con lentes de oro?

E indicaba un retrato colgado en la pared, sobre el sofá.

—Es la madre de mi marido.

—¡Ahl ¿vive todavía?

—No, murió.

—Realmente es lo mejor que puede hacer una madre política.

Basilio bostezó ligeramente, miró las puntas de sus zapatos puntiagudos y con un movimiento brusco se levantó, tomando su sombrero.

—¿Ya te vas?—dijo Luisa.—¿Dónde te alojas?

—En el hotel Central... ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Cuando quieras.

—¿Es permitido aun besar la mano de una anti-

gua prima?—preguntó Basilio sonriendo y tomando la mano de Luisa.

—¿Por qué no?

Basilio depositó sobre la mano de Luisa un largo beso acompañado de una dulce presión.

—Adiós,—dijo.

En el umbral de la sala, sosteniendo alzado el portier, se volvió:

—¿Crearás que hace poco, al subir la escalera, me preguntaba cómo iba á pasar todo esto?

—Todo esto, ¿qué?... ¿Si debíamos volver á vernos? ¡Seguramentel ¿Qué creías tú?

—Yo no creía que tú eras tan buena,—dijo Basilio después de un momento de vacilación.—¡Adiós, hasta mañana!

Al pie de la escalera encendió un cigarro.

—¡Diantre, qué linda está!—pensó.—¡Y yo qué bruto era—dijo tirando con violencia la cerilla—que casi había resuelto no venir! ¡Es apetecible la prima, mucho más que otras veces! Y sola en casa, frente á frente con el aburrimiento tal vez... ¡Bien vale la pena!

Llegó á la Patriarcal y llamó un cupé vacío; tendióse en él con el sombrero entre las rodillas, y en tanto los dos rocines trotaban, pensaba:

—Aparenta esmero en su persona, lo que es cosa rara aquí. Las manos están cuidadas, los pies son lindos.

Al recordar la pequeñez de aquel pie, sacó como conclusión en su pensamiento, una multitud de bellezas, tratando de adivinarlas.

La mujer que había dejado en París era más alta y más delgada, de una elegancia de tísica. Cuando se descotaba, se le veían los huesos de la espalda. Las formas redondas de Luisa acabaron de decirle.



— ¡A ella, á ella! ¡Como Santiago á los moros!

Cuando Luisa oyó cerrarse la puerta de la calle tras de Basilio, entró en su cuarto, colocó su sombrero sobre el confidente, y fué á mirarse en el espejo. ¡Qué dicha haber estado vestida! ¡Si la hubiera encontrado en traje de casa ó mal peinada! Se vió con la cara encarnada, se dió ¡olivos de arroz, y fué á la ventana, donde, con los brazos cruzados, se puso á mirar á la calle y al sol, que daba todavía en la pared de enfrente. Dieron las cuatro, y Leopoldina estaria seguramente comiendo. ¿Qué hacer hasta las cinco? Escribir á Jorge...; pero tenía pereza. ¡Hacía tanto calor! Y, además, ¡tenía tan poco que decirle! Empezó á desnudarse ante el espejo, mirándose mucho, y complaciéndose al verse tan blanca, acariciando la finura de su piel, entre bostezos lánguidos, de un cansancio feliz.

¡Siete años hacía que no había visto á Basilio!

Estaba más moreno, más tostado, pero quizá esto mismo le favorecía.

Después de comer, se sentó junto á la ventana, extendida en un sillón, con un libro abierto sobre las rodillas.

El viento había calmado, y el cielo, de un azul profundo, aparecía inmóvil; los pájaros piaban en una higuera silvestre.

De una fragua próxima salían martillazos continuos y sonoros, descargados sobre el yunque, moldeando el hierro. Poco á poco, el azul del cielo desvaneciése.

Hacia el ocaso, celajes anaranjados, se extendían como grandes pinceladas.

Después, todo se cubrió de una sombra difusa, silenciosa y cálida. Un lucero muy vivo lucía y temblaba en la altura. Luisa se dejó caer en el *voltaire* olvidada, absorta, sin pedir luz.

— ¡Qué vida tan interesante la del primo Bastio!— pensaba.— ¡Lo que ha visto! Si ella pudiese también hacer sus maletas, partir, admirar espectáculos nuevos y desconocidos; la nieve en los montes, relucientes cascadas... ¡Cómo deseaba visitar los países que conocía por las novelas! Escocia, con sus lagos melancólicos; Venecia, con sus trágicos palacios. Quisiera anclar en bahías donde un mar luminoso y rielante muere sobre la arena dorada: y desde cabañas de pescadores, donde viven las Graziellas, ver azulear á lo lejos las islas de nombres sonoros. Ir á París... París, sobre todo; pero ¡ah! nunca viajaría; eran pobres; Jorge era casero y tan apegado á Lisboa...

¿Cómo sería el patriarca de Jerusalém? ¿Sería un anciano de largas barbas blancas, recamado de oro, entre músicas solemnes y nubes de incienso? ¿Y la princesa de la Tour d'Auvergue? Debía ser bella, de una estatura real, viviría cercada de pajes. Tal vez se habría enamorado de Basilio... La noche obscurcía. Empezaban á lucir otras estrellas... Pero, ¿de qué servía viajar, molestarse haciendo equipajes, bostezar en los vagones, y cabecear de sueño en las frías madrugadas? ¿No era mejor vivir con un buen *comfort* en una casita abrigada, permitirse una noche de teatro á veces, tener un marido tierno, y gozar de un buen almuerzo en las mañanas claras, cuando los canarios charlan? ¿Y no tenía ella todo esto para ser feliz? Entonces la acudió un melancólico recuerdo de Jorge. Deseaba abrazarle, tenerle allí, y encontrarle fumando su pipa en su despacho, bien abrigado con su chaqueta de terciopelo. Tenía todo; él, para que su mujer estuviese feliz y orgullosa, era guapo, con unos ojos magníficos, tierno, fiel. No la gustaría un marido con una vida sedentaria y casera, pero la profesión de Jorge era interesante.



Descendía á los tenebrosos pozos de las minas. Una vez había tenido que amenazar con sus pistolas á uno brigada de obreros insurreccionados.

Era valiente; tenía talento. Involuntariamente, sin embargo, volvía á presentársela el primo Basilio, haciendo fluctuar su albornoz blanco en las planicies de Tierra Santa ó en París, derecho en su faetón, gobernando con destreza los inquietos caballos; y esto le daba idea de otra vida más poética, más propia para lances sentimentales.

Del cielo estrellado, descendía una luz difusa: ventanas iluminadas resplandecían á lo lejos, abiertas al soplo tibio de la noche. Los murciélagos revoloteaban.

—¿La señora no quiere luz?—preguntó desde la puerta la voz fatigada de Juliana.

—Póngala usted en el cuarto.

Luisa suspiró. Sentíase cansada.

—Sin duda es la tronada,—pensó.

Fué á la sala, sentóse al piano: tocó al acaso fragmentos de *Lucía de Sonámbula* del *Fado*: deteniendo los dedos sobre el teclado, recordó que Basilio debía volver á verla al día siguiente. Volvió á comenzar el *Fado*. ¿Se pondría el vestido nuevo de *foulard*, color de castaña? Sus ojos se cerraban.

Se fué á la alcoba.

Juliana traía la lámpara. Venía arrastrando las chinelas, con un chal por los hombros, encogida y lúgubre. Aquella figura, con su aspecto de moribunda, irritó á Luisa.

—Parece usted la imagen de la muerte.

Juliana no contestó. Dejó la lámpara sobre la cómoda y recogió moneda á moneda, el dinero de la compra. Con los ojos bajos, murmuró:

—¿La señora necesita algo?

—Váyase, mujer, váyase.

Juliana fué á buscar el quinqué de petróleo. Subió á su alcoba. Dormía en el sotabanco, cerca de la cocinera.

—¡Parezco la imagen de la muerte! ¿eh?—murmuró furiosa.

El cuarto era bajo, muy estrecho, con la techumbre de madera, abuhardillado. Juliana dormía en un catre de hierro, sobre un jergón de paja, cubierto con una colcha de percal. De los barrotes de la cabecera pendían unos escapularios y la redecilla rizada que Juliana se ponía para sujetar el moño. Al pie de la cama tenía su gran arca de madera, pintada de azul. Sobre la mesa de pino estaba un espejo de mano, el cepillo de cabeza ennegrecido y casi pelado, un peine de hueso, y algunos botes con medicinas. El único adorno de la sórdida pared, rayada por las cabezas de fósforos, era una litografía de Nuestra Señora de los Dolores, y un daguerreotipo donde aun se advertía vagamente, las insignias y los bigotes empinados de un sargento.

—¿Está acostada la señora?—preguntó la cocinera desde la alcoba vecina, de donde salía un rayo de luz viva que cortaba la obscuridad del pasillo.

—Sí, señora Juana, ya está acostada. Hoy tiene mal humor. Le falta su hombre.

De tiempo en tiempo, Juana, revolviéndose, hacía crujir la vieja madera de su lecho. No podía dormir. Se ahogaba.

—Pues no le digo nada aquí, en este paraíso,—murmuró Juliana irónicamente.

Para que entrase un poco el aire, abrió la claraboya que daba sobre el tejado. Se puso sus pantuflas de orillo, y fué al cuarto de Juana; pero se quedó en la puerta, sin entrar. Era doncella de labor y quería evitar familiaridades con la cocinera. Ha-



bíase atado á la cabeza un pañuelo amarillo y negro. Su cara parecía más arrugada y sus orejas más separadas del cráneo. Su camisa descubría las clavículas descarnadas, y su enagua las canillas muy blancas y muy secas. Cruzó los brazos, y rasgóse lentamente los codos esqueléticos.

—Diga, señora Juana,—murmuró en voz baja.—*¿Aquel individuo* ha permanecido mucho tiempo en casa? ¿Usted reparó bien?

—Salía justamente en el momento que usted entraba.

Juana sofocada de calor, casi descubierta, se rasaba furiosamente bajo su camisa burda, que plegada á usanza del Mino, dejaba sus pechos al aire.

Las chinches no la consentían un momento de reposo. Había nidos en aquella maldita alcoba. Juana jadeaba. Tenía el cuerpo lleno de picaduras.

Al pie de la cama, en una silla de madera, humeaba el quinqué de petróleo.

—¡Esto es un infierno!—dijo Juliana lastimera.—Yo nunca logro dormirme hasta de día... ¡Ah! tiene usted un San Pedro á la cabecera. ¿Es por devoción?

—Es el santo de mi mozo,—dijo la otra.

Después sentóse en la cama. ¡Uf! no podía con aquel calor, que además le causaba una sed espantosa.

Saltó del lecho y á grandes pasos que hacían temblar el suelo, fué á un jarro de agua y bebió un gran trago. La camisa ajustada, hecha con gran ahorro, de lienzo, dejaba ver la maciza construcción de las caderas, y la fuerza de sus formas.

—He ido á ver al médico,—dijo Juliana suspirando.—¡Tiempo perdido! ¡Sólo Dios, sabe lo que yo tengo!

—¿Pero por qué siendo así, no se resolvía la se-

ñora Juliana, á que la viese la saludadora? Con seguridad, que la curaba. Vivía en el *Poso de los Negros*. Tenía oraciones y ungüentos para todo. Solamente llevaba una moneda por la preparación...

—Lo que usted tiene son humores... Humores, sí, señora Juliana.

Juliana avanzó dos pasos en el cuarto. Cuando se trataba de enfermedades y de remedios, se volvía más familiar.

—Si, he pensado que debía ver á esa mujer, pero cuesta mucho... Es precisamente el dinero que tengo apartado, para un par de botinas.

Las botinas, eran su vicio, la arruinaban. Las tenía de paño, con puntas de charol; de cuero, con lazos; de piel fina respunteadas, en color... Las guardaba en su baúl, bien limpias, y envueltas cuidadosamente en papel de seda.

Juana, la censuró:

—¡Primero es la salud, que los perendengues!...

Luego la cocinera, también se lamentó de su miseria. Había tenido que pedir á la señora un mes adelantado. Sólo le quedaban dos camisas andrajosas, por el estilo de la que traía.

—¡Pero, qué quiere usted, señora Juliana! Por aquellos días mi hombre necesitó dinero...

—Se deja usted comer por ese rapaz,—dijo Juliana con acento desdenoso.

Juana la miró. Después, ahuecando con la mano la paja del jergón, suspiró:

—¡Aun cuando tuviera que roer los huesos. La última migaja de pan, sería para él!

Juliana tuvo una risa seca.

—¡Vale la pena!

Estaba celosa por la posesión de aquel amor, y por los goces que debía darle á la cocinera.

—¡Sí, vale la pena!... Buen mozo, toma, el que



hoy visitó á la señora. ¡Mejor que su marido...! ¿Y dice usted que ha estado más de dos horas?

—Ya le he dicho que se fué cuando usted volvía.

En este momento, el quinqué de petróleo, se apagó, esparciendo un olor malísimo, y un humo negro.

—Buenas noches, señora Juana. Todavía voy á rezar mi rosario.

La cocinera se tendió con un movimiento tan brusco, que hizo crujir todas las tablas de la cama.

—Buenas noches, señora Juliana.

Juliana se alejaba á tientas.

La cocinera la llamó de entre las sábanas:

—Oiga si quisiera rezar tres Salves por la salud de mi novio, que ha estado enfermo, yo rezaría otras tres porque usted mejorara de su enfermedad del pecho.

—¡Pues sí, señora Juana!

Pero reflexionando, murmuró:

—Lo del pecho va mejor; ahora tengo grandes dolores en la cabeza. Récele á Santa Engracia porque se me ponga bien la cabeza.

—Como usted quiera, señora Juliana.

—Sí, haga el favor. Buenas noches.

—Fué á su cuarto. Rezó y apagó la luz. Un calor irresistible caía del techo. Comenzó á faltarle el aire. Volvió á abrir la claraboya, pero el vaho caliente que venía de los tejados la sofocaba más. Así eran todas las noches, desde el comienzo del verano. Además, las maderas viejas hervían de bichos. Nunca, nunca, en cuantas casas había servido, tuviera un cuarto peor.

La cocinera comenzó á roncar al otro lado.

Juliana sentíase sola en aquella miseria y le pareció la vida más amarga que nunca.

Había nacido en Lisboa. Su nombre era Juliana Conceiro Tavira. Su madre fuera planchadora. Ju-

liana desde pequeña, había conocido en casa á un sujeto á quien llamaban en la vecindad *o fidalgo* y al cual su madre llamaba el señor don Augusto. Venía todos los días, por la tarde en verano, y en invierno por la mañana. Pasaba á la salita en que su madre planchaba y allí estaba horas y horas sentado junto á una ventana que daba á un patinejo, fumando y acariciándose en silencio su enorme bigote negro. Solía sentarse en un poyo de piedra adosado en el hueco de la ventana, y le ponían encima con mucho respeto una almohada de aire que Juliana soplabá.

Don Augusto era calvo y traía ordinariamente una chaqueta de terciopelo castaño y un sombrero alto blanco. A las seis levantábase, vaciaba el aire del almohadón, deteníase un momento á estirar las medias que le asomaban entre el pantalón y el zapato, y salía con su gruesa caña de Indias bajo el brazo.

Entonces, ella y su madre iban á comer en la mesita de pino, de la cocina bajo de un postigo junto al cual se balanceaban, de verano á invierno, las ramas de un árbol seco.

Por la noche, el señor don Augusto volvía, traía siempre un periódico; su madre le hacía torradas y se las servía con mucho amor. Muchas veces Juliana la había visto llorar de celos.

Un día, una vecina, á quien no quiso ayudar á lavar la ropa, enfurecióse y empezó á gritarla injurias y le dijo que su padre estaba en Africa por haber muerto á *El rey de copas*.

Poco tiempo después se puso á servir. Su madre murió algunos meses más tarde de una enfermedad del útero. Juliana sólo una vez volvió á ver al señor don Augusto.

Fué por cuaresma, vestido con la hopa lúgubre de



una cofradía en la procesión de los Pasos. Servía hacía veinte años. Como ella decía, mudaba de amos, pero no mudaba de suerte.

¡Veinte años que dormía en catres inmundos, levantándose al amanecer, comiendo los restos que otros dejan, vistiendo trapos viejos, sufriendo malas contestaciones y las palabras duras de los señores; yendo al Hospital cuando venía la enfermedad, volviendo á pasar hambre cuando la enfermedad acababa!...

¡Aquello era demasiado!... Ahora tenía días en que solo con ver la aguja de zurcir y la plancha, se le revolvía el estómago. Nunca se acostumbraría á servir.

Desde muchacha, su ambición había sido tener un pequeño comercio, un estanco, una tienda de quinca; disponer, gobernar, ser patrona; pero á pesar de las economías mezquinas, y las privaciones crueles, lo más que había conseguido juntar, habían sido unas cuantas monedas á fin de año. El horror al hospital era tan grande en ella, que cuando tenía alguna dolencia, se iba á casa de una pariente, y gastaba en médico y en botica el dinero tan dolorosamente ahorrado.

Desde su última enfermedad, había quedado muy debilitada. Perdió toda esperanza de restablecerse. Tendría que servir hasta la vejez, y pasar su vida de amo en amo. Esta certeza dábale un desconsuelo constante. Comenzó á agriarse su carácter.

Y después, no era hábil, no sabía sacar partido de las casas; veía á otras compañeras divertirse, visitarse unas á otras, pasar el día en la ventana, cantar, salir los domingos muy engalanadas y cuando las amas iban al teatro, abrir la puerta al novio y gozar del amor y de la soledad. Ella no. Siempre tuvo un carácter retraído. Hacía su obligación, co-

mía y se acostaba; los domingos, cuando nadie pasaba, poníase en la ventana con el pañuelo extendido sobre el alfeizar para no estropear sus mangas, y allí estaba inmóvil con su vestido dominguero y sus zapatos de tacón. Otras compañeras eran queridas de las amas, se hacían humildes adulatoras, traían historias de la calle, recibían cartas para las señoritas, llevaban recados. Ella no podía avenirse con aquellos oficios. Era cuestión de carácter.

Apenas entraba en una casa, sentía en torno suyo la malquerencia. La señora le hablaba con sequedad y pocas veces; los niños tomábanle antipatía. Las otras criadas, si estaban bromeando, callaban apenas la figura tiesa y severa de Juliana aparecía; le ponían motes: *el haba seca, la bruja*, y otros por el estilo.

Imitaban sus movimientos nerviosos. Le inventaban coplas burlonas; sólo había encontrado algunas simpatías en los gallegos taciturnos; en los criados emigrados de la bella Galicia, llenos de un triste recuerdo de su patria, y que cumplían en las casas los más humildes menesteres.

Lentamente, comenzó á hacerse desconfiada y agresiva; tenía disputas constantes con sus compañeras. ¡No había de dejarse poner el pie en el pescuezo!

Ante las antipatías que le rodeaban, su carácter se exasperaba, y se hacía cada vez menos simpático. Comenzó á durar poco en las casas. En un solo año recorrió tres. Salía moviendo escándalos, dando gritos y batiendo las puertas, dejando á las amas pálidas y nerviosas...

La curandera, su vieja amiga, la tía Victoria, le tenía predicho:

—Tu acabarás por no tener donde arrimarte, y por faltarte el pan.



¡El pan! Aquella palabra, que es el terror y la dificultad del pobre, le asustaba.

Procuró dominarse. Comenzó á mostrarse como una pobre mujer, con celo afectado, con aire de sufrirlo todo, puestos los ojos en el suelo... Pero por dentro su espíritu se recomía. Verdeó de bilis. Viendo la inquietud nerviosa de los músculos de la cara, se comprendía que aquella mansedumbre era superficial.

La necesidad de dominarse, dióle el hábito de odiar, sobre todo á las amas, con un odio irracional y pueril.

Las tuvo ricas, con casas lujosas y pobres, mujeres de empleados, viejas y jóvenes, coléricas y pacientes; á todas las odiaba sin diferencia.

Era el ama y bastaba. ¡Por las más sencillas palabras, por los actos más triviales! Si las veía sentadas—“anda, descansa, que la negra trabaja.” Si las veía salir: “vete, vete, que la negra se queda cumpliendo tu obligación.” Cada acto de ellas era una ofensa á su tristeza doliente; cada vestido nuevo, una afrenta á su vestido de merino teñido.

Detestaba la alegría de los niños y las prosperidades de las casas. Si los amos tenían alguna contrariedad, ó veía caras tristes, canturreaba todo el día con voz de falsete la *Carta adorada*. ¡Con qué gusto portaba á sus amos las cuentas de los acreedores cuando presentia que esto había de producir embargo en la casa!

—Este papel,— gritaba con voz estridente,— dice no se vá sin una respuesta..

Todos los lutos la deleitaban. Bajo el chal negro que la habían regalado, tenía palpitations de regocijo. Había visto morir niños pequeños en algunas casas y jamás el dolor de las madres la había conmovido. Encogíase de hombros y decía:

—“Anda de ahí á hacer otro. ¡Cabra!”

Las palabras de amabilidad y condescendencia, eran perdidas con ella. Gotas de agua arrojadas en el fuego. Resumía á todas las amas en esta sola palabra: *una reina*. Detestaba las buenas por las vejaciones que sufría de las malas. El ama era para ella el enemigo, el tirano. Había visto morir dos y cada vez sentía, sin saber por qué, un vago alivio, una especie de disminución del peso que sofocaba su vida.

Siempre había sido envidiosa, y con la edad, aquel sentimiento se exajeraba.

Al envejecer, se hizo más odiosa su conducta. Las noches de *soirée*, de teatro, la exasperaban. Cuando había paseos proyectados si llovía de repente ¡qué felicidad! El aspecto de las señoras vestidas y de sombrero, asomándose á las vidrieras con un tedio infeliz, la regocijaba.

—¡Ay, señora! ¡Es un temporal deshecho! ¡Llueve á cántaros! ¡Esto es para todo el día! ¡Mire usted, mire usted!

Juliana era además muy curiosa. Más de una vez la habían sorprendido delante de una puerta cerrada con el oído atento, y la escoba en la mano.

Cualquier carta que venía era examinada, vista del derecho y del revés... Curioseaba sutilmente en todas las gabetas abiertas, releía todos los papeles tirados en los cestos, tenía un modo de andar ligero é inquisitorial. Andaba en busca de un secreto, de un buen secreto. ¡Como le cayese entre manos!

Era muy golosa y nutría su deseo no satisfecho de comer bien, con pastelitos y entremeses. En las casas donde servía la comida, sus ojos enrojecidos espíaban ávidamente lo que cada comensal se servía, y si alguno repetía de un plato, exasperábase.



Era como una disminución de su parte. De andar siempre á caza de golosinas, su salud había empeorado. Gustaba del vino, y ciertos días, compraba una botella de moscatel y se la bebía sola, echada en su cama, saboreándolo lentamente, alzada levemente la falda para poder recrearse contemplando su pie.

A causa de su fealdad no tenía á nadie. Por orgullo y por despecho no se había ofrecido como otras muchas hacían, con los amos ó los criados de las casas. El único hombre que la había mirado con deseo había sido el mozo de una cochera, un galopín, de aspecto inundo y facineroso. La delgadez de Juliana, su aire dominguero, habían excitado al bruto. La miraba con ojos de bulldog. A Juliana le inspiraba un sentimiento mezclado de horror y vanidad. El primer hombre por quien había sentido algo, era un criado bonito y emperejilado, que se había reído de ella, poniéndola el nombre de *la dama seca*. No contó más con los hombres, por despecho, por desconfianza de sí misma. Las rebeliones de la naturaleza las sofocaba en flatos. Pasaban. Pero la falta de aquel gran consuelo aumentaba la miseria de su vida.

Un día tuvo, al fin, una gran esperanza. Entró al servicio de la señora doña Virginia Lemos, una viuda rica, tía de Jorge, muy enferma, casi moribunda, con un catarro en la vejiga. La tía Victoria, la comadrona, la previno.

—Trata á la vieja con amor. Sé para ella una enfermera sufrida. Es rica y no tiene apego al dinero. Es capaz de dejarte una buena manda cuando muera.

Durante un año, Juliana, roída de la ambición, fué la enfermera de la vieja. ¡Qué celo! ¡Qué mimos! Virginia era muy gruñona, tenía un gran amor á

la vida. La idea de morir la enfurecía; pero cuando ella reñía, con su voz áspera y gutural, Juliana se mostraba más servicial, más cariñosa. La vieja acababa por enternecerse. Llamábala su providencia y cuando venían visitas, la elogiaba sin medida. Se la había recomendado mucho á Jorge.

—¡No hay otra, no hay otra!—exclamaba.

—¡Ay, has hecho tu fortuna!—la decía la tía Victoria;—por lo menos te deja una buena talega.

—¡Una buena talega! Juliana, de noche, cuando la vieja gemía en su antiguo lecho de palosanto, veía la moneda, de claridad refulgente, relucir en pilas de oro y plata, inagotables y prodigiosas. ¿Qué haría con el dinero? Mientras velaba á la cabecera de la enferma, con un cobertor en los hombros y los ojos dilatados y fijos, hacía planes: pondría una tienda de sombreros. Entonces percibía como un relampago de nuevas felicidades no sospechadas todavía. Una talega era una dote; podría casarse, tener un hombre.

Acabarian las miserias. Comería lo que quisiera, su comida, no las sobras de otros. Mandaría, tendría una criada, su criada. Al pensar estas cosas, sentía en el estómago contracciones de alegría. Había de ser buen ama. ¡Pero que anduviesen derechas las criadas! Nada de contestaciones inconvenientes, ni de miradas iracundas. E impelida por aquellas imaginaciones, arrastraba sutilmente las chinelas por el cuarto, hablando sola.

—Nada, nada de consentir malos modales. Mantenerlas bien, eso sí, porque el que trabaja ha de comer...

La vieja exhalaba un suspiro aflictivo.

—Esa muere,—pensaba Juliana.—¿Morirá hoy?

Y su mirada ansiosa se fijaba en el cajón de la có-



moda, donde seguramente estaban el dinero y los papeles. En aquel tiempo la vieja quería beber: volvió á la cama.

—¿Cómo se siente?—preguntaba con plañidera voz.

—Mejor, Juliana, mejor.

—Siempre se supone mejor. Pero la señora ha estado inquieta,—decía Juliana, enojada de la mejoría.

—No, dormía bien;—y suspiraba la vieja.

—Eso no es dormir; la he oído quejarse. Ha estado toda la noche intranquila.

Quería convencerla de que estaba peor. Convencerse á sí misma de que el alivio era efímero y la vieja moriría pronto. Todas las mañanas seguía al doctor Pinto hasta la puerta con los brazos cruzados, con la cara triste.

—Entonces, señor doctor, no hay esperanza?

—Es cosa de Dios.

Quería saber los días... ¿Dos ó cinco?

—No se sabe, Juliana,—decía el doctor mientras se ponía sus guantes negros.—Unos cuantos días; siete ú ocho.

¡Ocho días! Y cómo la felicidad se aproximaba; ya había echado el ojo á tres pares de botinas que había visto en la vidriera de Manoel Lourenzo.

La vieja, por fin murió. No la mencionaba en el testamento. Juliana enfermó de rabia.

Jorge, agradecido por los cuidados que había tenido con su tía, le pagó un cuarto donde pudiese vivir algunos meses, y la prometió tomarla para criada de dentro, porque la que tenía, una muchacha muy bonita, pensaba casarse. Después, habiéndose agravado, le pagó una cama en el hospital. Cuando salió de éste para casa de Jorge, comenzaba á quejarse del corazón.

Venía desilusionada de todo: tenía algunas veces deseos de morir. Luisa, recién casada entonces, la halló desde el principio de aspecto antipático. Quiso despedirla á las dos semanas; pero Jorge no lo consintió. Estaba en deuda con aquella pobre mujer, decía.

Luisa no podía disfrazar la antipatía y Juliana comenzó á detestarla y después la puso un nombre: *la piorrinha*.

Un día vinieron los mueblistas, que renovaron el mobiliario de la sala. La tía Virginia había dejado á Jorge tres contos de reis. En cambio ella, que durante un año fué su enfermera, humilde como un perro y fija como una sombra, sufriendo las incomodidades y las malas noches, había tenido por recompensa el hospital. Comenzó á odiar la casa.

Tenía para esto muchas razones, según decía. Dormía en un cubil infecto, no la daban vino ni postres. El servicio de plancha era pesado; Jorge y Luisa tomaban baño todos los días y era un trabajo penoso el vaciar y llenar diariamente la pila. Hallaba disparatada aquella manía de mojarse el cuerpo todos los días de Dios. Había servido á veinte años y nunca había visto semejante disparate. La única ventaja, decía ella á la tía Victoria, es que no hay niños: tenía horror á los niños. Aparte de esto, encontraba que aquel barrio era saludable y como tenía á la cocinera de su parte, podía regalarse con un caldo entre horas. Por eso permanecía en la casa. De otra manera, no habría aguantado una semana.

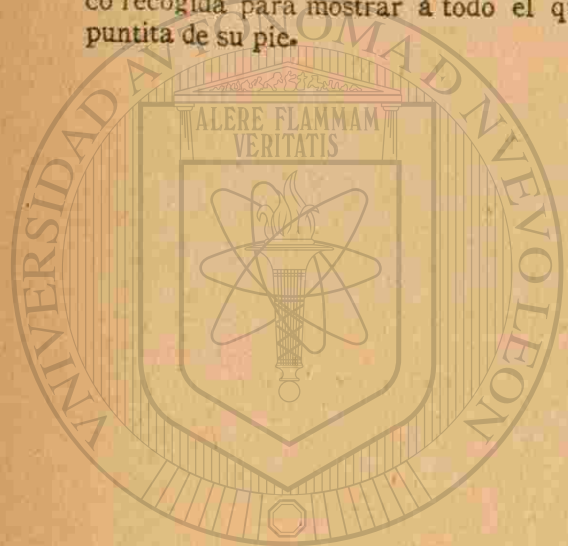
Hacía entre tanto su servicio y nadie tenía que reprocharle nada, y como perdiera la esperanza de establecerse, no se sujetaba al rigor de las economías y se permitía algunos tragos de vino dulce y



compraba elegantes botinas, satisfaciendo su vanidad pueril.

—Voy á paseo con los pies como pocas,—decía Juliana.

Su alegría era ir los domingos al paseo público y sentarse en un banco, con la orla del vestido un poco recogida para mostrar á todo el que pasara la puntita de su pie.



IV

A las tres de la tarde Juliana entró en la cocina, y rendida de fatiga, sentóse en una silla de madera. Decía que estaba tan débil que no podían sostenerla las piernas. Dos horas le había costado arreglar el salón que parecía un establo. Un caballero había dejadó ceniza de tabaco hasta sobre la mesa y era ella, la pobre negra, quien pagaba todo eso. Después se quejó del calor. ¡Era derretirse! Su piel amarilla relucía como untada de aceite.

—¿No está todavía la sopa?—preguntó con voz dulce.—Deme un sorbo de caldo señora Juana.

—Tiene usted hoy otra cara,—dijo la cocinera.

—¡Tengo tantas cosas! Vea usted; no me he dormido hasta el día, ya había salido el sol.

—¿Y yo? ¡He tenido una pesadilla! Un fantasma de fuego que me pasaba por encima del cuerpo y me daba cada patada en el estómago como el que estruja la uva en el lagar.

—Efectos de la digestión,—dijo Juliana sentenciosamente.

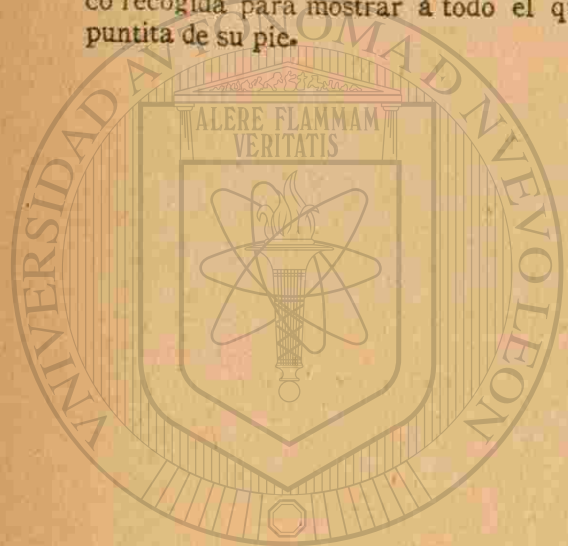
Después sonrió, enseñando sus dientes amarillos. La sopa que Juana vertía en una sopera, exhalaba



compraba elegantes botinas, satisfaciendo su vanidad pueril.

—Voy á paseo con los pies como pocas,—decía Juliana.

Su alegría era ir los domingos al paseo público y sentarse en un banco, con la orla del vestido un poco recogida para mostrar á todo el que pasara la puntita de su pie.



IV

A las tres de la tarde Juliana entró en la cocina, y rendida de fatiga, sentóse en una silla de madera. Decía que estaba tan débil que no podían sostenerla las piernas. Dos horas le había costado arreglar el salón que parecía un establo. Un caballero había dejadó ceniza de tabaco hasta sobre la mesa y era ella, la pobre negra, quien pagaba todo eso. Después se quejó del calor. ¡Era derretirse! Su piel amarilla relucía como untada de aceite.

—¿No está todavía la sopa?—preguntó con voz dulce.—Deme un sorbo de caldo señora Juana.

—Tiene usted hoy otra cara,—dijo la cocinera.

—¡Tengo tantas cosas! Vea usted; no me he dormido hasta el día, ya había salido el sol.

—¿Y yo? ¡He tenido una pesadilla! Un fantasma de fuego que me pasaba por encima del cuerpo y me daba cada patada en el estómago como el que estruja la uva en el lagar.

—Efectos de la digestión,—dijo Juliana sentenciosamente.

Después sonrió, enseñando sus dientes amarillos. La sopa que Juana vertía en una sopera, exhalaba



un olor de legumbres que le causaba una alegría golosa.

Extendió los pies, bien apoyada en la silla, gozando con la sensación de la tarde cálida y luminosa, por las dos ventanas abiertas.

El sol no daba ya sobre el alféizar, donde algunas pobres plantas encogían su follaje, seco por el calor sobre una tabla, en un rincón, verdegueaba, en panzudo tiesto, una mata de perejil bien cuidada. El viento mecía las rodillas puestas á secar en una cuerda. A lo lejos se extendía el azul vivo y centelleante como un metal y los árboles de los jardines tenían tonos calientes y en los tejados pardos se marchitaban algunos helechos raquíticos y las ruinas de tapias caídas, despedían un brillo duro.

—Esto abre el apetito,—dijo Juliana, removiendo su sopa con glotonería.

La cocinera, de pie, con los brazos cruzados sobre su opulento pecho, la miraba con placer.

—Lo que hace falta es que esté á su gusto.

—Está muy en punto.

Las dos sonreían de aquella intimidad, de las buenas palabras, cuando la campanilla de la puerta, que ya había sonado levemente, se dejó oír por segunda vez.

Juliana no se movió. Bocanadas de aire caliente entraban por la ventana. En el silencio se oía el hervor de la olla en la lumbre, y fuera, el martillo incesante de la fragua: algunas veces, el arrullo triste de dos tórtolas que vivían sobre el alféizar, en una jaula de mimbres, ponía en la ardorosa siesta una sensación de suavidad.

La campanilla sonó de nuevo, sacudida por una mano impaciente.

—Llama con la cabeza, imbécil—dijo Juliana.

Las dos rieron, Juana fué á sentarse junto á la

ventana en una silla baja. Extendió sus grandes pies, calzados con zapatillas de orillo, y se rascó suavemente bajo los sobacos, con un dulce reposo.

La campanilla sonó violentamente.

—¡Será bestia!—gruñó Juliana tranquilamente.

Pero la voz irritada de Luisa llamó de abajo.

—¡Juliana!

—¡Ni aun puede una tomar un caldo tranquilamente! ¡Pesía de casa! ¡Que la peste la ahogue!—exclamó Juliana golpeando violentamente la mesa con el mango de la cuchara.

—¡Juliana!...—gritó Luisa.

—La señora se incomoda—dijo la cocinera volviéndose en voz baja.

—Que el diablo la lleve.

Limpióse con el delantal los labios grasientos de sopa, y bajó furiosa.

—¿No oía usted?—exclamó Luisa.—Hace una hora que están llamando.

Juliana abrió desmesuradamente los ojos. Luisa llevaba su bata nueva. Era de foulard color marrón, sembrado de lunares amarillos.

—Algo hay de nuevo—pensó Juliana atravesando el corredor.

La campanilla sonó de nuevo y en el descansillo apercibió *al individuo que venía para un negocio de minas*, vestido de claro, con una rosa en el ojal, y un paquete bajo el brazo.

Ello lo envolvió en una mirada rápida y brillante.

—Es el señor de ayer,—dijo con voz de psmo.

—Hágale usted entrar.

—¡Vamos, esto va bien!—pensó Juliana.

Sus ojos brillaban. Subió á la cocina, y dijo, al abrir la puerta, con voz sofocada y satisfecha.



—El prójimo de ayer está otra vez aquí, y trae un paquete... ¿Qué piensa usted, señora Juana?

—Esas son visitas,—dijo la cocinera con indiferencia.

Juliana se rió secamente, sentóse y concluyó su caldo con presteza.

Juana cantaba, andando por la cocina, y el arrullo de las tórtolas continuaba lánguido y débil.

—Vamos, vamos todo esto vá bien,—dijo Juliana.

Se limpió los dientes con la lengua lentamente, muy abiertos los ojos y la mirada fija, reflexionando. Después, quitándose el delantal bajó al cuarto de Luisa. Su mirada investigadora vió en seguida sobre el tocador las llaves de la despensa, que se habían olvidado. Podía subir, beber una copa de vino bueno, y coger dos cucharadas de dulce. Pero se hallaba devorada por la curiosidad. Andando sobre la punta de los pies, fué á situarse junto á la puerta que daba acceso al salón y esperó. El portier estaba echado por dentro, y apenas pudo oír la voz fuerte y alegre del caballero. Atravesó el corredor y fué á la otra puerta, cerca de la escalera; la llave estaba puesta y pegó su oído á la cerradura; el portier de dentro también estaba echado.

—Esos diablos han cerrado todo—pensó.—Le pareció que movían una silla, después, que cerraban una ventana. Sus ojos brillaron. De nuevo oyó el rumor de una conversación tranquila que continuaba. De pronto el caballero alzó la voz y entre las frases que pronunciaba, sin dada andando, Juliana oyó claramente estas palabras: ¡Tú, fuiste tú!

—¡Qué desvergüenza!

Un *tin, tin* tímido de la campanilla la hizo estremecerse y fué corriendo á abrir. Era Sebastián, rojo de calor, con el calzado lleno de polvo.

—¿Está Luisa?—preguntó enjugándose el sudor de la frente.

—La señora está con visita, señor Sebastián.

Y continuó más bajo atrayendo hacia sí la puerta.

—Un caballero joven que vino ayer. ¿Quiere usted que vaya á decirla que está usted aquí?

—No, no, gracias; adiós.

Y bajó lenta y discretamente. Juliana volvió á colocarse tras de la puerta, derecha, el oído pegado á la madera y las manos detrás de la espalda; pero la conversación en voz baja; sólo dejaba oír un murmullo apacible y confuso. Subió á la cocina.

—Ellos se tutean, señora Juana,—exclamó ella.— Eso llama la atención, continuó muy excitada y con voz ágría.

El señor salió á las cinco. Al oír Juliana abrirse la puerta salió á la escalera donde vió á Luisa inclinada sobre la barandilla dirigiéndose abajo y que á media voz y en tono íntimo decía:

—Bien, no faltaré. Adiós.

Tuvo un acceso de curiosidad, como un acceso de fiebre. Toda la noche en el comedor, en su cuarto, devoró á Luisa con miradas ávidas, brillantes como relámpagos. En cuanto á Luisa, se había puesto un peinador usado y parecía tranquila é indiferente á todo.

—¡Qué disimulada!—pensó Juliara.

Ante esta natural actitud, su deseo de sorprender una intriga se impacientaba como ante un cajón cerrado con llave.

—¡Déjate, déjate,—se decía.—Yo te cogeré, desvergonzada!

Le parecía que Luisa tenía los ojos fatigados. Estudiaba sus actitudes, el sonido de su voz. Cuando la vió ponerse dos veces del asado, se dijo:

—Esto le ha abierto el apetito.



Y cuando después de comer la vió recostarse en su *voltaire* con aire de cansancio, pensó que estaba derrengada.

Luisa quería café:

—Media taza, pero fuerte, muy fuerte.

—Quiere café,—fué á decir á la cocinera—y fuerte. ¡Es el diablol! Todas lo mismo, un rebaño atadas á la cola la una de la otra.



Al día siguiente era domingo. Muy temprano, cuando Juliana se disponía á salir para ir á la iglesia, la llamó Luisa y á medio vestir, en la puerta de su cuarto, le dió una carta para doña Felicidad. Por lo general enviaba á decir lo que quería verbalmente y la curiosidad de Juliana se excitó con aquel sobre cerrado y lacrado, con una *L* gótica en medio de una corona de rosas.

—¿Tiene contestación?

—Sí.

Cuando volvió á las diez Luisa le preguntó si hacía mucho calor y si había mucho polvo. Sobre la mesa había un sombrero de paja oscura, adornado con dos rosas de musgo.

Respondió que hacía un poco de viento, pero que con seguridad cesaría después de medio día.

—Hay un paseo proyectado; vá á reunirse con el mozo—pensó.

Pero Luisa, todo el día vestida con peinador, no salió de su cuarto ó del salón, tan pronto leía recostada en el confidente, como tocaba distraídamente en el piano fragmentos de vals. A las cuatro comió, y poco después salió la cocinera. Juliana pasó la tarde en la ventana del comedor como tenía costumbre de hacer todos los días. Con su traje nuevo, las enaguas almidonadas y el cuello de los días de fiesta, apoyaba magestuosamente los codos sobre su pañuelo de bolsillo extendido en la barandilla del balcón. Frente á frente, los pájaros piaban de la higuera silvestre y á los lados del cercado que cerraba el terreno en construcción, se veían descollar ios sombríos tejados de las casas de dos calles paralelas: eran habitaciones pequeñas donde vivían mujeres, que por la tarde, en *chámbrá* ó en *garibaldina*, con los cabellos grasientos de aceite, hacían media en la ventana hablando á los hombres ó cantando aires fastidiosos. Al otro lado el verdor de los jardines y la blancura de una tapia daban á este sitio el aspecto de una tranquila aldea. Nadie pasaba por allí: reinaba un profundo silencio, interrumpido tan sólo alguna vez que otra por el sonido lejano de un organillo que tocaba *Norma* ó *Lucía*, esparciendo una vaga melancolía. Juliana continuó inmóvil hasta que los rayos del sol poniente empezaron á palidecer, y los murciélagos á volar.

Al dar las ocho, entró en el cuarto de Luisa. Quedó sorprendida al verla con el sombrero puesto.

Había encendido por sí misma las luces de la habitación, y las bujías del tocador. Sentada en el borde del sofá, se ponía los guantes lenta y distraída,



Su rostro, ligeramente cubierto de polvos de arroz, revelaba impaciencia.

—¿Ha calmado el viento?—preguntó.

—Sí, señora; hace buena noche.

Un poco antes de las nueve, paró un coche á la puerta. Era doña Felicidad; entró muy calmada, abanicándose. ¡Qué calor! Todo el santo día estuvo ahogándose. Ni aun por la noche se sentía la más ligera brisa. Había preferido un carruaje descubierta, á un cupé donde seguramente se hubieran ahogado. Juliana iba y venía por la estancia, poniendo los muebles en orden, llena de curiosidad, espionando con la mirada y con el oído. ¿A dónde irían? Doña Felicidad, cómodamente sentada en una butaca, charlaba sin tregua. Contó la indigestión que había tenido el día anterior por haber comido cáscara de guisante, y después cómo la cocinera había querido robarla, y una visita que la había hecho le condesa de Arruella...

Al fin, Luisa, dijo bajando su velillo blanco:

—Nos iremos, doña Felicidad. Se hace tarde.

Juliana fué á alumbrar. Estaba furiosa. ¡Salir dos mujeres solas de noche, en carruaje de alquiler! ¡Qué desvergüenza! ¡Y si una criada se entretenía en la calle media hora, ponían el grito en el cielo!... ¡Borrachas iguales!

Subió á la cocina para contárselo á su compañera, pero Juana, sentada en una silla, dormitaba.

Había estado con su Pedro en el alto de San Juan. Paseando toda la tarde por el cementerio; admirando las tumbas; delectándose en los epitafios, y abrazándose en los rincones sombreados por los sauces. Luego pasaron un rato en casa de la Serena, y finalmente, habían entrado en la taberna de Espregueira á echar una copa.

¡La tarde fuera completa! Juana estaba derrenga-

da del sol, del polvo, de admirar las tumbas, del novio y del vino. Solamente deseaba tirarse en la cama.

— ¡Eso es! vaya usted á hacer la marmota. ¡Por qué poca cosa se fatigan estas mujeres!

Furiosa por quedarse sola, sentía sublevarse el corazón á la idea de su cubil abrasado. Musitando baja al cuarto de Luisa. Apagó las luces, y abrió la ventana. La atmósfera estaba sombría, pesada. Sacó al balcón una butaca, y se dispuso á pasar la noche con los brazos cruzados, bien repantigada.

El estanco todavía no se cerrara. Su luz débil, y triste como la estanquera, se reflejaba en el suelo de la calle. Las ventanas vecinas estaban abiertas. A través de algunas, se adivinaban melancólicas veladas. En otras donde se distinguían bultos inmóviles, brillaba de vez en cuando la lumbrera de un cigarro. Más allá, resonaban toses, y el mozo de la tahona, en el silencio de la noche, rasgueaba blandamente su guitarra.

El vestido de Juliana era de una tela clara, y dos individuos que estaban delante de la puerta del estanco, levantaban de tiempo en tiempo la vista hacia el balcón donde se destacaba la forma blanca de una mujer. Esto regocijaba á Juliana. Sin duda la tomaban por dueña de la casa, por la mujer del ingeniero. La miraban, la deseaban y bromeaban á propósito de ella. Uno de aquellos hombres llevaba sombrero de paja y pantalón blanco. Eran dos gomosos.

Con los brazos cruzados y los pies extendidos, Juliana saboreaba aquella contemplación.

Unos pasos que oía calle arriba, se detuvieron en la puerta. Sonó un ligero campanillazo.

Juliana preguntó con disgusto:

—¿Quién es?



—¿La señora está?—dijo la gruesa voz de Sebastián.

—Ha salido en coche con doña Felicidad.

—¡Ah! Entonces buenas noches.

—Buenas noches, señor Sebastián, —gritó Juliana.

Y después, cuando ya le vió bajar la calle, continuó con afectación.

—Mis recuerdos á Juana. ¡No se le olvidel

Quería demostrar intimidad; y que los dos gomosos la tomaran por la dueña de la casa.

Entre tanto, doña Felicidad y Luisa llegaban al paseo.

Era una *soirée* de beneficencia; desde afuera se oía el murmullo lento y monótono y se veía elevarse una nube de polvo amarillo.

Entraron, y más allá del Estanque, encontraron de pronto á Basilio.

—¡Qué feliz casualidad!—exclamó con acento sorprendido.

Luisa enrojeció y lo presentó á doña Felicidad.

La excelente señora le saludó con una inflexión de talle particular é infinitas sonrisas; se acordaba mucho de él, pero si no le hubieran nombrado, no le hubiera conocido. Le hallaba muy cambiado.

—Los trabajos, señora...—é inclinándose, añadió: —y la vejez, sobre todo la vejez,—continuó riéndose y golpeando con su bastón las piedras del estanque.

Las luces de gas se reflejaban y serpenteaban á una gran profundidad en el agua oscura. El follaje de los árboles estaba inmóvil y de un color verde descolorido que parecía artificial. Entre las dos largas hileras paralelas de árboles mezquinos, entremezclados de luces de gas, una muchedumbre compacta se movía, oprimida entre nubes de polvo; so-

bre el ruido que hacia todo el mundo, los sonidos metálicos de la orquesta cruzaban el pesado aire con el ritmo vivo de un vals.

Se hallaban parados hablando.

¡Qué calor!... y al mismo tiempo, ¡qué noche tan bella!... ¡Ni un soplo de aire!

Miraban á los que iban entrando: dos jóvenes con el pelo muy rizado y los pantalones de color flor de romero, fumando ceremoniosamente los cigarros de los días de fiesta; un oficial con la cintura oprimida como si usara corsé y el pelo combado, acompañando á dos jóvenes de cabellos rizados, que al andar mostraban, bajo la ligera tela de sus vestidos sin gusto, los huesos de sus omoplatos; un eclesiástico de tez amarillenta, con el cigarro en la boca y anteojos azules, cuyos cristales brillaban; dos colegiales, balanceándose al andar para darse aire de seductores; el triste Javier, el poeta; un joven vestido con una chaqueta, un bastón grueso en la mano, el sombrero en la nuca y los ojos brillantes con resplandores de vino; Basilio reía al ver dos pequeños conducidos por su papá alegre y contento, vestidos aquéllos de azul claro, con cinturón escarlata, shakós de lanceros, botas húngaras y aire soñoliento.

Un individuo de alta estatura pasó al lado de ellos y volviéndose, fijó en Luisa una mirada lánguida y prolongada; tenía una palidez grasienta y llevaba una larga luchana; el cuello de su camisa estaba muy abierto y fumaba una enorme pipa que representaba un zuavo.

Luisa deseaba sentarse.

Un pillete de blusa sucia como una arpillera, corrió á buscar sillas y se sentaron al lado de una familia compuesta de la madre, el padre y tres hijas, que sentados en completa inmovilidad, miraba acá y allá con tristeza silenciosa.



—¿Qué has hecho hoy?— preguntó Luisa á Basilio. Respondió que había estado en los toros.

—¡Cómo! ¿Te gusta eso?

Basilio confesó que se había aburrído. A no ser por las volteretas y saltos de Peisinho, se hubiera muerto de fastidio.

Los toros eran blandos. Los ginetes desgraciados en sus ataques. ¡Ah! ¡las corridas en España! ¡Eso, sí!

Doña Felicidad protestó. No se debía decir semejante cosa. ¡Qué horror! Ella había visto una en Badajoz cuando visitó á su tía Francisca de Noronha, que residía en Elvas y se había desmayado. La sangre, las tripas de los caballos... ¡Puá!

Hizo un gesto de repugnancia y de disgusto.

—Qué diría usted, señora, si viera las riñas de gallos?— dijo Basilio sonriendo.

Doña Felicidad había oído hablar de ellas, pero esas diversiones le parecían bárbaras y antirreligiosas y recordando un placer que llevó á su larga faz una sonrisa, continuó:

—Para mí no hay nada comparable al teatro.

—¿Pero trabajan aquí tan mal!—replicó Basilio con desconsuelo.

Doña Felicidad no respondió; á medio levantar de la silla, con la mirada húmeda y brillante, se esforzaba en hacer saludos con la mano.

—¡No me ha visto!—gritaba con aire desesperado.

—¿Es el Consejero?—preguntó Luisa.

—No. Es la condesa de Alviella. No me ha visto. Va con frecuencia á la iglesia de la Encarnación: soy su amiga; es un ángel. Está con su padre político.

Basilio no separaba de Luisa su mirada. Bajo su velo blanco en aquella atmósfera pesada, llena de polvo, su rostro tenía líneas suaves y vaporosas. Sus cabellos, oscurecidos por la noche, rubios y riza-

dos, rodeaban su pequeña cabeza, dándole una gracia infantil y amorosa, y los guantes gris perla hacían resaltar, sobre el vestido negro, el contorno elegante de las manos, que sobre las rodillas, con el abanico, salían de un encaje hueco que rodeaba la delicada muñeca.

—Y tú ¿qué has hecho?—preguntó á su vez Basilio.

Se había fastidiado muchísimo, sola todo el día.

También él había pasado la mañana echado en un sofá leyendo *La mujer de fuego*, de Belot.

—¿Lo has leído?

—No. ¿Qué es?

—Un libro nuevo, pero algo atrevido; te aconsejo que no lo leas.

Doña Felicidad confesó que estaba leyendo *Rocamboles*, porque se lo habían ponderado mucho. Pero era tan confuso, que no lo comprendía y olvidaba al día siguiente lo que había leído la víspera. Lo iba á dejar, porque había observado que aquella lectura aumentaba sus malas digestiones.

—¿Está usted enferma?—preguntó Basilio con el interés de un hombre bien educado.

Doña Felicidad, aprovechó la ocasión para contar las fases de su dispepsia. Basilio, la aconsejó el uso del hielo, felicitándole porque en aquel momento, las enfermedades del estómago, eran muy *chic*, y preguntándole detalles con interés.

Doña Felicidad, los prodigó, tratando de demostrar por sus palabras, por la animación de su mirada y su afectuoso acento, la viva simpatía que sentía por Basilio.

—¿De modo, que usted, me aconseja ensayar el hielo? ¿Con un poco de vino, por supuesto?

—Sí, con vino.

—Debe ser muy bueno,—exclamó doña Felicidad,



tocando con su abanico el brazo de Luisa, llena de júbilo y esperanza.

Luisa sonrió é iba á responder, cuando vió al individuo pálido, que fijaba en ella miradas lánguidas con una obstinación inconveniente. Volvió la espalda y el individuo se alejó, enroscando la punta de su luchana.

Luisa hablaba poco; el movimiento tumultuoso y monótono de los paseantes, la tibieza de la noche, el calor producido por la aglomeración de gente, bajo la influencia del follaje que la rodeaba, llenaban su ser de mujer casera, de un sopor que no carecía de encanto, de la inerte delicia y blandas dulzuras de un baño tranquilo. Vagaba en sus labios la sonrisa y en sus ojos la languidez, y le costaba trabajo mover las manos para abrir el abanico.

Basilio, notaba su silencio. ¿Tendría sueño?

—Desde que está sin su marido,—dijo doña Felicidad sonriendo levemente,—hace esta triste figura.

—¡Qué locura!—respondió Luisa, mirando instintivamente á Basilio.—Todos estos días, he estado muy alegre.

—Ya sabemos, ya sabemos bien,—insistió doña Felicidad,—que ese coranzoncito, está en el Alentejo.

—No querrás, creo yo, que me ponga á saltar y á gritar en el paseo,—dijo Luisa impaciente, imprimiendo al abanico un movimiento brusco.

—Está bien, no te incomodes,—dijo doña Felicidad.—¡Qué gentil carácter!—continuó dirigiéndose á Basilio.

—La prima Luisa, tenía antes un carácter terrible. Ahora no sé.

—Es una paloma, una palomita. ¿No es verdad? Una paloma,—insistió doña Felicidad, envolviéndola en una mirada maternal.

Ente tanto, la familia, taciturna, se levantó sin hacer ruido, y con aspecto de sonámbulos, las hijas delante y los papás detrás, se alejaron lenta y tristemente.

Basilio, tomó inmediatamente una silla al lado de Luisa y viendo á doña Felicidad, pasear su mirada distraída por un lado y otro:

—He estado á punto de ir á verte esta mañana,—le dijo en voz baja y tono confidencial.

—Y ¿por qué no has venido?—respondió Luisa elevando la voz á su tono natural.—Hubiéramos hecho música.

Basilio, no respondió y se puso á retorcerse el bigote. Doña Felicidad, quería saber qué hora era. Empezaba á impacientarse. Esperaba haber encontrado al Consejero y para parecerle bien, se había oprimido, lo que era un sacrificio. Acacio no venía, el gas, empezaba á incomodarle y el despecho de esta ausencia aumentaba las torturas de la digestión. Desde su silla, apercibía con ojos muy abiertos, el gentío que circulaba sin cesar, con ruido monótono, levantando con sus pisadas el polvo.

La orquesta, rompiendo con gran refuerzo de cobre, dejó oír los primeros compases de la marcha de *Fausto*. Esto la reanimó. Era un pot-pourri de la ópera y ninguna música prefería á ésta.

Preguntó á Basilio, si estaría en Lisboa, para la apertura de San Carlos.

—No sé, señora,—respondió con intención, volviéndose un poco hacia Luisa,—eso depende...

Luisa, permaneció silenciosa, inmóvil. La gente aumentaba. En los paseos laterales más largos, más frescos, sin mecheros de gas, paseaban bajo la penumbra de los árboles, los tímidos, los enlutados y los que llevaban trajes usados. Y todos los burgueses domingueros, se acumulaban en el paseo del cen-



tro, amontonándose en el pasillo formado por las filas compactas de sillas, moviéndose con la lentitud de una masa mal fundida, arrastrando los pies presos, en grupos cerrados, con el gáznate seco, y como sin voz, iban y venían incesantemente de arriba abajo, con un balanceo lánguido y ruidoso, sin júbilo, sin expansión, en esa confusión pasiva que place á las razas holgazanas; á pesar de las infinitas luces y del estrépito de una música de aire; por todos lados circulaba un triste fastidio, que penetraba como la nieve; el polvo fino, se posaba en las carnes y les daba tonos inciertos y borrados, y cuando el tropel pasaba bajo los candelabros en las zonas de luz viva, se leía en todas las caras un no sé qué de tristeza y de cansancio, como la fatiga de un día de fiesta.

Enfrente, las casas de la calle Occidental, tenían en las fachadas, el claro reflejo de las luces del paseo; algunas ventanas estaban abiertas, las cortinas de tela oscura, se aclaraban por la luz de las lámparas interiores.

Luisa, recordaba el bienestar de otras noches de verano, reposadas y tranquilas. ¿Dónde? ¿Cuándo? Esto es lo que no recordaba. El movimiento de la gente le hacía replegarse en sí misma: y luego encontró enfrente de ella, contemplándola con aspecto lúgubre, al hombre de la larga luchana. Al lado de ella sus vecinos bostezaban.

Doña Felicidad, propuso dar una vuelta. Se levantaron y cruzaron lentamente la muchedumbre; las filas de sillas se apretaban unas contra otras y una infinidad de figuras á las que la luz del gas daba el mismo color amarillo, miraban fijamente ante ellas, con éxtasis de tontos.

Esta vista irritaba á Basilio; y como le era difícil avanzar, se propuso huir de este aburrimiento.

Salieron. Interin que él fué á comprar los billetes, doña Felicidad, se dejó caer en un banco, bajo un sauce llorón, exclamando con voz doliente:

— ¡Ah, hija mía! ¡Creo que voy á estallar!

Pasó la mano por su estómago.

— ¡Y el Consejero! ¿Qué me dices? ¡En verdad que no tengo suerte! Hoy que yo venía aquí...

Suspiró y continuó con una sonrisa:

— Tu primo, es verdaderamente simpático. ¡Y qué buenas maneras! Un verdadero *gentleman*. Se vé á primera vista.

Apenas salieron fuera, cuando declaró que ella no podía más y que le era preciso tomar un coche.

Basilio opinaba que era mejor subir á pie hasta la plaza de Lorco. ¡Hacia una noche tan agradable! Andar, probaría bien á doña Felicidad.

Al pasar delante de Martinho, propuso Basilio entrar á tomar helados, pero doña Felicidad, temía á las bebidas heladas y Luisa no se atrevió. Por las puertas abiertas del café se veían las mesas desiertas y los periódicos por el suelo.

En el paseo, recogían los pilletes, las puntas de cigarros.

En la plaza del Rocío, algunos se paseaban bajo los árboles: en los bancos, algunas figuras parecían dormir: acá y acullá, brillaban cigarros encendidos; otros pasaban con el sombrero en la mano abanicándose y el chaleco desabrochado: en todas las esquinas gritaban: "agua fresca del Arsenal,, mujeres que atravesaban con un pañuelo de seda en los hombros, arrastrando largas faldas blancas, muy almidonadas, á juzgar por el ruido que hacían. Alrededor de la plaza, volvían lentamente los coches descubiertos. Era asfixiarse, y en la sombra de la noche, la columna que sostenía la estatua de don Pedro, tenía el pálido aspecto de una bujía colosal.



Basilio, iba pensativo al lado de Luisa. ¡Qué villa tan horrible! ¡Qué tristeza! ¡Qué fastidio! Recordaba el verano pasado en París; por la noche, subía tranquilamente en su faetón por los Campos Eliseos; centenares de victorias, bajaban rápidamente al ligero trote de sus caballos; los faroles de los coches, formaban en toda la avenida una hilera movible de puntos luminosos. Lindas y blancas caras de mujeres reposaban recostadas en los almohadones, balanceándose por el movimiento de los elegantes coches: el ambiente, tenía una dulzura afelpada y cálida, los castaños, esparcían un aroma penetrante, y á los lados, entre los árboles, se escapaban torrentes de luz de los cafés conciertos, llenos de rumor, de una concurrencia alegre y de los bríos de las orquestas; en los *restaurants*, se oían risas; era el amor y la dicha en toda su intensidad: y más allá, á través de las ventanas de los palacios y los hoteles, medio ocultos por las cortinas de sedas, se apercibía la luz dulce y velada, que alumbraba las riquezas interiores. ¡Ah! ¡Si estuviera allí!

Pero al pasar bajo la luz de las farolas, miraba á Luisa de soslayo. El delicado perfil de su prima, aparecía lleno de gracia, y de dulzura, envuelto en el velillo blanco del sombrero. El traje marcaba la curva de su pecho. En su andar, había una languidez ondulante, que daba á la línea gallarda de su talle, una voluptuosidad llena de promesas.

Le ocurrió la idea, y la dijo en alta voz: Era una lástima, que no hubiese en Lisboa, un *restaurant* donde poder ir á tomar un ala de perdiz rociada con una botella de *champagne frappé*.

Luisa no respondió; pero pensó interiormente que eso debía ser delicioso.

—¡Perdiz á estas horas!— exclamó doña Felicidad.

—Perdiz ó cualquiera otra cosa.

—Fuera lo que fuera, á estas horas nos empacharía.

Subieron la calle Nueva del Carmen. Los mecheros de gas, alumbraban débilmente. Las casas viejas, confusas y negras, aumentaban la obscuridad. Una patrulla armada, bajaba paso á paso, sin ruido, sombría y siniestra.

En el Chiado, un granuja con blusa azul, les persiguió ofreciéndoles billetes de lotería; su voz aguda y plañidera, prometía la fortuna bajo la forma de muchos contos de reis. Doña Felicidad, se paró; tuvo tentaciones de comprar un décimo, pero se lo estorbó un grupo de borrachos. Venía hacia ellos, con el sombrero en la nuca, bruseo el gesto, tropezando y provocando á cuantos les rodeaban. Luisa se refugió al lado de Basilio. Doña Felicidad, muy conmovida ya, había tomado su brazo. El grupo pasó aullando. Doña Felicidad, quiso que inmediatamente tomasen un coche. No hallaron ninguno hasta la plaza de Loreto. La buena señora con voz ténblosa, del miedo que la causaban los borrachos, no hacía más que contar accidentes, riñas con cuchillos, todo esto sin soltar el brazo de Basilio.

Se detuvieron breve momento á hablar. Un hombre pasó, retrocedió y se puso á vagar alrededor. Luisa reconoció los ojos de carnero del individuo del Paseo. Basilio llamó á un cochero. Las dos señoras montaron en el carruaje. Luisa, se volvió para ver á Basilio, inmóvil en la plaza, con el sombrero en la mano. Después se acomodó, puso los pies en el cojín, y mecida por el trote igual de los rocines, vió desfilas las casas oscuras de la calle de San Roque, los árboles de San Pedro de Alcántara,



las fachadas estrechas de la calle del Molino de Viento, los dormidos jardines de la Patriarcal.

La noche estaba tranquila, el calor suave; Luisa hubiera deseado, sin saber por qué, rodar siempre por las calles, ó en un camino sin fin, entre las verjas sombrías de lujosas quintas, balanceada por el movimiento del carruaje, sin preocupaciones. Luisa soñaba con una dicha que no distinguía claramente.

Un grupo pasó ante la Escuela Politécnica tocando en la guitarra el *Fado de Vinioso*. Aquellos sonidos penetraron en su alma como una ligera brisa, que agitaba dulcemente en su corazón el recuerdo de sensaciones pasadas. Un suspiro se escapó de sus labios entreabiertos.

—Un suspiro que va al Alentejo.—dijo doña Felicidad, tocándole en el brazo.

Luisa sintió agolparse toda la sangre á su rostro. Cuando entró en su casa daban las once. Juliana salió á alumbrar la escalera.

—El te está dispuesto para cuando quiera la señora.

Luisa entró en su cuarto y salió poco después.

Habíase puesto un gran peinador blanco. Estaba muy cansada. Se extendió en su *voltaire*. Sentía venir el sueño, su cabeza vacilaba, sus párpados se cerraban. Juliana no traía el te. La llamó. ¿Dónde estaba?

Había bajado de puntillas al cuarto de Luisa y tomando la falda y las enaguas que su señora había dejado sobre el confidente, las volvía y revolvía examinándolas, oliéndolas con cierta secreta sospecha. Todo tenía el aroma vago de un cuerpo sano y caliente, una mezcla de sudor y agua de colonia. Cuando se oyó llamar con impaciencia, subió apresuradamente.

—Ya estaba servido el te, señora. Don Sebastián ha venido á las nueve.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Que la señora había salido con doña Felicidad. No he podido decirle á donde porque no lo sabía... Don Sebastián se ha estado hablando conmigo más de media hora.

\*  
\*  
\*

En la mañana del siguiente día recibió Luisa un *bouquet* de rosas magníficas, de un rojo magenta obscuro, que le envió Sebastián.

El cultivaba esas rosas en su quinta de Almada, y algunas las llamaban rosas de don Sebastián. Luisa las hizo colocar en los jarrones de la sala. Después, como el cielo estaba cubierto, y el calor era sofocante, mandó abrir las ventanas.

—Veremos si hoy aparece el mirlo,—pensó Juliana.

El *mirlo* apareció efectivamente á las tres. Luisa estaba en el salón sentada al piano.

—Ese caballero de costumbre, ya está ahí,—vino á decir Juliana.

Luisa enrojeció, escandalizada de la frase.

—¡Ah! mi primo Basilio; que entre... ¡Ojalá Si don



Sebastián ó cualquiera otra visita viene, que pasen.

¡El forastero era su primo! Para Juliana habían perdido aquellas visitas todo interés. Su malignidad caía como una vela por falta de viento.

¡Era un pariente de la señora!

Lentamente subió á la cocina.

—Hay novedades, señora Juana. El lechuguino es un pariente. Según parece, es el primo Basilio...

¡Basilio! Nos ha llegado un primo á última hora.

—¿Quién podía ser ese hombre, sino un pariente?

—observó Juana.

La otra no respondió.

Miró si las planchas estaban calientes, porque tenía una carga de ropa blanca. Como no lo estaban, sentóse al pie de la ventana. El cielo aparecía gris y la atmósfera cargada de electricidad y de agua. De tiempo en tiempo, ligera ráfaga de viento agitaba los follajes lejanos.

Juliana cavilaba.

—Solamente viene cuando el marido esta fuera...

¡Buena es esa! Cuando el lechuguino se va, ella queda preocupada, suspira, tiene ojeras. ¡Todo pasa entre familia!

Sus ojos brillaron con júbilo maligno.

Las campanilla sonó muy fuerte.

—¡Qué suerte más perral! ¡Es día de audiencia!

Bajó rezongando, dió un grito de sorpresa al encontrarse con Julián. El médico traía un libro bajo el brazo.

—Entre usted, don Julián; la señora está con su primo, pero ha dado orden de recibir.

Radiante de poder interrumpir el coloquio, abrió la puerta del salón.

—¡El señorito Julián!—gritó con voz aguda.

Luisa presentó á entrambos señores.

Basilio apenas se levantó del sofá. Con mirada de

irónica sorpresa examinó á Julián desde las greñas hasta sus botas mal lustradas.

—¡Qué salvaje!—dijo entre sí.

Luisa comprendió y sonrojóse avergonzada de Julián.

¡Qué idea formaría Basilio de los amigos de la casa en vista de aquel hombre desastrado, con el cuello mugriento y la levita raída y mal hecha! Instintivamente, por un sentimiento de femenil vanidad, su fisonomía adquirió un aire reservado, casi seco, como si aquella visita la hubiera sorprendido y aquel perjeño la hubiera indignado.

Julián comprendió vagamente que su presencia en aquel momento era enojosa. Con cierto embarazo dijo, acomodándose los anteojos:

—La casualidad me ha hecho pasar por aquí. Se me ocurrió subir para saber qué noticias tiene usted de Jorge.

—¡Gracias! Me ha escrito: está bien.

Basilio, hundido en el sofá, con abandono familiar, contemplaba sus zapatos de charol, y sus calcetines de seda bordados con puntos rojos.

Parecía distraído y acariciaba lánguidamente su bigote, alzando el dedo pequeño, en el que brillaban un zafiro y un rubí engastados en dos aros de oro.

La afectación de esta actitud y el brillo de las joyas ofendieron á Julián.

Entonces, queriendo demostrar su intimidad, dijo:

—Estos días no he venido á hacer á usted compañía porque estoy excesivamente ocupado.

—Mil gracias.

Luisa había enrojecido. Luego, procurando quitar toda importancia á esta familiaridad, arreglándose los pliegues de su bata, continuó:

—Estos últimos días no estuve buena del todo. No



he recibido á nadie, exceptuando, como es natural, á mi primo.

Julián entendió confusamente que le reprendían. Sorprendido, atortolado, cruzó una pierna sobre otra, con el libro en las rodillas. Como el pantalón le estaba corto, se veía los elásticos de sus botas contrahechas por el uso.

Hubo un momento de penoso silencio.

—¡Qué lindas rosas!—dijo Basilio con negligencia.

—Muy lindas,—respondió Luisa.

—Compadecida de Julián, sonrió y buscó una frase amable para resarcirle.

—¡Qué calor!—dijo por fin precipitadamente.—¡Es morir! ¿Tiene usted muchos enfermos?

—Colerinas. Las frutas son casi siempre la causa de esas indisposiciones al vientre.

Luisa bajó la vista. Basilio se puso en seguida á hablar de la vizcondesita de Aceias. La había dejado encantadora ¿Y qué había sido de la mayor de sus hermanas?

Esta conversación sobre señoras de la nobleza que Julián no conocía, le aislaba completamente y le humillaba. Sentía su cuello bañado en sudor. Maquinalmente abría y cerraba el grueso volumen de cubierta amarilla.

—¿Es alguna novela?—le preguntó Luisa.

—No. Es el tratado del doctor Lee sobre las enfermedades del útero.

Luisa se ruborizó y Basilio sonriendo le preguntó que había sido de Rafaela Grijó. Aquella señora que llevaba lentes y tenía un cuñado tartamudo...

—Su marido murió y ella casó después con su cuñado.

—¿Con el tartamudo?

—Sí, y tienen un niño tartamudo también.

—Será terrible una conversación en familia,

—¿Y doña Eugenia, la de Braga?...

En este momento Julián, no pudiendo resistir más se levantó.

—Tengo prisa, y no puedo detenerme más. Cuando escriba usted á Jorge, mis recuerdos,—dijo con voz ahogada.

Apenas hizo una inclinación de cabeza á Basilio, más no hallaba su sombrero que había rodado debajo de una silla, se enredó en el portier, chocó violentamente contra la puerta cerrada, y salió por fin furioso, deseando vengarse, odiando á Luisa, á Jorge y á la humanidad; encontrando muy tarde las ironías, las palabras, las réplicas con que debía haber aplastado á aquel necio y á aquella loca.

Apenas se oyó cerrar la puerta de la calle, Basilio se levantó cruzando los brazos.

—¿Quién es este salvaje?

—Es un muchacho médico,—balbuceó Luisa muy encarnada.

—Pero es un sér increíble, una especie de estudiante mal vestido.

—Pobre muchacho, no le sobra el dinero,—dijo Luisa turbada.

—No es necesario ser rico—replicó Basilio—para cepillarse el traje y limpiarse la cabeza y las uñas.

—¡No debía ella recibir á semejante hombre! Era vergonzoso para su casa. Si era del gusto de su marido, que lo recibiera él en su despacho.

Decía todo esto paseándose á lo largo del salón, con las manos en los bolsillos, sonando el dinero y las llaves.

—¡Son buenos tipos los amigos de la casa! Tú no te has educado de esta manera. Gentes así, jamás han frecuentado la calle de la Magdalena.

Esto era verdad. Luisa convino en ello. Le pareció que los lazos del matrimonio le habían traído



algo de las familiaridades plebeyas. Pero cierto respeto por las opiniones y simpatías de Jorge le hizo decir:

—Mi marido le cree hombre de mucho talento.

—Más valdría que tuviera botas.

—Yo lo encuentro por mi parte muy ingenioso,—dijo Luisa.

—¡Es horrible, pequeña!

Estas palabras hicieron latir su corazón. Así era como la llamaba otras veces. En medio del silencio volvió a sonar la campanilla de la puerta.

Luisa se turbó. ¡Gran Dios, si fuera Sebastián! Basilio le hallaría todavía más común, más vulgar.

Juliana vino a decir que era el Consejero.

—¿Le hago pasar?

—¡Claro está!—dijo Luisa radiante.

La espetada figura de Acacio se adelantó con su levita de alpaca y su pantalón blanco bien planchado que caía sobre unos zapatos bajos con lazos.

Apenas Luisa presentó a su primo Basilio, el Consejero dijo respetuosamente:

—Ya sabía que usted había llegado. Lo he visto en las noticias interesantes de nuestra *High-life*. ¿Y Jorge?

—Jorge está en Beja y según dice en sus cartas se aburre muchísimo.

—Efectivamente—exclamó con afabilidad Basilio.

—No me formo la menor idea de lo que uno pueda hacer en Beja. ¡Debe ser horrible!

—Como toda capital de provincia—observó el Consejero pasando sobre su bigote una mano blanca, en donde resaltaba una sortija blasonada.

—Pero si en Lisboa, que es la capital del reino,—dijo Basilio, estirándose los puños de la camisa—no se sabe qué hacer... ¡Es morir de fastidio!

—No digas eso delante del Consejero,—dijo Luisa.

riendo, encantada de la afabilidad de Basilio. Es un gran admirador de Lisboa.

—He nacido en Lisboa,—dijo Acacio inclinándose—y aprecio á Lisboa, querida señora. Reconozco, sin embargo, —continuó con ingenuidad,—que no se la puede comparar con París, Londres ó Madrid...

—¡Oh! ciertamente—dijo Luisa.

—Pero—siguió el Consejero con orgullo—Lisboa tiene bellezas sin igual. La entrada de la barra, según dicen, porque yo no he estado nunca, es un panorama grandioso, rival de los de Constantinopla y de Nápoles, digno de la pluma de un Garrett ó de un Lamartine—continuó pomposamente.

Pero Luisa, temiéndose citas y apreciaciones literarias, le preguntó qué había hecho el domingo, y le contó que ella había estado en el Paseo con doña Felicidad, esperando encontrarle.

El Consejero declaró que nunca iba en domingo al Paseo. Comprendía que era muy agradable; pero el gentío le mareaba. Había notado,—y al decir esto su voz tomaba el tono de una revelación,—que muchas personas reunidas en un sitio, solían dar vértigos á los hombres entregados al estudio. Además, se lamentaba de su salud y de su trabajo abrumador. Estaba escribiendo un libro y tomaba las aguas de Vichy.

—Puedes fumar,—dijo Luisa de pronto á Basilio sonriendo.—¿Quieres fuego?

Ella misma se levantó dichosa y ligera. Llevaba una bota clara, un poco transparente, llena de fresca. Sus cabellos parecían más rubios, y su tez más fina.

Basilio encendió un cigarro, y humeándole acomodóse en el sofá.

—El Paseo en domingo es sencillamente idiota.

El Consejero, reflexionó, y repuso:



—No sea usted tan severo, señor Brito. Antiguamente, es verdad, era una diversión más agradable que hoy. Ahora nada, absolutamente nada, puede reemplazar á la música militar: además hay la cuestión del precio de entrada. Yo la he estudiado mucho. Los precios bajos favorecen la aglomeración de las clases inferiores. Lejos de mí la idea de menospreciar esta parte de la población... Mis ideas liberales son bien conocidas... Apelo á esta señora; pero, en fin, es siempre preferible encontrar una sociedad escogida. Por mi parte, no voy al Paseo, puede usted creerme, ni aun cuando los fuegos artificiales. Esas noches voy á gozar del espectáculo, pero fuera de las verjas. No es por economía, sin ser rico, puedo permitirme ese gasto. Pero temo mucho á los accidentes que suelen ocurrir en los fuegos. Podría contar á ustedes la historia de un individuo, cuyo nombre he olvidado, á quien un coheite le agujereó el cráneo. Sin ir más lejos, una pavesa puede caer en la cara, sobre un vestido nuevo... Y es bueno ser prudente—terminó resumiendo y limpiándose la boca con un pañuelo de seda de la India muy doblado.

Después hablaron de la estación: muchas personas estaban en Cintra: ¡Era tan calurosa Lisboa en verano! El Consejero declaró que Lisboa sólo era imponente, verdaderamente imponente cuando estaban abiertos los teatros y las Cámaras.

—¿Qué es lo que tocabas en el piano cuando llegué?—preguntó Basilio.

—Si estaban ustedes haciendo música,—dijo en seguida el Consejero—suplico que sigan... Hace dieciocho años que soy abonado constante de San Carlos...

—¿Es usted músico?—interrumpió Basilio.

—Lo fui, no lo niego. Cuando era joven tocaba la flauta. Tontunas de muchacho—dijo con un gesto bondadoso.—¿Tocaba usted algún trozo nuevo, Luisa?

—No; por el contrario, una cosa muy antigua: *La hija del pescador*, de Meyerbeer.

Luisa cerró las ventanas y se sentó al piano.

—Sebastián toca esto á la perfección. ¿Verdad, Consejero?

—Nuestro Sebastián—respondió el Consejero con autoridad—es un rival de Thalberg y de Listz. ¿Le conoce usted?—preguntó dirigiéndose á Basilio.

—No, no le conozco.

—Una perla.

Basilio se aproximó lentamente al piano con las manos en los bolsillos.

—¿Tú, todavía cantas?—le preguntó Luisa sonriendo.

—Cuando estoy solo.

El Consejero entonces le pidió una canción. Basilio se echó á reír. Temía escandalizar á un antiguo abonado de San Carlos.

El Consejero le animó. Decíale paternalmente:

—¡Valor, señor Brito! ¡Vamos, valor!

Luisa preludió. Basilio dejó oír su voz llena y bien timbrada, resonaban en el salón sus notas altas. El Consejero escuchaba atentamente. Su cabeza parecía inclinada bajo el peso de su responsabilidad de juez. Sus anteojos oscuros se destacaban bajo la calva frente que el calor hacía más pálida.

Basilio cantaba con una melancolía grave y apasionada la primera frase de la canción:

*Igual que el mar sombrío  
Mi corazón es hondo.*



Un poeta, con una dedicatoria misteriosa, había traducido los versos en el *Almanaque de las Damas*. Luisa los copiara entre las líneas de la música. Basilio, inclinándose para leer en el papel, cantaba:

*Hay tempestad arriba...  
Y perlas en el fondo.*

Los expresivos ojos de Luisa se fijaban en la música, ó por momentos se dirigían á Basilio con rapidez. Cuando la nota final la prolongó, como la llamada de un amor suplicante, Basilio dió á su voz el acento de la invocación:

*¡Ven! ven  
A posar, mi bien amada,  
Tu corazón junto al mío...*

Sus ojos se fijaron sobre ella con una expresión de deseo tan ardiente, que el pecho de Luisa se agitó, y sus dedos se atropellaron sobre el teclado.

El Consejero aplaudía.

—¡Una voz admirable! ¡admirable!

Basilio dijo que estaba verdaderamente avergonzado.

—No, caballero, no— protestó el Consejero, levantándose.— Tiene usted una excelente voz. Diré más, la mejor garganta de nuestra sociedad.

Basilio rió, y dijo que puesto que les complacía oírle, iba á cantar un dancón brasileño. Sentóse al piano, y después de preludiar algunos compases de ritmo dulce y de un balanceo tropical, cantó:

*Soy negra, pero mi pecho  
Siente más que un pecho blanco.*

—Esto hacía furor en las reuniones de Bahía, cuando yo partí,—dijo, interrumpiéndose.

Era la historia de una negrita, nacida en una plantación, que cantaba con un lirismo de almanaque su pasión por un plantador blanco.

Basilio parodiaba el tono sentimental de las jóvenes de Bahía, y su voz tomaba un timbre cómico cuando cantaba el ritornelo lacrimoso:

*Y la negrita fija á lo lejos  
sus ojos negros llenos de afán.  
Entre el follaje del cocotero  
de cientos de aves suena el cantar.*

El Consejero encontró deliciosa aquella música. A propósito de la canción deploraba la suerte de los esclavos. Sus amigos del Brasil le aseguraban que los negros estaban muy bien tratados. ¡Pero, en fin la civilización es la civilización! El esclavo es una plaga. El tenía una gran confianza en el Emperador...

—Monarca de una rara inteligencia—añadió respetuosamente.

Tomó su sombrero é inclinándose, juró que hacía mucho tiempo que no había pasado una mañana tan agradable. Para él no había nada comparable á la buena sociedad y la buena música.

—¿Dónde está usted hospedado, señor Brito?

—En el Hotel Central: pero ¡por Dios! le suplico que no se moleste.

El Consejero manifestó que nada le impediría cumplir su deber y lo cumpliría. No tenía influencia, según sabía Luisa; pero si Basilio tenía necesidad de algo, de unas señas, una presentación en las regiones oficiales, su permiso para visitar algún establecimiento público, se ponía á sus órdenes.

—Calle de Ferregial alta 3, 3.º—dijo estrechando la mano de Basilio.—La modesta cabaña de un er-



mitaño.—Y volviéndose á Luisa, prosiguió:—Cuando escriba usted á nuestro viajero, hágale presente mis sinceros deseos por el resultado de sus empresas. Servidor de ustedes:

Y erguido y grave, salió.

—Al menos este es más limpio,—murmuró Basilio con el cigarro en un extremo de la boca.

Luego, sentado al piano, dejó correr sus dedos por el teclado. Luisa se aproximó.

—Cántame algo,—dijo.

Basilio la miró fijamente.

Luisa enrojeció y sonrió vagamente; á través de la tela clara y transparente de su vestido, se entreveía la blancura mate del cuello y de los brazos; en sus ojos, en su boca, en la blancura nevada de sus dientes, brillaba una fiebre de vitalidad amorosa.

Basilio le dijo en voz baja y con emoción:

—Estás más bella que nunca, Luisa.

Su mirada ávida le turbaba.

—Cántame alguna cosa,—repitió ella apoyando sus dedos en las teclas del piano y con el seno palpitante.

—Canta tú,—murmuró Basilio.

Este continuaba mirándola fijamente. Lanzó un suspiro y le cogió las manos. Las dos manos temblorosas y húmedas se unieron.

Sonó la campanilla.

Luisa retiró bruscamente su mano.

—Alguien viene,—dijo agitada.

Se oyó hablar en la puerta en voz baja.

Basilio alzó los hombros, demostrando su enojo, y fué á tomar su sombrero.

—¡Cómo! ¿Te vas?—dijo Luisa con pena.

—¡No se puede estar á solas contigo ni un momento!

La puerta exterior se cerró con estrépito.

—No es nadie, se han ido,—dijo Luisa.

Los dos se hallaban de pie.

—¡Basilio, no te vayas!

Sus hermosos ojos tenían la expresión de una dulce súplica. Basilio dejó el sombrero sobre el piano, mordiéndose el bigote de un modo nervioso.

—Pero ¿quieres estar solo conmigo?—murmuró Luisa conmovida.—¿Qué te importa que vengan visitas?

Con un movimiento brusco, Basilio pasó el brazo por el talle de su prima y atrayendo hacia sí su cabeza, la besó con furor en los ojos y en los cabellos.

Ella huyó de tal opresión con los ojos brillantes y el rostro de color de escarlata.

—Perdóname,—dijo él con un movimiento apasionado;—he obrado sin reflexión. ¡Es que te adoro, Luisa.

Hablaba con exaltación sincera, tomándole las manos con autoridad, casi con derecho.

—No. Es preciso que me escuches. Desde el primer día que te volví á ver estoy loco por ti, exactamente igual que en otros tiempos; jamás he dejado de adorarte, pero carecía de fortuna, bien lo sabes, y ¡yo quería hacerte rica y dichosa! Yo no podía llevarte conmigo al Brasil. Esto hubiera sido matarte, amor mio. ¡Tú no imaginas lo que es ese país! Por eso fué por lo que te escribí aquella carta; ¡pero cuánto he sufrido y cuánto he llorado!

Luisa, con la vista fija en el suelo y la cabeza baja, escuchaba inmóvil esta voz ardiente y fuerte que le traía un soplo de amor, dominándola y vencién-dola; las manos de Basilio transmitían á las suyas un calor febril y en un estado de laxitud; le parecía que iba á dormirse.

—Habla, responde,—dijo él con ansiedad, sacu-



diéndola las manos y buscando su mirada con avidez.

—¿Qué quieres que te diga?—respondió Luisa adormecida.—¡Hablemos de otra cosa!—dijo volviendo la cabeza y suspirando.

—¿Por qué, por qué?—preguntó Basilio.

—No, Basilio, déjame.

Su voz tenía el acento de una plegaria y la dulzura de una caricia.

Entonces, sin vacilar, la cogió en sus brazos.

Luisa estaba inerte, con los labios pálidos, los ojos cerrados y Basilio sosteniéndola la cabeza, se inclinó, besándola dulcemente los párpados, la cara y la boca largamente: sus rodillas se doblaban y sus labios se entreabrían.

Pero, de pronto, su cuerpo se enderezó, se alejó y exclamó con desesperación:

—¡Déjame, déjame!

Con una fuerza nerviosa se desasió, rechazándole, pasándose las manos por la frente y por los cabellos, con la mirada espantada.

—¡Oh, Dios mío, esto es horrible... déjame!

Basilio se aproximó, con los dientes apretados, pero Luisa retrocedió.

—¡Vete!... ¿Qué quieres? ¡Vete!... ¿Qué haces aquí? ¡Déjame!...

Basilio, tranquilizándose súbitamente, le dijo con tierno reproche que no comprendía por qué se incomodaba. Un beso. ¿Qué era un beso? ¿Qué había ella creído? Es cierto que la adoraba, pero con un amor puro.

—¡Te lo juro!—dijo con fuerza, golpeándose el pecho.

La hizo sentar en el sofá y sentándose él también á su lado, le habló razonablemente.

El se resignaría; las circunstancias lo exigían. Tendrían una amistad fraternal, nada más.

Luisa le escuchaba con abandono.

—Es cierto,—decía Basilio,—que esta pasión era una tortura espantosa. Pero era fuerte y se dominaría. Solamente deseaba verla, hablarla. Sería un amor ideal.

Le volvió la mano, se inclinó y le dió un beso en la palma.

Luisa se levantó temblorosa y dijo:

—¡No, vete!

—Está bien, adiós.

Se levantó con un gesto resignado y triste.

—Adiós,—repitió melancólicamente, pasando con lentitud la mano por la seda de su sombrero.

—¡Adiós!

—¿Estás enfadada?—dijo Basilio con ternura.

—No.

La mirada de Basilio brilló.

—Escucha,—murmuró aproximándose.

Luisa golpeó el suelo con el pie.

—¡Oh, qué hombre! ¡Déjame! ¡mañana! ¡Adiós, vete! Hasta mañana.

—Hasta mañana,—dijo con dulzura Basilio, y salió.

Luisa volvió á su cuarto, nerviosa. Al mirarse al espejo quedó extrañada; nunca se había visto tan linda.

Dió algunos pasos en silencio.

Juliana arreglaba ropa blanca en los cajones de la cómoda.

—¿Quién ha llamado hace poco?—preguntó Luisa.

—El señor Sebastián. No ha querido entrar. Ha dicho que volverá.



Efectivamente, había dicho que volvería; pero casi empezaba á darle vergüenza venir todos los días y hallarla siempre con visita.

En el primer momento se sorprendió, cuando Juliana le dijo:

—Está con un señor. Un joven que vino ayer.

¿Quién podía ser? El conocía á todos los amigos de la casa.

Sería algún empleado del Ministerio ó algún propietario de minas. El hijo de Alonso tal vez, para un negocio de Jorge, con seguridad.

Después, el domingo por la noche, al ver las ventanas del salón á oscuras, se sintió apesadumbrado. Llevaba la partitura de *Romeo y Julieta*, de Gounod, que Luisa deseaba estudiar, y, cuando Juliana, desde el balcón, le dijo que su señora había salido en coche con doña Felicidad, quedó preocupado, acariciándose lentamente la barba. Recordó el entusiasmo de doña Felicidad por el teatro de Doña María. ¿Habían ido con aquel calor de Julio? En fin, todo era posible. Se fué á Doña María.

El teatro, casi vacío, estaba lúgubre. En los palcos se veían algunas familias que disfrutaban melancólicamente de aquella noche dominguera. Los niños dormían apoyados en el antepecho, forrado

de gutapercha encarnada. En las butacas, contados espectadores escuchaban con aire adormecido, enjugándose de tiempo en tiempo, con pañuelos de seda, el sudor de la frente; la lucerna esparcía una luz soñolienta. Todo el mundo bostezaba. La escena representaba un salón de baile, decorado de amarillo. Un viejo hablaba sin descanso, con la monotonía del agua que cae de una fuente, á una mujer delgadísima, de cabellos rizados. En la orquesta los músicos dormían.

Sebastián salió. ¿Dónde podrían estar? Al día siguiente lo supo. Bajaba por la calle del Molino de Viento, cuando su amigo Netto, que subía en dirección contraria, con el cigarro humeando como una chimenea, bajo el bigote canoso, le detuvo bruscamente:

—Dispéñeme la curiosidad.

—¡Oh, amigo Sebastián! Ayer vi en el Paseo á doña Luisa con un joven que yo conozco, pero no sé dónde le he visto. ¿Quién es?

Sebastián se encogió de hombros. El otro añadió:

—Un joven alto, guapo, con aire de extranjero. Yo le conozco. El otro día le vi entrar en casa del ingeniero. ¿No sabe usted quien es?

Sebastián no lo sabía.

—Conozco esta figura. Trato de recordar...

Y se pasaba la mano por la frente.

—Le conozco, es de Lisboa.

Después de un momento de silencio, siguió:

—¿Y que hay de nuevo, Sebastián?

Sebastián nada sabía.

—Tampoco yo. ¡Todo son mentiras! ¡Adios!

Aquel día á las cuatro volvió á casa de Luisa. Esta estaba con el señor. Salió preocupado. Seguramente se trataba de algún negocio de Jorge, porque no comprendía que ella hablara, sintiera ni viera



más que en interés de la casa y para la dicha de Jorge. Pero el negocio debía ser muy grave, para originar tantas visitas, tantos encuentros y tanto trato. ¿Tendrían negocio de interés y él no sabría nada? Eso le parecía una ingratitud y una disminución de su amistad.

Su tía Juana notó que tenía *algo*.

—Dolor de cabeza—dijo él.

Aquella noche durmió mal.

Al día siguiente, supo que aquel señor era el primo Basilio, Basilio de Brito. Su inquietud se disipó; pero un temor más definido se apoderó de él.

Sebastián no conocía á Basilio personalmente, pero sabía la crónica de su juventud. Ciertamente no se hallaba en ella, ni escándalo excepcional ni novela picante. Basilio había sido solamente un vividor, y como tal había pasado metódicamente por todos los episodios clásicos de la vida de Lisboa: partidas de juego de monte hasta la madrugada con los ricachos de Alentejo; un coche hecho pedazos, un sábado á la salida de los toros; comidas frecuentes con alguna Lola y una ensalada de langosta; algunos toros cogidos por los cuernos; aplausos en el Circo de Salvatierra ó en Alhandra; noches pasadas con guitarristas en las tabernas, comiendo bacalao y bebiendo Colares, y una profusión de huevos de harina tirados á la cara de un municipal durante el Carnaval. Las únicas mujeres que aparecían en su historia además de las Lolas y Cármenes, era la Pistelli, bailarina alemana de piernas de atleta, y la condesita Albini; una loca, gran amazona, que estaba separada de su marido después de haberle pegado y que se vestía de hombre para conducir un coche desde Rocío hasta Da-Fundo. Eso bastaba para que Sebastián le mirara como un calavera, un perdido. Había oído decir que tuvo que marchar al Bra-

sil, huyendo de sus acreedores y que por casualidad se había enriquecido en una especulación en el Paraguay; que ni en Babía, donde la miseria le había puesto una cuerda al cuello, se había dedicado á trabajar; y suponía que el poseer una fortuna, sería un medio de desenvolver sus vicios. Este hombre venía todos los días á ver á Luisa, estando con ella horas y horas, acompañándola al paseo...

¿Para qué?... Para seducirla; era evidente.

Bajaba por la calle abrumado bajo el peso de esas ideas, cuando una voz ronca le dijo respetuosamente:

—¡Señor Sebastián!

Era Paulo el vendedor de muebles.

—Salud, señor Juan.

Paulo arrojó á las piedras de la calle una saliva negruzca y con las manos cruzadas por debajo de los faldones de su larga casaca, le dijo con tono grave:

—Señor Sebastián, ¿hay algun enfermo en casa del señor ingeniero?

—No—respondió Sebastián sorprendido—¿por que?

Paulo tosió, escupió y dijo:

—Es porque he visto entrar todos los días un caballero y he pensado que era el médico, alguno de esos homeópatas nuevos.

Sebastián se puso encarnado.

—No—respondió—es el primo de doña Luisa.

—¡Ah!—dijo Paulo—Pensaba... Dispéñeme, señor Sebastián.

Y se inclinó respetuosamente.

—Ya tenemos habladurías,—pensaba Sebastián al alejarse.

Volvió á su casa descontento.

Vivía á lo último de la calle, en una casa suya, de antigua construcción, con jardín,



Sebastián vivía solo, tenía una modesta fortuna en papel, en tierras de cultivo, y su quinta de Almada, llamada el Tocegal. Dos criadas viejas componían toda su servidumbre. Vicenta, la cocinera, era una negra de San Thomas, del tiempo de la madre de Sebastián. Juana, el ama de gobierno, servía en la casa hacía treinta y cinco años; llamaba á Sebastián el *pequeño*. Tenía caprichos de niña, pero se la respetaba como una abuela. Era de Oporto, de *Poarto* como ella decía, porque no había perdido el acento. Un amigo de Sebastián la llamaba "La Característica". Pequeña, gruesa, de cara redonda y jovial, con una sonrisa llena de bondad, y cabellos blancos, con los que formaba un rodete en lo alto de la cabeza, aquel nombre de Característica, le iba á maravilla. Llevaba siempre sobre los hombros un gran pañuelo blanco muy limpio. Todo el día andaba por la casa arrastrando los pies, y haciendo sonar las llaves, murmurando refranes y tomando rapé de una tabaquera redonda, en cuya tapa se veía el puente colgante de Oporto.

Toda la casa tenía un aspecto familiar y amable. En el salón, casi siempre cerrado, los sillones panzudos, y el monumental canapé tenían el aspecto del tiempo de José I. Aquellos damascos de un rojo descolorido recordaban la pompa de aquella corte decrepita. De las paredes del comedor pendían grabados que representaban las batallas de Napoleón. Invariablemente se veía sobre una altura el caballo blanco hacia el que galopaba desenfrenadamente un húsar blandiendo el sable.

Sebastián dormía su sueño de siete horas, sin pesadillas, en un lecho antiguo de madera torneada. La alcoba recibía luz por una claraboya.

Sobre la cómoda con herrajes de bronce un San Sebastián de talla se retorció acribillado de flechas,

entre las cuerdas que le sujetaban á un árbol. Una lámpara alimentada cuidadosamente por Juana, alumbraba día y noche. Toda la ropa encerrada en los cajones estaba perfumada con lavanda.

La casa era parecida al amo. Sebastián tenía ideas rancias. Era un hombre chapado á la antigua. Amaba la soledad. Ya en la clase de latin le llamaban el oso: sus camaradas le ponían rabos de papel, y le robaban la merienda. Sebastián unía á la fuerza de un atleta la resignación de un mártir.

Mas de una vez había sido reprobado en los exámenes del Instituto. Era inteligente pero una pregunta, el brillo de los anteojos de un profesor, la gran mesa negra, le petrificaban y quedaba azorado, con la cara roja, las piernas trémulas, y la mirada vaga.

Su madre, que era de un villorrio, en donde había sido panadera, estaba muy envanecida con sus rentas, su quinta, y su mobiliario de damasco. Siempre vestida de seda, y cargada de alhajas, decía con frecuencia:

—¿Para qué afligir al niño con estudios? ¡Dejadle! Le dejó su padre para comer y beber.

La gran afición de Sebastián era el piano. Su madre, por consejo de la de Jorge, su vecina é íntima amiga, le tomó un maestro. Desde las primeras lecciones, á las que ella asistía con traje de terciopelo encarnado, y cubierta de dijes, el viejo profesor Aquiles Bentes, exclamaba con voz nasal:

—¡Querida señora, su hijo de usted es un genio! ¡Será un Rossini! Es preciso impulsarle.

Pero esto es precisamente lo que ella no quería. ¡Empujar al pequeño! Por esto no fué un Rossini, lo que no impedía que el viejo Bentes continuara diciendo:

—¡Será un Rossini!



Solamente que en vez de proclamarlo blandiendo los rollos de las partituras, lo balbuceaba con bostezos enormes de león aburrido.

En esta época los dos niños vecinos Jorge y Sebastián, eran íntimos. Jorge más vivo, más emprendedor, dominaba á su camarada. Jugaban en el jardín y era siempre Sebastián el caballo cuando fingían alguna diligencia y el vencido, cuando simulaban alguna batalla. Sebastián llevaba las cosas de peso, ofrecía á Jorge su espalda para saltar: en las meriendas comía el pan y dejaba á Jorge las frutas. Esta amistad siempre igual, sin nubes, debía ser durante su vida una cosa esencial y permanente.

Al morir la madre de Jorge pensaron en vivir juntos en la casa de Sebastián que era mayor y tenía jardín. Jorge quería comprar un caballo. Durante este tiempo la soledad le dió por las ideas sentimentales de una unión conyugal. Conoció á Luisa en el Paseo, y por espacio de dos meses pasó los días enteros en la calle de la Magdalena.

Todo aquel risueño plan al que ellos llamaban riendo *sociedad de Jorge y Sebastián* cayó como un castillo de naipes. Sebastián experimentó una gran pena.

Más tarde fué el proveedor de los *bouquets* de rosas que Jorge llevaba á Luisa, después de haberles quitado cuidadosamente las espinas y haberlos envuelto en un papel de seda. Sebastián se ocupaba de arreglar el *nido*. Buscó los tapiceros, discutió el precio de las telas, vigiló el trabajo de los obreros que colocaban las alfombras. Por último arregló los papeles necesarios para la boda.

Por la noche, aunque fatigado de su excesivo celo, le era preciso escuchar sonriendo las confidencias de la de Jorge, que se paseaba en su cuarto hasta las

dos de la mañana, en mangas de camisa, enamorado, hablando y sacudiendo su pipa.

Después del matrimonio Sebastián se halló muy solo. Marchóse á Portel donde tenía un tío viejo, extravagante, de mirada imbécil que pasaba su existencia combinando los injertos de su huerto, y relejendo el *Enrico*.

Un mes después, cuando volvió, Jorge le dijo radiante:

—Ya lo sabes, esta casa es la tuya. Vivirás con nosotros.

Pero nunca consiguió que Sebastián tuviera en su casa grande y entera intimidad. Llamaba á la puerta tímidamente, y se ponía encarnado delante de Luisa. El antiguo oso de la clase de latín reaparecía. Jorge se esforzaba en hacerle cruzar sin ceremonias una pierna sobre otra, en obligarle á fumar su pipa ante Luisa y en prohibirle decir á cada momento encorvándose en su silla:

—Señora mía...!

Jamás vino á comer sin ser invitado. Cuando Jorge no estaba, sus visitas eran breves, se juzgaba tan insípido que temía fastidiar.

Aquella noche, cuando entró en el comedor, Juana le preguntó por Luisita.

El ama de gobierno la adoraba; decía que era un ángel; una blanca flor de lis.

—¿Cómo está, la has visto?

Sebastián no quiso decir como la víspera "que no había entrado porque había gente", y encorvándose se puso á jugar con las orejas de Trajano, su viejo perro de caza.

—Esta buena, Juana, está buena. ¿Cómo quieres que esté? No puede estar mejor.



En aquella hora, recibía Luisa una carta de Jorge fechada en Portel. Contenía largas quejas del calor y de las malas fondas. Hablaba del fantástico pariente de Sebastián. Terminaba enviándole recuerdos y besos. Luisa no esperaba aquella hoja de papel llena de menudas letras que le representaba á Jorge; el recuerdo de su figura, su voz, su dulzura, le causaban una sensación casi dolorosa. Toda la vergüenza de su cobardía y debilidad ante Basilio se presentó á su imaginación. ¡Qué horror haberse dejado abrazar y estrechar, ínterin que él la devoraba con la mirada!... Recordaba todo, su actitud, el calor de sus manos, la dulzura de su voz... Maquinalmente, poco á poco, iba olvidando esos recuerdos; distraída, con los brazos caídos, se abandonaba á ese estado de dejadez que ellos la daban. Pero el pensamiento de Jorge reaparecía otra vez, lastimándola como un súbito latigazo. Se levantó de un modo nervioso y se puso á pasear por el cuarto; sentía un deseo de llorar, de gritar, de romper algo...

—¡Ah! ¡No, esto es vergonzoso! Es preciso concluir,—decía llorando.

Por fin resolvió no recibir más á Basilio, escribirle, suplicarle no volviera, y que partiera. Meditaba

las palabras que le debía de decir, serias, secas y frías: no le diría *mi querido primo*, si no simplemente *primo Basilio*.

¿Qué haría cuando recibiese la carta? ¡Lloraría! ¡Pobre muchacho!

Se lo figuraba solo en el cuarto de la fonda, pálido y desgraciado, y de ahí, siguiendo los declives de su sensibilidad recordó la turbación de aquella mirada avasalladora, el sonido persuasivo de su voz, y su memoria se detenía en estos recuerdos. Con una sensación de dicha, como la mano que se complace en acariciar el suave plumaje de un pájaro raro. Movía la cabeza con impaciencia, como si aquellas ideas fuesen picaduras de insectos importunos; quería pensar solamente en Jorge; pero otras ideas la asaltaban y se consideraba desgraciada.

Sin saber por qué, tenía deseos de estar con Jorge, de pedir consejo á Leopoldina, de huir lejos, á la ventura y... ¡Jesús qué desgraciada era!... Del fondo de su perezosa naturaleza la llegaba una cólera indefinida contra Jorge, contra Basilio contra los sentimientos, contra los deberes, y contra todo lo que la hacía sufrir y agitarse. ¡Gran Dios! ¿Por qué no dejarla en paz?

Después de comer se puso junto á la ventana á leer de nuevo la carta de Jorge recordando todo lo que hallaba en él de bello, en su figura y en sus cualidades. Encontraba argumentos, unos de dicha, otros de sentimiento para amarle, para respetarle. Todo esto sucedía porque él estaba ausente. ¡Si hubiera estado á su lado! ¡Pero tan lejos... y tanto tiempo...! A pesar de todas estas reflexiones, la certidumbre de esta ausencia le daba una sensación de libertad; la idea de poder hacer su voluntad llenaba por momentos su corazón de inmenso contento, como si la animase un soplo de independencia.



¿Pero de qué la servía estar libre y sola? Lo que podía hacer, sentir, poseer, le parecía en lejana perspectiva, que la desvanecía. Era como una puerta abierta y cerrada bruscamente, que dejaba como un relámpago, algo de indefinido, de maravilloso, que conmovía y fascinaba.

¡Oh! Verdaderamente estaba loca.

Anochece. Fué al balcón y abrió la ventana. La noche estaba calurosa y sombría. La atmósfera, cargada de electricidad, anunciaba una tempestad próxima. Luisa respiraba con dificultad. Con la mirada fija en el horizonte, formaba proyectos, acariciaba deseos indecisos.

El mozo de la tahona tocaba el *Fado*; aquellos sonidos velados llegaban al alma con la dulzura de un soplo cálido, con la melancolía de un gemido.

Apoyó sobre la mano su fatigada cabeza.

Mil pensamientos bullían en ella como lenguas de llama.

Aquellos pensamientos le recordaban un torbellino de cosas; el sombrero nuevo que le había enviado madame Francoise, el tiempo que haría en Cintra, la pereza de las noches cálidas, bajo la obscuridad de la enramada...

Cerró la ventana. Sentada en su cuarto quedó inmóvil pensando en Jorge, queriendo escribirle, llamándole. Esta preocupación desapareció poco a poco como una tela que se rasga en pedazos, detrás de la que apareció con luminosa intensidad, el recuerdo de su primo Basilio...

Los viajes le habían curtido el rostro, el dolor de la separación le había encanecido los cabellos. ¿Había sufrido tanto por ella? Después de todo, ¿dónde está el mal? El había jurado que su amor sería casto, encerrado en su corazón. ¿Por qué no volverle a ver? El pobre que había venido de París tan sólo por

verla una semana ó quince días. ¿No era una crueldad decirle; "No vengas más, vete?"

—¿Cuando quiere la señora el te?—murmuró Juliana, abriendo la puerta.

Luisa exhaló un gran suspiro, y mandó le aproximasen la lámpara de noche.

El te lo tomaría más tarde.

Dieron las diez, Juliana tomaba en aquel momento, según tenía costumbre, el te en la cocina. El fuego se extinguía. A la luz de la lámpara de petróleo, brillaban las cacerolas de cobre.

—Hoy si que le sucede algo, señora Juana,—dijo Juliana.—Está violenta, suspira. Hay algo gordo.

Juana, al otro lado de la mesa, con los codos apoyados y la cara entre las manos, parpadeaba vencida por el sueño.

—Siempre está usted dispuesta á ver mal en todo,—dijo.

—Es preciso ser tonta para no conocerlo, señora Juana.

Calló y chupó un terrón de azúcar; era una de sus golosinas; le gustaba blanca, refinada.

El azúcar moreno, daba, según ella, al café un sabor de hormigas. Era una de sus contrariedades.

—¡Es todavía peor que el mes pasado! ¡Pero en fin, para una pobre criatura de Dios, todo es bueno! Luego, volviendo á su idea, murmuró:

—Se necesita estar ciego para no verlo, señora Juana.

La cocinera dijo perezosamente:

—Cada uno para sí.

—Y Dios para todos,—suspiró Juliana.

En este momento llamó Luisa con la campanilla.

—¿Qué querrá todavía?—dijo Juliana con la boca llena.—¿Algún capricho?

Volvió de mal humor, con un jarro vacío:



—Aun quiere más agua. ¡Vaya un capricho de chapuzarse á media noche!

Las suelas de sus zapatillas golpeaban el suelo de ladrillo.

Puso el cántaro en la fuente y en tanto que el agua caía con ruido en el zinc, prosiguió:

—Ha dicho que quiere mañana para almorzar, jamón frito, algo salado. Quiere excitantes.

A media noche todo dormía en la casa. Todas las luces habían sido apagadas. Por fuera el cielo estaba cada vez más obscuro. Relampagueaba; sonó un trueno.

Luisa despertó sobresaltada; pero después empezaron á caer con fuerza gruesas gotas de agua; la tempestad sonaba á lo lejos. Escuchó un momento el ruido de la lluvia al caer en la calle: su lecho abrasaba y retiró la ropa; el sueño había huido y echada, con la mirada fija en la vaga claridad que daba la lámpara de noche, escuchando el *tic tac* del reloj, una especie de visión se formó en su espíritu, tan claro, que casi parecía realidad: volvióse en el lecho, alargó sus brazos y abrazó la cabecera, presentando sus labios secos para besar ciertos cabellos negros en los que brillaban algunas plateadas hebras.

Sebastián también había dormido mal. A las seis se levantó y bajó al jardín con zapatillas. Una puerta vidriera del comedor se abría sobre una pequeña galería en la que sólo cabían tres sillas de hierro pintado y unas macetas de claveles. De allí, cuatro escalones de piedra conducían al jardín: este era pequeño, poblado de platabandas de flores, de céspedes bien regados, rosales junto á las tapias, un pozo y un estanque bajo una parrita y algunos árboles terminando por otra galería sombreada por un tilo con un balcón que daba á una calle solitaria: en frente se extendía la tapia de otro jardín blanqueada con cal. En este rincón recogido, con la faz tranquila de una aldea, acostumbraba Sebastián á ir algunas mañanas á fumar un cigarro.

Las seis no habían dado todavía. La atmósfera estaba transparente, el cielo tomaba el color azul de algunas porcelanas antiguas, y aquí y allá una nubecilla blanca, color de leche, cruzaba blandamente; las hojas tenían un verde lavado, el agua del estanque parecía un cristal, los pájaros cantaban cruzando rápidamente.

Sebastián estaba asomado á la calle cuando el



ruido de un bastón golpeando el suelo y el de unos pasos lentos rompieron el silencio.

Era un vecino de Jorge, Cunha Rosado; como si estuviera enfermo andaba lentamente, encorvado, envuelto en una bufanda y un paletó de color de chocolate; su faz estaba surcada de arrugas y su barba era gris, larga y descuidada.

—¿Levantado ya vecino?— dijo Sebastián.

Cunha se detuvo y levantando lentamente la cabeza, dijo con voz que denotaba gran fatiga:

—¡Ah! ¿Es usted Sebastián? ¡Voy á pasear mis dolores, amigo mío!

—¿A pie?

—Antes iba en un burro hasta fuera de puertas, pero dicen me hará provecho un paseito á pie.

Y alzó los hombros con un movimiento de duda, de tristeza y enojo.

Padecía una enfermedad de los intestinos.

—¿Y que tal marcha usted?— le preguntó con interés Sebastián inclinándose hacia la calle.

Cunha sonrió desconsolado, dejando escapar de sus labios pálidos estas palabras:

—¡Marcho, que me marchó!

Sebastián tosió, sin hallar palabra consoladora.

El enfermo descansaba con las dos manos apoyadas en el bastón: de pronto su mirada amortiguada brilló con interés:

—Diga usted Sebastián: ¿ese joven buen mozo que veo entrar todos los días en casa de Jorge, no es Basilio de Brito? ¿el primo de su mujer? ¿el hijo de Juan Brito?

—Sí, ¿por qué?

—¡Yo decía bien... yo decía bien! Y esa obstinada que me sostenía que no.

Entonces explicó lo que quería decir.

—Mi cuarto dá á la calle y como estoy casi todo el

día en la ventana para distraerme... he visto á ese joven vestido á la moda extranjera entrar allí... todos los días. Yo decía: es Basilio de Brito. Mi mujer sostenía que no. ¡Qué diablo! Yo tenía casi la certeza... No tengo cosa más conocida!... Como en tiempo que estuvo para casarse con doña Luisa. ¡Oh! Esa historia la sé al dedillo... Entonces vivía ella en la calle de la Magdalena...

—Sí, es Brito,—dijo Sebastián.

—Bien decía yo.

Quedóse un instante inmóvil, con la vista fija en el suelo; pero volviendo á su voz doliente, dijo:

—Vamos, me arrastrará hasta casa.

Suspiró y abriendo los ojos:

—¿Quién me daría la salud de usted, Sebastián?

Y diciendo adiós con la mano cubierta con un guante de lana obscuro, se alejó encorvado y pegado á las paredes.

Sebastián quedó preocupado. Todos empezaban á fijarse en que un hombre joven y elegante venía en coche todos los días y permanecía dos ó tres horas. ¡Había una vecindad tan próxima y tan maligna!

Después de mediodía salió. Tenía deseo de ver á Luisa, pero sin saber porqué, sentía una gran pena, como si temiera encontrarla de diferente modo que otras veces. Subía lentamente la calle bajo su quitasol, reflexionando, cuando un cupé, que bajaba al trote, se detuvo ante la puerta de Luisa.

Un caballero salió rápidamente, tiró su cigarro y entró en la casa. Era alto, de bigote retorcido y llevaba una flor en el ojal. Comprendió que aquél debía ser el primo Basilio.

El cochero enjugaba el sudor de su frente y cruzando las piernas, se puso á liar un cigarrillo.

Al ruido del coche el señor Paula salió con la

Primo Basilio—10



gorra torcida; mirando de través y con las manos en los bolsillos. La carbonera de enfrente, sucia y disforme con la obesidad de la preñez, púsose á mirar también con su cara grasienta. La criada del Doctor abrió precipitadamente la ventana. Paula atravesó con rapidez la calle llena de sol y entró en el estanco. De allí á poco apareció en la puerta con la estanquera, que tenía aspecto de viuda inconsolable. Cuchicheaban y clavaban pérfidas miradas en las ventanas de Luisa y en el cupé. Paula arrastrando sus zapatillas de alfombra, fué á secretear con la carbonera, arrancándola con sus frases una risotada, que la sacudió su amplio seno, y fué á estacionar al fin en su puerta, entre un retrato de don Juan VI y dos antiguas sillas de coro, indagando jubilosamente. En el silencio de la calle se oía el teclear de un piano que tocaba un compás de estudio de la *Plegaria de una Virgen*.

Sebastián al pasar, miró maquinalmente á las ventanas de Luisa.

— ¡Qué día de calor. Sebastián! — le dijo Paula inclinándose.



Luisa y Basilio estaban muy tranquilos y contentos en el salón con las cortinas medio cerradas, en una dulce penumbra. Luisa llevaba un peinador blanco, fresco, resplandeciente, que esparcía un agradable olor de agua de lavanda.

Me presentaré así, se había dicho ella, sin ceremonia.

¡Así la hallaba él tan bonita! ¡Así la quería ver siempre! había dicho Basilio gozoso, como si aquel peinador hubiera sido una promesa de desnudez.

Llegó tranquilo, con el aspecto de un verdadero pariente. No la molestó con palabras atrevidas, la habló del calor, de una zarzuela que había visto la vispera, de antiguos amigos que había encontrado: más apenas si le dijo que había soñado con ella.

¿Y para qué? En su sueño ellos estaban muy distantes, en un país lejano que debía ser Italia: había tantas estatuas en las plazas, tantas fuentes sonoras que caían en pilones de mármol; era un antiguo jardín, en una terraza clásica; flores raras llenaban los vasos florentinos posados en balaustradas de piedra; los pavos reales extendían sus colas y ella paseaba lentamente por las cuadradas losas la cola de su vestido de terciopelo azul. Era una terraza,



decía él, como la de San Donato; la villa del príncipe Demidoff. Basilio se complacía en recordar sus conocimientos ilustres y no se olvidaba de hacer brillar las glorias de sus excursiones.

—Y tú, ¿has soñado?

Luisa se sonrió; ruborizóse... No; había tenido un gran miedo a la tempestad. Un ligero círculo oscuro rodeaba sus ojos.

—¿No has oído la tormenta?

—Entonces estaba yo cenando en el Gremio.

—¿Tienes la costumbre de cenar?

Su primo sonrió tristemente. ¿Cenar? Si es que se podía llamar cena a un *bestfeack* duro y a una botella de Colares.

—Y todo por tí ¡ingrata!

—¿Por mí?

—¿Por quien, si no? ¿Porqué he venido yo a Lisboa? ¿Porqué he dejado a París?

—Por tus asuntos.

—Gracias,—dijo Basilio mirándola severamente.

Lanzó con fuerza el humo de su cigarro y se paseó aceleradamente por el salón.

De pronto vino a sentarse junto a ella y le dijo que era verdaderamente injusta; que si él estaba en Lisboa, era solamente por ella. Y modulando con ternura su voz, le preguntó si realmente sentía por él un poquito de amor, muy poquito, poquito... y señalaba la punta de su uña.

Los dos se echaron a reír.

—¡Tan poco! Tal vez.

El pecho de Luisa se alzaba con emoción.

Basilio se puso a contemplar sus uñas, admirándolas y aconsejándola emplease el barniz de que se servían las *cocottes* que da un pulimento brillante, y besando la punta de sus dedos, mordió ligeramente el dedo pequeño, asegurando que era dulcísimo

arreglándole con presteza un mechón de cabellos que se había desarreglado. Con mirada suplicante, le dijo que tenía una petición que hacerla.

—¿Qué es ello?

—¡Venirte conmigo al campo! ¡Debe estar tan hermoso ahorahora...

Luisa no respondió nada, arreglando los pliegues del peinador.

—Eso es muy fácil,—dijo Basilio.—Vienes a encontrarme en cualquier parte, lejos de aquí, naturalmente. Te esperaré en un coche, subes y partimos.

Luisa vacilaba.

—No me lo niegues.

—Pero ¿a dónde?

—Donde quieras: A Paco de Arcos, á Loires, á Queluz. Di que sí.

Su voz era apremiante y suplicante.

—¿Qué temes? Es un paseo de amigos, de hermanos.

Ella sonrió.

—¡No! ¡Eso no!

Basilio se incomodó y la llamó beata. Quiso marcharse. Ella entonces le quitó el sombrero de las manos, medio vencida.

—Bueno, ya veremos, puede ser;—dijo sonriendo.

—Di que sí,—insistió Basilio.—Sé buena muchacha.

—¡Bien, sí; mañana hablaremos y veremos!

Pero al día siguiente, Basilio, con mucha habilidad, no le habló del paseo ni del campo. No dijo ni una palabra de su amor ni sus deseos. Parecía muy alegre; le llevó el libro de Belot *La mujer de fuego*; sentado al piano, cantó canciones de café cantante, bastante ligeras, imitando la voz ronca y acre de los cantantes: la hizo reír.

Después le habló mucho de París, contó la cróni-



ea amorosa de actualidad, anécdotas pasiones *chics*. Todo pasado entre duquesas y príncipes, dramática y sensiblemente, alegre muchas veces, pero siempre en un lago de delicias. De todas las mujeres de que hablaba, decía:

— Era una mujer muy distinguida y naturalmente tenía un amante.

El adulterio aparecía como un deber aristocrático. La virtud, después de oírle, parecía un defecto propio de un espíritu mezquino ó la ocupación ridícula de un temperamento burgués.

En el momento de salir, dijo como acordándose:

— ¿Sabes que todavía tengo idea de viaje?

— ¿Por qué? — dijo ella palideciendo.

— ¿Qué diablo hago yo aquí? — murmuró Basilio con indiferencia.

Quedó un momento con la mirada fija en el suelo y como tomando una resolución, dijo:

— Adiós, amor mío.

Y salió.

Cuando entró Luisa por la tarde en el comedor, tenía los ojos enrojecidos, como si estuvieran sus párpados quemados por las lágrimas.

Al día siguiente fué ella quién habló del campo. Se quejó del calor, de la aridez de Lisboa. ¡Qué lindo debía ser Cintra!

— Tú eres quién no ha querido, — dijo Basilio. — Podíamos haber dado un paseo encantador.

Pero ella tenía miedo; podían verlos.

— No hay peligro. ¿En un coche cerrado, con las cortinas echadas?

Pero eso era peor que estar en una habitación; eso era ahogarse dentro de un cajón.

No. Podían ir á una quinta, á las *Alegrías*, la quinta de un amigo suyo que estaba en Londres: allí no había más que los arrendatarios; ¡estaba cerca

de Olivaes! Grandes paseos de laureles, adorables sombras; podían llevar helados, *champagne*.

— ¡Vendrás? — dijo bruscamente, tomándola las manos.

Ella se sonrojó.

— Puede ser. El domingo veremos.

Sus ojos se encontraron; Luisa se hallaba muy turbada y fué á abrir las ventanas para dar al salón la claridad, un aspecto menos íntimo; sentóse luego en una silla cerca del piano, temiendo la sombra, el sofá, todos los cómplices y le pidió que cantara alguna cosa, porque ella tenía tanto miedo de hablar como de callar. Basilio cantó la *Medje*, la melodía de Gounod, sensual y conmovedora. Aquellas notas ardientes llegaban á su alma como el ambiente de una noche cargada de electricidad. Cuando Basilio salió, permaneció sentada, inmóvil, doblada, sufriendo todo su cuerpo, como después de una fiebre.



Sebastián pasó estos tres días en Almada, en la quinta de Rosegal, á la que le llamaban sus quehaceres. Volvió á los dos días y se encontraba en su comedor esperando su almuerzo y acariciando á su gato *Roelin*, amigo y confidente del ilustre Vicen-



te, envuelto en piel como un prelado, é ingrato como un tirano.

Avanzaba la mañana y el jardín se llenaba de sol. El agua del estanque corría en haces temblorosos, en los que se reflejaban las hojas del emparrado. Dentro de sus jaulas cantaban dos canarios á toda voz.

La tía Juana, que acababa de poner sobre la mesa el humeante almuerzo, se acercó y dijo con voz cascada:

—Ayer vino Gertrudis, que charló de un modo... ¡Y qué tonterías!

—¿Y sobre qué, tía Juana?

—Sobre un joven; que según dice, va á ver á Luisa todos los días.

Sebastián se levantó como por resorte.

—¿Qué ha dicho, tía Juana?

La vieja se sentó y se colocó la servilleta sobre el pecho.

—Murmuraba, preocupándose por saber quién sería el dichoso joven, diciendo que es buen mozo. Va y viene todos los días en coche. El sábado se quedó hasta la noche. Se cantó en el salón y ella dijo que ni en el teatro...

—Es el primo,—interrumpió Sebastián impaciente.—¿Quién ha de ser? Es el primo que ha vuelto del Brasil.

La tía Juana sonrió maliciosamente.

—Ya me figuré que sería pariente. Ella dice que es buen mozo... Digo, que ya me figuré que era pariente,—repitió yéndose á la cocina.

Sebastián almorzó preocupado. Si la vecindad lo comentaba ¡qué escándalo! Irresoluto é incómodo se decidió á hablar con Julián.

Bajó la calle de San Roque hacia casa de éste y le distinguió que subía lentamente por la acera de la

sombra, con un rollo de papeles bajo el brazo y vestido con un pantalón blanco, todo cascarreado.

—Iba á tu casa—dijo Sebastián.

Julián se sorprendió de la excitación desusada de su voz.

—¿Había novedad? ¿Qué ocurría?

—Algo endiablado—dijo Sebastián en voz baja.

Se pararon delante de una confitería.

—Entremos en un café,—dijo Julián;—en la calle llueve plomo.

Estoy muy molesto,—murmuró Sebastián.

En el café, el color azul marchito del papel y las puertas medio abiertas, templaban la fuerza del sol y daban un fresco silencioso.

Fueron á sentarse al fondo de la sala.

En la calle, las blancas fachadas de las casas pintadas de blanco, cegaban la vista. Había periódicos sucios sobre las mesas. Detrás del mostrador, lleno de botellas, dormía un mozo, dando cabezadas. Un pájaro cantaba en otra habitación. Se oía el ruido intermitente de las bolas de billar á través de una mampara verde: de vez en cuando, surgía en la calle la voz de un vendedor, y estos ruidos se perdían en el rodar de un carruaje que bajaba apretando los frenos.

Frente á ellos, un individuo sucio y de figura de pícaro, leía un periódico; algunos pelos ralos de su cabello canoso, se pegaban sobre su calva amarilla; su bigote, que blanqueaba, tenía señales del cigarro [las noches de orgía habían dado á sus párpados un color rojizo y un tono de cera á su cutis chupado. De cuando en cuando volvía con pereza la cabeza y escupía por el colmillo, imprimiendo al periódico una sacudida maquinal, volviendo á leer con aire aburrido.]

Quando los dos amigos entraron y pidieron sorbe-



tes, el hombre les saludó gravemente, inclinando la cabeza.

- Pero en fin, ¿qué hay? - dijo Julián.

La cosa se refiere á nuestros amigos, - respondió Sebastián acercándose. - La causa es el primo, ¿sabes?...

El recuerdo vivo de la humillación que había sufrido en el salón de Luisa, le puso rojo el rostro á Julián. Pero era fuertemente orgulloso y respondió secamente:

- Sí, le he visto.

- ¿Y qué?

- Que me ha parecido un estúpido, - dijo sin poderse contener.

- Un extravagante ¿verdad?

- Un estúpido, - repitió Julián. - Unas maneras... una afectación... unos refinamientos... la vista siempre en los pies y en las medias, bien ridículas por cierto, como de mujer... Yo le enseñé sin escrúpulo mis botas... estas mismas... sin betún, tengo esto á honra: son botas de hombre que trabaja.

Se vanagloriaba de una pobreza que en la intimidad le humillaba no poco.

Tomó un sorbete y resumiendo, dijo:

- Es un imbécil.

- ¿Sabes que fué novio de Luisa?

- Sí, - respondió á la mirada atónita de Julián. - Nadie lo sabe. Ni aun Jorge. Pero yo lo supe hace poco; estuvieron á punto de casarse, pero murió su padre, se fué al Brasil y ya allí, escribió rompiendo el compromiso.

Julián sonrió, con la cabeza apoyada en la pared.

- Pero esa es la historia de *Eugenio Grandet*, - dijo; - me estás contando una novela de Balzac.

Sebastián le miró asombrado.]

- No se puede hablar en serio contigo. Te digo por mi honor que es cierto.

- Bueno, Sebastián; continúa.

Hubo una pausa. El individuo calvo contemplaba el techo estucado, un poco fumoso por el tabaco y las moscas, y con su mano sucia acariciaba los pelos grises de su barba. Anudaba su corbata de luto con un alfiler de bisutería.

Se disputaba en la sala de billar.

Sebastián dijo bruscamente, como presa de súbita resolución:

- ¡Pues has de saber que ahora va todos los días!

Julián se tendió sobre el diván y le miró.

Los cristales de sus lentes brillaban.

- Quieres confiarme algo ¿eh, Sebastián? El primo quiere seducirla, ¿eh? - añadió con viveza, casi alegre.

Esto escandalizó á Sebastián.

- ¡Hombre, Julián! - dijo severamente. - ¡Con esas cosas no se juega!

- Pero es evidente que quiere seducirla. ¡Qué infeliz eres! ¡Ya era su novio cuando niña, y ahora la quiere casada!

- Habla más bajo - dijo Sebastián.

Pero el mozo dormía y el individuo calvo estaba empapado en su melancólica lectura.

- Lo de siempre, - dijo con voz baja Julián. - El primo Basilio tiene razón; busca el placer sin responsabilidad; tú no sabes, amigo Sebastián, qué influencia tiene esto sobre el sentimiento. Tiene un marido que la viste, la calza y la mantiene; que la vela si está enferma y la soporta si está nerviosa; que tiene todas las cargas, todos los contratiempos, todos los hijos, todo lo que es consiguiente; ya sabes lo que es la ley. Por consiguiente el primo no tiene que hacer otra cosa más que llamar á la puerta y



la encuentra propicia, fresca, apetitosa, con todo pagado por el marido y...

Se puso á reír, lió un cigarrillo y se regocijó con esta risa de escándalo.

—Es lo mejor—añadió—todas las primas hacen lo mismo. Basilio es su primo, luego... Ya conoces el silogismo, Sebastián,—le dijo dándole en el muslo.

—¡Mil diablos!—exclamó Sebastián, pensativo.—De modo que tú crees que una muchacha llamada...

—No creo nada.

—Hablo bajo, querido Julián.

—Pues no creo nada; establezco su actual situación... pero como es una muchacha honrada...

—¡Sí, que lo es!—dijo Sebastián, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Va, señor!—dijo el mozo.

El viejo calvo se levantó, pero viendo que el mozo volvía bostezando al mostrador y que los dos amigos continuaban tomando el helado, puso los codos sobre la mesa, y tomando otra vez el periódico, dejó caer sobre él una mirada desolada.

—No se trata de ella,—dijo Sebastián tristemente.

—Se trata de la vecindad.

Callaron un momento; crecía la disputa en el billar.

—¿Pero qué tiene que ver la vecindad?...—dijo Julián.

—Tiene que ver... Las vecinas ven entrar á ese muchacho. Va en coche, y mete ruido en la calle. Se habla ya de ello y han ido con cuentos á la tía Juana. Hace días encontré á Netto que se ha apercibido de ello y Correa también. No pasa nada en aquella casa sin que el mueblista del piso bajo lo comente: son lenguas temibles. Ayer salía yo á dar un paseo, cuando bajaba del coche el primo y en seguida surgieron los conciliábulos en la calle y las miradas

por las ventanas. Va todos los días. Saben que Jorge está en el Alentejo. Se está allí dos ó tres horas. ¡Esto es grave, muy grave!

—Pero ella, ¿está loca?

—No, es que no ve nada malo en ello.

Julián se encogió de hombros.

La puerta del billar se abrió; un hombre de alta estatura y bigotazo negro, salió bruscamente, muy alterado y se detuvo en la puerta gritando á alguien de dentro:

—¡No olvide usted que estoy á su disposición cuando gustel

Una voz ronca, respondió desde el billar con una obscenidad.

El individuo gigantesco, cerró furioso la mampara y atravesó el café gruñendo; un mozo flaco, vestido de paletó de invierno y pantalón blanco, le siguió tambaleándose.

—Lo que debí hacer,—gritó el gigante,—es romperle la cara.

El mozo flaco respondió con blandura y servilismo:

—Las disputas no conducen á nada, señor Correa...

—Es que soy demasiado prudente—aulló el gigante,—y no olvido que tengo mujer é hijos...

Y se marchó, perdiéndose su voz franca entre el ruido de la calle.

—¿Te parece que seria bueno advertirla?—dijo Sebastián después de reflexionar.

Julián levantó los hombros y arrojó una bocanada de humo.

—Dime algo,—imploró Sebastián.—¿Irias tú á darselo?

—¡Yo!—dijo Julián de mal talante.—¿Estás loco?

—Pero, en fin... ¿qué te parece?



La voz de Sebastián era de aflicción.

—Ve tú, si quieres. Dila que te has apercebido...

En fin... no sé...

Y se puso á mascar el cigarro.

Su mutismo afectó á Sebastián.

—He venido á que me des un consejo—dijo desesperado.

—¿Pero, qué diablo quieres? Eso es cuenta de ella; sí, de ella,—acentuó, viendo la mirada de Sebastián.

—Es mujer de veinticinco años y casada hace cuatro; debe saber que no se recibe á un guapo mozo todos los días en una calle estrecha y con una vecindad en acecho. Si así lo hace, es porque le convenirá.

—¡Oh, Julián!—dijo severo Sebastián.—¡Estás engañado, pero muy engañado!—añadió con emoción.

Y se calló afligido.

—Amigo Sebastián,—dijo Julián levantándose.—

Yo digo lo que pienso; tú haces lo que te parezca.

Y llamó al mozo.

—Deja,—dijo Sebastián,—yo pagaré.

Iban á salir, cuando el individuo calvo, dejando el periódico, se precipitó á la puerta, la abrió inclinándose y presentó á Sebastián un papel azul doblado.

Sorprendido Sebastián, leyó alto y maquinalmente:

“El abajo firmado, antiguo empleado del Estado reducido á la miseria...”

—He sido el amigo íntimo del noble duque de Saldanha,—gimoteó el individuo calvo.

Sebastián se puso colorado. Le saludó y le dió discretamente unas pesetas.

El individuo se inclinó profundamente, y dijo con respetuosa voz:

—¡Mil gracias á V. E. señor conde!

V

Al otro día, hizo un calor sofocante, y poco después de mediodía, Juana, tumbada en una vieja butaca de junco de la isla de Madera, dormía la siesta. Como se levantaba temprano, á las cinco, y antes algunos veces, haciendo temblar el piso con sus pasos pesados, aquella hora de descanso la gustaba mucho.

Las ventanas estaban cerradas por el sol; el puchero murmuraba al fuego su *ron ron* adormecedor, toda la silenciosa casa parecía embrutecida por aquel calor tórrido, cuando Juliana entró como una tromba y dejando en el suelo un paquete de ropa sucia, exclamó:

—¡Que me parta un rayo si con este escándalo no se viene la casa abajo!

Juana se despertó sobresaltada:

—¡Quien quiera las cosas con orden que las vigile!—aulló con los ojos inyectados en sangre.—¡No hay necesidad de estarse todo el día en el salón charlando con las visitas!

La cocinera cerró la puerta espantada.

—¿Qué hay, señora Juliana? ¿qué sucede?



La voz de Sebastián era de aflicción.

—Ve tú, si quieres. Dila que te has apercebido...

En fin... no sé...

Y se puso á mascar el cigarro.

Su mutismo afectó á Sebastián.

—He venido á que me des un consejo—dijo desesperado.

—¿Pero, qué diablo quieres? Eso es cuenta de ella; sí, de ella,—acentuó, viendo la mirada de Sebastián.

—Es mujer de veinticinco años y casada hace cuatro; debe saber que no se recibe á un guapo mozo todos los días en una calle estrecha y con una vecindad en acecho. Si así lo hace, es porque le convenirá.

—¡Oh, Julián!—dijo severo Sebastián.—¡Estás engañado, pero muy engañado!—añadió con emoción.

Y se calló afligido.

—Amigo Sebastián,—dijo Julián levantándose.—

Yo digo lo que pienso; tú haces lo que te parezca.

Y llamó al mozo.

—Deja,—dijo Sebastián,—yo pagaré.

Iban á salir, cuando el individuo calvo, dejando el periódico, se precipitó á la puerta, la abrió inclinándose y presentó á Sebastián un papel azul doblado.

Sorprendido Sebastián, leyó alto y maquinalmente:

“El abajo firmado, antiguo empleado del Estado reducido á la miseria...”

—He sido el amigo íntimo del noble duque de Saldanha,—gimoteó el individuo calvo.

Sebastián se puso colorado. Le saludó y le dió discretamente unas pesetas.

El individuo se inclinó profundamente, y dijo con respetuosa voz:

—¡Mil gracias á V. E. señor conde!

V

Al otro día, hizo un calor sofocante, y poco después de mediodía, Juana, tumbada en una vieja butaca de junco de la isla de Madera, dormía la siesta. Como se levantaba temprano, á las cinco, y antes algunos veces, haciendo temblar el piso con sus pasos pesados, aquella hora de descanso la gustaba mucho.

Las ventanas estaban cerradas por el sol; el puchero murmuraba al fuego su *ron ron* adormecedor, toda la silenciosa casa parecía embrutecida por aquel calor tórrido, cuando Juliana entró como una tromba y dejando en el suelo un paquete de ropa sucia, exclamó:

—¡Que me parta un rayo si con este escándalo no se viene la casa abajo!

Juana se despertó sobresaltada:

—¡Quien quiera las cosas con orden que las vigile!—aulló con los ojos inyectados en sangre.—¡No hay necesidad de estarse todo el día en el salón charlando con las visitas!

La cocinera cerró la puerta espantada.

—¿Qué hay, señora Juliana? ¿qué sucede?



—Que la ha picado una mosca! ¡Estoy que estallo!  
¡Una sangría... una sangría!

Su voz tenía vibraciones estridentes.

—De todo toma pretexto para gritar. Yo no estoy para aguantarla. ¡No!

Y dió, furiosa, con el pie en el suelo.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Que dice que sus galas no están bien planchadas, y se ha puesto á disparatar. ¡Ya estoy, harta! ¡Ya es bastante! ¡Estoy hasta aquí!—añadió señalando á la cabeza.—Que no me saque de mis casillas! ¡Me iré, pero la diré lo que es en sus narices! Desde que vienen hombres aquí, esto es una vergüenza! Cuando se hacen á las intrigas...

—Señora Juliana ¡por amor de Dios! ¡Si la señora la oyese á usted!

—¡Tanto mejor! Se lo diría en su cara. ¡Basta, basta y basta!...

Pero la vino de pronto un eructo violento que la puso pálida como la muerte y la hizo caer sobre una silla con las manos sobre el corazón y los ojos entornados.

Juana la sacudió y se puso á llamarla en voz baja:

—¡Señora Juliana!... Juliana... ¡Hábleme usted!

La roció con agua.

—¡La Virgen nos ayude! ¿Está usted mejor? Háble usted!

Juliana dió un gran suspiro de satisfacción y cerró los párpados. Respiraba lenta y penosamente en estado de gran postración.

—¿Cómo se siente usted? ¿Quiere usted un caldo? Es debilidad, debe ser eso.

—Es un dolor de costado,—murmuró Juliana.

—¡Claro! Estos berrinches la matan,—decía la cocinera, arreglándola el caldo y tan pálida como ella.

—Es preciso aguantar á los amos: debe usted tomar buen alimento, no incomodarse...

En aquel momento abrió Luisa la puerta. Iba vestida de peinador blanco y preguntaba de qué proveñía aquel ruido.

—Es Juliana, que se encontraba mal...

—Un dolor de costado,—baluceó Juliana, mordiéndose los labios pálidos con sus dientes amarillos.—Si la señora no me necesita, iré á casa del médico.

—Vaya usted,—dijo Luisa, volviendo abajo.

Juliana tomó su caldo con lentitud de moribundo. Juana la consolaba en voz baja... La señora Juliana se enfadaba en seguida.

—Cuando se tiene poca salud, no hay cosa peor que irritarse...

—Es que usted no sabe á dónde vamos á parar,—dijo Juliana en voz baja y abriendo los ojos.—Esto no puede durar. Se viste como si fuera á marcharse. Ha arrugado una porción de cuellos y los ha tirado al suelo, diciendo que todo lo que yo plancho es una porquería y que no sirvo para nada... ¡Digo que es demasiado!

—Hay que tener paciencia... ¡Cada cual tiene su cruz!...

Juliana tuvo una sonrisa lívida, se levantó con un ¡ay! lastimoso, cogió la ropa sucia y subió al piso superior.

Al poco rato, salió enguantada de negro, con la cara amarilla y los ojos ojerosos.

Pero al doblar la esquina de la calle, delante de la tabaquería, se detuvo indecisa. ¡Era una caminata tan larga hasta casa del médico! ¡Tenía las piernas flojas... y gastarse tres reales en un cochel!

—¡Pst...! pst!—dijo alguien desde la otra acera.



Era la tabaquera, con su largo vestido de luto, su cara aceitosa del color del limón y su triste sonrisa.

—¿Dónde bueno la señora Juliana? ¿A paseo?

Le doy la enhorabuena por su sombrilla negra de mango de hueso; la hallaba de buen gusto... ¿Y la salud?

Mal. Había tenido un ataque, é iba á ver al médico. Pero la tabaquera no tenía pizca de confianza en los médicos; era tirar el dinero á la calle. Citó la enfermedad de su esposo, los gastos... una mina de oro. ¿Y para qué? Para verle sufrir y morir como si tal cosa. ¡Era dinero del que se acordaba todavía!...

Y suspiró. En fin todo sea por Dios... ¿Y qué había de nuevo en la casa?

—Nada.

—Dígame usted, señora Juliana... ¿Quién es ese joven que vá allá todos los días?

—El primo de la señora,—respondió Juliana.

—¿Se quieren mucho!

—Así parece...—y añadió después de toser:—con que buenas tardes, señora Elena.

Y tiesa como un palo se fué gruñendo:

—¡Anda, espantajo y chúpate el dedo!

Juliana detestaba al vecindario; sabía que se burlaban de ella, que la remedaban y la llamaban *pellejo viejo*; así es que no sería por ella por quien sabrían algo las vecinas. Podrían reventar de curiosidad, porque lo que veía y sentía lo guardaba para sí, para una ocasión, como pensaba con ira.

La tabaquera quedó en su puerta muy desorientada. Paula el de los muebles que las vio hablar, se acercó arrastrando sus zapatillas de alfombra.

—¿Se ha franqueado *el pellejo*?

—¡No he podido sacarle una palabra!

Paula se metió las manos en los bolsillos y dijo engolando la voz.

—La del ingeniero le unta la mano. Ella es quien trae y lleva, quien abre de noche la puertecilla...

—No puedo creer eso...

—Señora Elena,—dijo Paula con aire superior,—usted está siempre en su tienda; más yo... yo conozco á las mujeres de la alta sociedad pero por la punta de los dedos. ¡Son un hato de canallas!

Citó nombres, algunos muy ilustres; tenían numerosos amantes algunas hasta treinta. Otras fumaban y se paseaban muy frescas en coche en las narices de la gente honrada.

—Eso es falta de religión,—suspiró la tabaquera.

—¡La religión!—dijo Paula encogiéndose de hombros,—es lo que es y los curas son lo que son.

Y añadió con los puños cerrados.

—¡Los curas son una *podredumbre* viviente!

—Señor Paula debía escoceros hablar así.

Y la amarilla cara de la tabaquera tomó severa expresión de reproche.

—Todo eso son músicas, señora Elena,—exclamó el grande hombre con despecho,—y añadió bruscamente:—¿Por qué no hay más conventos? ¡porque allí dentro anda todo manga por hombro.

—¡Señor Paula!—dijo ella retrocediendo.

—¡Un horror! Por la noche van las monjas por un subterráneo á buscar á los frailes. Y vengan orgías, ¡bailan el fandango en camisa! eso se lee en todos los libros.

Y alzándose sobre la punta de los pies:

—Pues... ¿y los jesuitas?

Pero se detuvo de pronto y quitándose la gorra:

—Servidor de usted, señora,—dijo con respeto.

Era Luisa que pasaba vestida de negro y con velo.



Se quedaron mirándola en silencio.

—¡En verdad que es bonita!—murmuró la taba-  
quera.

—No es mal pedazo,—dijo Paula moviendo la ca-  
beza,—para el que le guste el género,—añadió con  
desdén.

Hubo una pausa y Paula dijo de pronto con ru-  
deza:

—A mí no me roban el tiempo las enaguas.

Tosió y añadió secamente:

—Deme usted medio real de tabaco de Xabregas.

Entró en la tabaquería silbando a liar su cigarro,  
pero se calló de pronto y se fijaron sus ojos con in-  
dignación en una de las ventanas de casa del inge-  
niero, en la que había visto la cara ruin de Pedro el  
carpintero.

Se volvió hacia la tabaquera con los brazos cruza-  
dos y moviendo la cabeza:

—¿Conque mientras el ama va en busca de su avío  
el mocito se arregla con la criada?... Esa casa se ha  
convertido en un *prostíbulo*,—añadió con voz me-  
lancólica arrojando una bocanada de humo.

—¡Un... qué, señor Paula?

—¡Un *prostíbulo* señora Etenal! Como si dijéramos  
templo del amor.

Y dicho esto se marchó poco á poco.

\*  
\*\*

Luisa fué por fin con Basilio al campo.

Consintió en ello la víspera diciendo que "sería  
sólo para dar un paseo en carruaje y sin apearse."

Basilio insistió hablando de "frescas sombras, de  
meriendas, del césped..." pero ella rehusó toda asus-  
tada, diciendo riéndose:

—Nada de céspedes.

Habian convenido en encontrarse en la plaza de  
Alegria. Ella llegó tarde, después de las tres y me-  
dia con la sombrilla abierta y algo asustada.

Basilio esperaba fumando dentro de un cupé, bajo  
un árbol á la derecha de la plaza; abrió la portezue-  
la y entró Luisa, cerrando la sombrilla su vestido se  
enganchó en el estribo, tiró con fuerza y rompió el  
volante de seda. Luego se metió al lado de él muy  
nerviosa, jadeante, ruborizada y murmuró:

—¡Qué locura!

No podía hablar. El cupé partió al trote. El coche-  
ro era Pinteos el camorrista.

—¡Qué fatigada estás, pequeña mía!—dijo Ba-  
silio.

La levantó el velo. Sudaba copiosamente, brilla-



ban sus ojazos por la excitación y la prisa con que había venido, por el miedo...

—¡Qué calor hace, Basilio!

El quiso bajar uno de los cristales.

—No, ahora no. Pueden vernos... Cuando estemos en las afueras...

—¿A dónde vamos?

Luisa miraba, levantando la cortinilla.

—Vamos hacia Lumiáres; es el mejor sitio. ¿Quieres?

El se encogió de hombros. ¿Qué más le daba?

Luisa se tranquilizó. Se quitó el velo y los guantes y sonrió, abanicándose con el pañuelo del que se desprendía fresco perfume.

Basilio dejó sobre la fina piel de sus manos de venas azules besos ansiosos.

—¡Me has prometido tener juicio!—dijo Luisa sonriendo.

—¡Un beso, un solo beso en el brazo! ¿Qué mal hay en ello? No te hagas la melindrosa.

Y la miró ávidamente.

Las cortinillas del cupé eran de seda roja y la luz que filtraba la envolvía en una aureola igual, mate y de color de rosa; sus labios eran de un rojo húmedo como el pétalo de una rosa y en el fondo de los ojos un punto luminoso moviáse como un dulce fluido.

No pudo contenerse él y pasó los temblorosos dedos sobre las sienes y cabellos de ella con cierta ternura cobarde.

—¿Ni siquiera un beso en la mejilla?—dijo con humilde tono.

—¿Uno nada más?—preguntó Luisa.

La besó suavemente junto á la oreja; pero aquel contacto excitó brutalmente sus deseos. La cogió con ardor y la besó como un loco en el cuello en el rostro, en el sombrero...

—¡No! ¡No!—murmuró ella resistiéndose.—¡Quiero bajar.

Golpeó los cristales y forcejeó por abrir uno, lastimándose los dedos sobre la sucia y dura correa.

Basilio la pidió perdón. ¡Qué bobada! ¡enfadarse por un beso! ¡Era tan bonita!... Aquello le ponía loco; pero juró ser juicioso...

El carruaje rodaba á sacudidas cerca de las afueras; á cada lado se veían inmóviles bajo el sol, los olivares de un verde polvoriento; el astro rey derramaba con fuerza sus rayos sobre la hierba quemada.

Basilio había abierto un cristal y la cortinilla flotaba blandamente. Se puso á hablar de él, de su amor, de sus proyectos. Había resuelto establecerse en Lisboa, decía. No quería casarse: la amaba y sólo deseaba vivir siempre á sus pies. Decía que estaba cansado, desilusionado. ¿Qué podía ofrecerle la vida? Había experimentado la sensación de los amores efímeros y las aventuras de largos viajes; se sentía viejo.

—No tanto,—dijo Luisa con los ojos húmedos.

¡Ah! ¡Sí, lo estaba! Ya sólo quería vivir para ella, descansar en las dulzuras de su intimidad... Ella era su sola familia.

Se llamaba *su pariente*. La familia era lo mejor que había.

—¿Me permites que fume?—dijo encendiendo un cigarro.

Lo mejor de la vida es una afección profunda como la nuestra, ¿no es cierto? Me contento con poco; verte todos los días, hablar mucho, saber que me quieres... ¡Eh, Pinteos!—gritó,—entra por el paseo del Campo!

El cochero obedeció. Basilio levantó las cortinillas



y un aire más vivo penetró en el coche. El sol reverberaba en los árboles y su luz brillante hendía el follaje, que formaba sobre el suelo sombras aun ardientes. Alrededor todo tenía aspecto agostado. Sobre la tierra agrietada, la hierba tostada tenía la apariencia de la ceniza. A los lados del camino había montones de polvo amarillento. Los aldeanos pasaban caídos sobre la grupa de sus caballerías, las piernas colgando, resguardados por grandes quitasoles encarnados, y la luz que bajaba de aquel cielo obscuro, hacía brillar con reflejos que cegaban las tapias encaladas, el agua de las cubas olvidadas delante de las puertas y las blancas piedras.

—Vendo todo lo que tengo en el extranjero, me establezco en Lisboa, en una casita hacia el barrio de Buenos Aires... ¿te gusta, di?—murmuró Basilio.

Ella calló; aquellas palabras y promesas á las que la voz vibrante de Basilio daba un vigor apasionado, la turbaban como la embriaguez del licor; su pecho palpitaba.

—Cuando estoy cerca de ti,—dijo Basilio,—me siento tan feliz... me parece tan bueno todo...

—¡Si pudiera ser verdad!...—repuso Luisa, recostándose en el fondo del cupé.

Basilio la cogió por la cintura y la juró que lo sería: iba á convertir su fortuna en renta. Comenzó á probarlo; ya tenia hablado á un procurador. Le citó el nombre; un tío seco, con la nariz puntiaguda...

Y estrechándola contra él, llena de deseos, la miraba:

—¿Y si es verdad qué harías?

—Yo misma no lo sé—murmuró Luisa.

Llegaron á Lumiares y bajaron por prudencia las cortinillas. Ella alzó un poco una de ellas y mirando afuera, vió pasar á cada lado los árboles cubiertos de polvo, la tapia de una quinta pintada de rosa

sucio, casas pobres, un ómnibus vacío, mujeres sentadas ante las puertas á la sombra, quitando los piojos á sus chicos y un mozo vestido de blanco y sombrero de paja que se paró á mirar fijamente las cortinillas bajadas del cupé. Luisa soñaba vivir por allí; en una quinta lejos del camino; tendría una casita bien fresca, con plantas trepadoras en las ventanas, parras sostenidas por pilastras de piedra, plantas de rosal, alamedas de árboles formando bóvedas, un pequeño manantial bajo un tilo, al que irían las criadas por la mañana á lavar la ropa cantando. Y por la noche él y ella, un poco cansados de las dichas de la siesta, irían á través de los campos escuchando silenciosos, bajo el estrellado cielo, el monótono chirriar de las ranas.

Cerró los ojos. El lento movimiento del coche, la presencia de Basilio, el contacto de su mano y de su rodilla, encendían su sangre. Sentía crecer un deseo en el pecho, como el viento que hincha la vela, y palideció.

—¿En qué piensas?—la preguntó él bajo.

Luisa enrojeció y no dijo nada.

La daba vergüenza hablar y decirle...

Basilio la cogió dulcemente la mano con respeto y ternura, cual si fuese cosa preciosa y santa, y la besó suavemente con la humildad de un esclavo y la unción de un devoto. Esta dulzura tan humilde, tan conmovedora, la emocionaron, distendiéronse sus nervios y se dejó caer en el rincón del cupé, llorando...

—¿Qué era aquello? ¿qué tenía?

Ella cogió en sus brazos, la abrazó hablándola como loco.

—¿Quieres que huyamos los dos?

Las lágrimas rodando brillantes sobre aquel her-



moso rostro, la hacían más interesante, y daban á los deseos de él un tinte casi de dolor.

—¡Ven conmigo! ¡Ven! ¡Vamos al fin del mundo!

—¡No digas locuras! —murmuró ella sollozando.

Calló cubriéndose los ojos con las manos en actitud melancólica.

—El hecho es—pensó él—que digo muchas necesidades.

Luisa secóse las lágrimas y se sonó.

—Esto es nervioso. Volvamos, ¿quieres? No me siento bien. Di al cochero que dé la vuelta.

Basilio obedeció. Regresaron un poco silenciosos.

Luisa se quejaba de un principio de jaqueca. El la tomó las manos y la dijo las mismas ternezas; la llamó su *paloma*, su *ideal*. Y se decía por lo bajo "Eres mía."

Pararon en la plaza de Alegría. Luisa miró afuera y saltó del coche vivamente.

—Hasta mañana. No faltes—dijo.

Abrió la sombrilla, se cubrió con ella y subió rápidamente del lado de la Patriarcal.

Basilio abrió los cristales, respiró con satisfacción y estirando las piernas dijo al cochero:

—Hola Pinteos. ¡Pronto al Gremio!

En el salón de lectura, su amigo el vizconde Reynaldo, que hacía años vivía en Londres y París leía lánguidamente el *Times* hundido en un sillón. Habían venido juntos de París con acuerdo de ir también juntos á Madrid. Pero el calor anonadaba á Reynaldo; encontraba *fundente* la temperatura de Lisboa; llevaba lentes oscuros y andaba saturado de perfumes á causa de la *inmoble hediondez de Portugal* como él decía. Apercibió á Basilio, arrojó el periódico y con los brazos caídos y la voz cansada:

—¿Y el asunto de la prima?—dijo—¿Se arregla ó no? ¡Es horrible querido, horrible! ¡Me muerol ¡Me

hace falta el Norte! La Escocia. ¡Vámonos á Finis con esa prima! Viólala y si se resiste mácala.

Basilio se tumbó en una butaca y dijo estirándose:

—¡Todo va bien!

—¡Date prisa, querido, date prisa!

Tomó el *Times*, bostezó y pidió soda:

—¡Soda inglesa!

Le dijeron que no había.

Reynaldo miró consternado á Basilio y sordamente dijo:

—¡Qué abyección de país!

Quando Luisa volvió á su casa, Juliana vestida aun, la dijo desde la puerta:

—El señor don Sebastián está en el salón. Hace mucho que espera, porque ya estaba cuando yo volví.

Estaba, en efecto, hacia media hora. Cuando Juana, toda encendida, con aire de quien se ha despertado sobresaltado, fué á abrirle, y le dijo que la señora no estaba, Sebastián iba á marcharse con el placer de la dificultad vencida. Pero resistió, entró, y esperó... Se había decidido á hablarla, á prevenir-



la que aquellas frecuentes visitas del primo, en una calle llena de gente aviesa, podrían comprometerla. ¡Pero era endiablado de decir aquello! Pero, en fin, era su deber; por ella, por su marido, por la paz de la casa... Estaba obligado á avisarla... debía hacerlo. Perdió la timidez. Delante del imperioso deber, llamaba á las energías de la decisión. Un poco le latía el corazón, es verdad... estaba pálido... pero hablaría.

Se paseaba por el salón con las manos en los bolsillos, arreglando frases que tuvieran una inflexión delicada y amistosa.

Pero cuando sonó la campanilla y sintió en el corredor el *fru-fru* del vestido, su valor se vino abajo como un globo que se vacía. Corrió al piano, y se puso á tocar con fuerza. Cuando entró Luisa, encendida, sin sombrero y quitándose los guantes, se levantó y dijo sonriendo:

—He venido por aquí á charlar un rato... Esperaba... ¿De dónde viene usted?

Luisa se sentó cansada. Venía de casa de la modista, según dijo. ¡Qué calor! ¿Por qué no había venido más amenudo? Y mil gracias por las flores. "No tengo visitas de cumplido..." Únicamente mi primo que ha vuelto del extranjero.

Sebastián se quedó sentado sobre el taburete del piano, y frotaba suavemente sus rodillas.

—Y... ¿está bueno el primo?

—Muy bueno... Viene muy á menudo. ¡Se aburre mucho en Lisboa el pobre chico! Para él, que está acostumbrado á vivir en el extranjero...

—Verdad, —dijo Sebastián.

—Y Jorge, ¿ha escrito? —preguntó Luisa.

—Recibí ayer carta.

Ella también tuvo carta. Hablaron de Jorge, de sus aburridos ratos, de lo que contaba del fantástico

pariente de Sebastián, del tiempo que tardaría en volver...

—Mas hace falta ese tunante—dijo Sebastián.

Luisa tosió; estaba un poco pálida, y pasaba de cuando en cuando la mano por la frente, cerrando los ojos.

—Pues he venido, querida amiga...—empezó Sebastián, tomando bruscamente su partido.

Pero al verla en el borde del sofá con la cabeza baja, la mano en los ojos, añadió:

—¿Qué tiene usted? ¿La duele algo?

—Una jaqueca que ha venido de pronto. Ya la sentí en la calle y con violencia.

—¡Y yo que estoy molestándola!—dijo Sebastián, tomando su sombrero—¿Quiere usted algo? ¿Quiere usted que avise al médico?

—No; voy á acostarme un poco, y pasará.

Sebastián la encargó sobre todo, que no se enfriara. Quizá haría bien en ponerse unos sinapismos, ó rajitas de limón en las sienes. Y en todo caso, si no se aliviaba, que le mandase á buscar.

—No será nada... Que vuelva usted Sebastián, y no me olvide.

Sebastián salió respirando fuerte y se dijo:

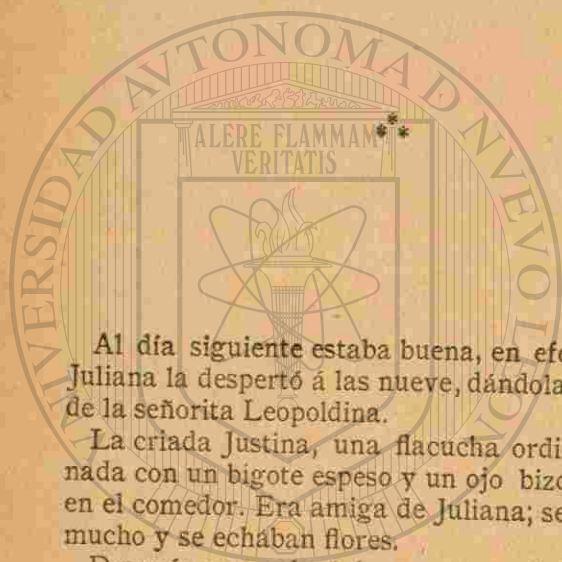
—¡Yo no me atrevo, Dios mío!

Pero en la puerta vió, alzando la vista, el fondo negro de la carbonería, y la enorme cara de la carbonera, vestida con peinador blanco y la vista enfocada á ver quién salía, encima, tres Acevedos, á través de las viejas cortinas de muselina, juntaban sus rizadas cabezas en infernal conciliábulo; detrás de las vidrieras cosía la criada del doctor, mirando á cada paso de reojo; y de la tienda de antigüedades, salía el ruido bronco del catarro del patriota.

—No pasa una rata pensó Sebastián—sin que



toda esta gente tome nota. ¡Y qué lenguas! ¡Vaya, es preciso que me decida, y debía ser ahora mismol! Si mañana me templo... ¡paf! se lo digo todo si está mejor.



Al día siguiente estaba buena, en efecto, cuando Juliana la despertó á las nueve, dándole una cartita de la señorita Leopoldina.

La criada Justina, una flacucha ordinaria, exornada con un bigote espeso y un ojo bizco, esperaba en el comedor. Era amiga de Juliana; se abrazaban mucho y se echaban flores.

Después que colocó la respuesta de Luisa en un cestito que llevaba al brazo, se arregló el mantón, y dijo sonriendo:

—¿Qué hay por aquí de nuevo, señora Juliana?

—Nada, señora Justina. El primo de la señora—añadió más bajo,—que viene todos los días, ¡Buen mozo!

Justina se sonrió, enseñando sus dientes postizos. Su ojo bizco interrogaba.

—No creo...—respondió Juliana á aquella muda pregunta—Por ahora, al menos... ¿Y por su casa, que hay?

—Un chiquillo, un estudiante—contestó Justina con acento de desprecio.—Poca cosa...

—Para abrir boca...—dijo Juliana riendo.

—¡Hay!—suspiró la otra:—¡como Gama, no hay otro!

—¡Qué bien en aquel tiempo! Nunca se iba sin darme sus diez reales, y á veces, hasta cincuenta. Debo decir que él, fué quien me ayudó á comprar mi vestido de seda. Pero ahora... Este es un boquirrubio. No sé ni cómo le aguanta la señorita... No sirve para nada.

—Ahí verá usted señora Justina,—dijo Juliana sentenciosamente.—Ahora empiezo á conocer que las casas mejores, son aquellas en que hay vicios. Ayer encontré á Agustina, la que sirve en casa del Comendador, en Rato... No puede usted imaginarse lo que allí sucede; se hace lo que se quiere; se coge todo, vestidos de seda, sombrillas, sombreros... hay armarios llenos de lencería, y los días de fiesta, tiene su propina. El señor, es hombre generoso; verdad es que ella, es quien lo trabaja: le hace entrar por el jardín, y tiene que esperarle hasta que sale...

—En casa no—exclamó Justina.—Entra por la escalera.

Y se rieron las dos.

—Vaya, adiós,—dijo Justina, arreglándose el mantón.—Se hace tarde. Mi ama viene hoy á comer aquí... Me he pasado toda la mañana, desde las siete planchando unas enaguas.

—Y yo también,—repuso Juliana. Cuando hay amantes, se plancha más ropa blanca.

—Cierto: gastan más ropa blanca, sí,—observó Justina sonriendo.

—¡Ya lo creo!—exclamó despreciativamente Juliana.

Luisa llamaba en aquel momento.



— Adiós, señora Juliana—dijo la otra poniéndose el sombrero.

— Adiós, señora Justina.

La acompañó hasta el descansillo, y se abrazaron, Juliana corrió luego á la habitación de Luisa, á la que encontró de pie ya, y vistiéndose, tarareando alegremente.

La carta de Leopoldina, de renglones torcidos y enormes faltas de ortografía, decía así:

“Mi marido se va hoy al campo. Iré á que me des de comer, pero no antes de las seis. ¿Te conviene?”

La puso contenta la carta; hacía muchas semanas que no veía á su amiga. ¡Cuánto charlarían y se reirían! y Basilio que iría á las dos... ¡Día completo!

Fué á la cocina á dar órdenes para la comida, y cuando bajó, llamó el criado de Sebastián, que con un ramo de rosas, iba á saber cómo seguía la señora.

— Mejor, mucho mejor, — le dijo Luisa.

Y para tranquilizarle y que no fuera, añadió que estaba buena y que era fácil que saliera.

Las rosas, pensaba, vienen á propósito: fué á colocarlas por sí misma en los búcaros canturreando, con la mirada alegre, contenta de sí propia, de su vida, que era ya interesante y llena de incidentes...

A las dos, y ya vestida, fué al salón, y se puso á estudiar en el piano la *Medje* de Gounod, que Basilio la había llevado, y que cantaba con gusto, por sus acentos tiernos y apasionados.

A las dos y media, empezó á impacientarse; los dedos se le enredaban sobre el teclado. Debía estar aquí ya, pensaba.

Abrió las ventanas, y echó un vistazo á la calle; pero la criada del Doctor, que cosía detrás de su

ventana, levantó hacia ella unos ojos tan curiosos, que volvió á cerrar vivamente, y recommenzó nerviosamente la melodía.

Oyó un coche; se levantó con el corazón palpitante, pero el coche pasó.

¡Tres horas! La parecía el calor más fuerte, insupportable; se sentía sofocada y fué á darse polvos de arroz. ¡Si estará enfermo Basilio! ¡Y en una fonda! ¡Solo, en poder de criados descuidados é indiferentes! Pero no; en tal caso la hubiera escrito... Si no venía era porque no quería... ¡egoísta!

Demasiado buena era ella afligiéndose por esto. ¡Pero se sofocaba positivamente! Fué á buscar un abanico, y con sus manos nerviosas, lo sacudió con rabia, porque no se abría bastante pronto. Puesto que él era así no le recibiría. Así acabaría todo.

Y aquel grande amor desaparecía así, de repente, como la humareda que se lleva el viento. Se sentía aliviada y presa de grandes deseos de estar tranquila. Era realmente absurdo, teniendo un marido como Jorge, pensar en otro hombre, en un cabeza lijera, en un atolondrado...

Dieron las cuatro. Tuvo un acceso de desesperación, corrió á la mesa de Jorge, tomó una hoja de papel, y escribió febrilmente:

“Querido Basilio: ¿Por qué no vienes? ¿Estás enfermo? Si supieses las angustias que me haces pasar...”

Llamaron. ¿Era él? Dobló la carta, la guardó en el bolsillo del vestido, y esperó palpitante. Sonaron pasos masculinos en la alfombra del salón. Miró con los ojos radiantes... Era Sebastián; Sebastián un



poco pálido, que la estrechó amigablemente las manos. ¿Estaba mejor? ¿Había dormido bien?

—Sí, gracias,—contestó ella;—estaba mejor. Se sentó sobre el sofá ruborizada. No sabía bien lo que se decía, y repetía con sonrisa vaga:

—Estoy bastante mejor.

Y pensaba para sí:

—¡Pero es que este fastidioso personaje no se va á marchar!...

—¿No habéis salido?—preguntó Sebastián, sentándose en una butaca con el sombrero en la mano.

—No, estaba todavía un poco cansada.

Sebastián se pasó lentamente la mano por la frente, y con voz que su embarazo hacía más sorda:

—Pues tengo entendido que no le falta á usted compañía...

—Sí,—dijo Luisa, con la mirada baja y arreglando los pliegues de su vestido con la punta de los dedos.—Ha llegado mi primo. ¡Hacia tanto tiempo que no nos veíamos! Nos hemos educado juntos, y viene casi todos los días.

Sebastián aproximó un tanto la butaca, y dijo en voz baja:

—Pues venía precisamente sobre este asunto...

—¿Qué asunto?—preguntó Luisa asombrada.

—Pues que se han apercebido ya... La vecindad es la peor de las cosas, mi querida amiga. Todo se ve. Se murmura ya: la criada del Doctor... el señor Paula. Estos rumores, han llegado hasta la tía Juana; y como Jorge no está aquí... como esas gentes ignoran vuestro parentesco... y Basilio viene todos los días...

—De modo,—dijo Luisa, levantándose bruscamente, con los labios pálidos,—que no puedo recibir á los parientes, sin que me insulten?

Sebastián se levantó como ella. Aquella súbita có-

lera, en una mujer tan dulce, le espantó como la tempestad que estalla en el puro cielo de verano.

—Pero, querida señora...—dijo él con timidez:—yo lo digo porque se habla de ello; pero yo no afirmo que... Es por los vecinos...

—Pero ¿qué pueden decir?—preguntó Luisa con voz vibrante, juntando las manos.—¡Es verdaderamente curioso! Tengo un solo pariente, con el que he sido criada, y al que no veo hace muchos años; viene á hacerme tres ó cuatro visitas, se está un momento, ¡y ya se murmura!

Hablaba con convicción, olvidando las palabras de Basilio, los besos, el cupé...

Sebastián, sobaba su sombrero entre sus manos temblorosas.

—Creí prudente advertir á usted... También Julián...

—¡Julián!—exclamó ella.—¿Qué tiene que ver en esto? ¿Con qué derecho se ocupa de lo que pasa en mi casa?

La intervención de Julián la pareció una afrenta más. Se dejó caer sobre una silla, con las manos sobre el pecho, y los ojos en blanco.

—¡Si Jorge estuviera aquí, Dios mío!

—Es por su bien...—baluceó Sebastián.

—Pero, vamos á ver: ¿qué mal puede venir de esto? Es mi único pariente; nos hemos criado y hemos jugado juntos. Siempre estaba en casa de mamá, en la calle de la Magdalena y venía á comer todos los días, como si fuéramos hermanos. Cuando yo era pequeña, me llevaba en brazos...

Y amontonaba detalles de aquella fraternidad, exagerando unos, inventando otros al azar, en la improvisación de su cólera.

—Viene—añadió,—está un instante, hacemos mú-



sica, porque toca admirablemente el piano, fuma un cigarro y se va...

Trataba instintivamente de justificarse.

Sebastián se quedó lelo. Aquella mujer, que le asustaba, le parecía otra Luisa, y casi se encorvaba al peso de su voz furiosa, que nunca hubiera creído que era tan firme, tan arrebatadora.

—Creí,—dijo levantándose con triste dignidad— que era mi deber prevenir á usted, señora.

Hubo un momento de grave silencio. Aquel tono firme y casi severo, obligó á Luisa á ceder en su hablar difuso; bajó los ojos y dijo con voz dulce y turbada:

—Perdón, Sebastián; pero en verdad que... juro á usted que le agradezco infinito me haya prevenido. Ha hecho usted bien, Sebastián.

—Es por evitar las calumnias de esas lenguas viperinas. ¿Digo bien?

El justificó su intervención, feliz al verla calmada. Dijo que muchas veces sobre una palabra se fragua una intriga, y que estando prevenida...

—Es verdad, Sebastián—repitió ella.—Ha hecho usted bien en avisarme.

Luisa se sentó; aun brillaba su mirada, y á cada instante pasaba el pañuelo por los labios.

—Pero, en fin ¿qué debo hacer Sebastián?

—¡Qué se yo, querida amiga!

Estaba conmovido al verla ceder así y pedir consejo, y se reconvenía por turbar de aquel modo el placer de sus intimidades.

—Es claro,—dijo—que debe usted ver y recibir á su primo. Pero conviene tener cierta reserva, por temor á los vecinos... En lugar de usted yo le contaría... le diría que...

—Pero en suma—repuso ella mirando al suelo—¿qué dice esa gente?

—Observan. ¿Qué hay? ¿qué pasa? ¿quién entra? ¿quién sale?

—Se lo dije á Jorge,—dijo Luisa levantándose de pronto—y muchas veces. Esta es una calle imposible; no se mueve una hoja sin ser espiada.

—No se puede evitar...

Hubo otra pausa. Luisa se paseaba con la cabeza baja, el ceño fruncido, cuando, deteniéndose, dijo á Sebastián con la mirada inquieta:

—Si Jorge supiera esto... ¡qué disgusto!

—Es inútil que lo sepa—contestó rápidamente Sebastián.—Esto debe quedar entre nosotros.

—Para no afligirle ¿verdad?

—Ciertamente. ¿De modo—añadió él tendiendo casi timidamente la mano—que no está usted irritada contra mí?

—¿Yo, Sebastián? ¡Qué locura!

—Perfectamente... He creído cumplir mi deber, porque al fin, querida amiga, usted no sabía nada de esto...

—¡Lejos de ello!

—Es verdad; adiós, pues; no quiero molestar más—añadió conmovido—estoy siempre á sus órdenes.

—Adiós, Sebastián... ¡Pero qué mala casta! Todo por haber visto entrar á ese pobre chico tres ó cuatro veces...

—Casta de canallas—repuso Sebastián.

Y se fué.

Luisa le siguió con la vista, y cuando se cerró la puerta, dijo:

—¡Qué ultraje! ¡Esto no le pasa á nadie más que á mí!

En el fondo, la intervención de Sebastián la irritaba tanto como las murmuraciones de las vecinas. Su vida, sus visitas, el interior de su casa, eran discutidas, examinadas por Sebastián, por Julián y



*tutti quanti*. Tenía mentor á los veinte y cinco años. ¡Era gracioso! ¿Y por qué, santo cielo? Porque su primo y único pariente iba á verla...

Pero calló de pronto. Las miradas de Basilio, sus palabras apasionadas, sus besos, el paseo á Lumiares; todo la vino á la memoria. Su conciencia se ruborizó; pero el despecho protestaba todavía. Era verdad que sentía algo, pero algo honrado, ideal, platónico, porque jamás sería *otra cosa*... Podía sentir en el fondo del corazón una debilidad, pero sería siempre, siempre, mujer honrada, fiel, de uno sólo...

Esta seguridad la irritaba contra los *chismosos* de la calle. ¿Cómo era posible que sólo por ver entrar á Basilio cuatro ó cinco veces á las dos de la tarde, se dieran á murmurar y á arrancarla la piel? Sebastián era un farsante con terrores de ermitaño. ¡Qué idea la suya de consultar con Julián! ¡Julián!... Este era quien le había empujado con sus miedos burgueses, para fatigarla y burlarla. ¿Porqué? Por envidia, porque Basilio era guapo, elegante y rico.

Las cualidades de Basilio se la aparecieron, tan magníficas y numerosas como los atributos de una divinidad. ¡Y le adoraba, y quería vivir cerca de él! El amor de aquel hombre que había gustado tantos placeres, y abandonado tantas mujeres, le parecía como la afirmación gloriosa de su belleza y de su irresistible seducción.

El placer mismo de aquel culto le hacía temer su pérdida. No quería verle disminuir, sino tenerle siempre presente, en aumento, flotando á su lado como la humareda del incienso. ¿Podría separarse de Basilio? Pero si la vecindad, ó los amigos murmuraban ó comentaban, podría enterarse Jorge... Esta hipótesis la daba frío en el corazón. En el fondo tenía evidentemente razón Sebastián.

En una calle pequeña, compuesta de doce casas, aquel joven elegante y buen mozo, que iba todos los días en ausencia de su marido... Esto era grave... ¿Qué hacer?

Sonó con fuerza la campanilla, y entró Leopoldina. Llegaba furiosa contra el cochero, que quería cobrarla dos carreras, porque se había detenido en el camino. ¡Canalla!

—¡Y qué valor!

Dejó la sombrilla y los guantes, y agitó las manos en el aire para que bajara la sangre y quedaran más blancas, arregló ante el espejo los rizos del cabello, con las mejillas encendidas, y tan perfectamente encorsetada, que se señalaba admirablemente su tronco.

—¿Qué tienes hija?—dijo.—Estás como volada, encendida...

—Nada—contestó Luisa;—contestaciones con las criadas...

—Son insoportables.

Y Leopoldina contó las exigencias de Justina, sus descuidos. Pero aun se daba por contenta de que no se fuera; cuando se tiene que utilizar á esta gente... Se encogió de hombros, y suspiró. Luego, poniéndose polvos de arroz, añadió lentamente:

—Mi señor y dueño está en Campo Grande, y yo debía comer fuera con...

Se detuvo, sonrió, y volviéndose hacia Luisa la dijo con acento franco y riendo:

—La verdad, no sabía dónde ir, ni tenía dinero. El pobre chico, con su paga mensual, no puede hacer milagros, y me dije: Vamos á ver á Luisa. Y, además, siempre hombres, encocora... ¿Qué tienes para comer? Sin cumplidos ¿eh?...

—Claro que no.



Tenía lo de siempre: chuletas de ternera muy exquisitas.

—¿No tienes bacalao?—dijo de pronto Leopoldina.

—Debe haber... Pero ¿porqué esa rareza?

—Hazme preparar un pedazo. El animal de mi marido aborrece el bacalao, yo me muero por él con aceite y ajo.

Se calló de pronto, como contrariada.

—¿Qué te pasa?

—Que hoy no puedo comer ajo.

Entró riéndose en el salón y tomó una de las rosas de Sebastián, que se puso al pecho.

—Hubiera querido tener—pensaba—un salón como aquel, en reps azul, con dos grandes espejos y su retrato al óleo, de cuerpo entero, descotada, junto á un búcaro elegante...

Se sentó al piano y arrancó al teclado algunos motivos de *Barba Azul*.

—¿Has mandado poner el bacalao?—preguntó al ver entrar á Luisa.

—Sí.

—¿Asado?

—Sí.

—Gracias,—contestó, cantando con voz picaresca su canción favorita de *La Gran Duquesa*:

*Según cuentan las crónicas,  
Un abuelo tuve yo...*

Pero Luisa encontraba aquella música *bullanguera* y quería algo triste... dulce... un *fado*, por ejemplo.

—Sí, el *fado* nuevo,—contestó Leopoldina.—¿Lo conoces? Es precioso y con una letra divina.

Preludió, miró al techo y cantó balanceando cadenciosamente la cabeza.

*Ayer vi un joven moreno  
Cuya gracia y gentileza...*

—¿No conoces esto, Luisa? Hija, hace llorar. Volvió á empezar con dulzura. Era la historia de su amor infortunado.

Le veo en el hondo cielo,  
Y en las brumas de la mar;  
Y á mi lado, aunque esté lejos,  
Yo le siento palpar.

—¡Arrebatador!—suspiró Luisa.

Leopoldina acabó en varios *¡ah!* con languideces infinitas.

Luisa, cerca del piano, percibía el olor de heno cortado que Leopoldina solía llevar; el *fado* y sus versos la habían entristecido y su mirada soñadora seguía sobre las teclas los dedos ágiles y delgados de Leopoldina, cargados de anillos regalados por Gama.

Juliana entró peripuesta, con su gola nueva, y anunció que estaba la comida servida.

Leopoldina se levantó. Venía á punto, porque se moría de hambre. La vista del comedor, con las ventanas abiertas y el verdeguear de los terrenos baldíos de enfrente la regocijó. ¡Era tan triste su comedor que le quitaba el apetito! ¡Daba á una calleja, de modo que!...

Picó granos de uva, aceitunas y conservas y viendo el retrato del padre de Jorge, dijo desdoblado la servilleta:

—¿Qué divertido debía ser tu suegro! Tiene figura de mono...

—¿Cuánto tiempo hacía que no habíamos comido juntas!



—¿Desde cuándo?

—Desde el primer año de mi matrimonio—dijo Luisa.

Leopoldina se puso colorada. En aquel tiempo se veían á menudo. Jorge las dejaba ir de tiendas, á las pastelerías, á Gracia. El recuerdo de aquella intimidad les recordó cosas más lejanas, de sus tiempos de colegio.

Había visto, hacía unos días, á Rita Vega con su sobrino.

—¿Te acuerdas de él?

—¿De *Espinaca*?

—*Espinaca* ó no, era entonces un hombre, un ideal, un héroe; todas las colegialas le escribían dulces cartas, le dibujaban corazones atravesados por flechas y le ponían en su grasienta gorra flores de papel. ¿Y cuando pillaron á Micaela en el cuarto de los baúles, comiéndoselo á besos?...

—¡Qué horror!—dijo Luisa.

—Micaela estaba loca.

—¡Pobre chical! Luego se casó con un teniente que la pegaba.

Tenía ya más chicos que los que van detrás de una gaita...

—¿Un valle de lágrimas!—dijo Leopoldina.

Estaba en vena de murmurar. Se servía copiosamente, con gula; picaba de aquí y de allí, un trocito en la punta del tenedor, lo gustaba, lo dejaba luego, comía rebanadas de pan con mantequilla... Se regocijaba con aquellos recuerdos de colegio. ¡Qué felices tiempos!

—¿Te acuerdas de cuando refinimos?

Luisa no se acordaba.

—Fué porque abrazaste á Teresa, que era mi sentimiento.

Hablaron de los sentimientos. Leopoldina tuvo

cuatro; la más bonita era Juanita Freitas. ¡Qué ojos! ¡qué bien formada! La hizo la corte más de un mes.

—Locuras,—dijo Luisa ruborizándose.

—¿Por qué locuras?

¡Ay! se acordaba siempre con pena de que los sentimientos fueron sus primeras y más vivas sensaciones. ¡Qué raptos de celos! ¡Qué delirios en las reconciliaciones! Y los besos robados... los dulces ojos las cartitas y todos los latidos primeros del corazón...

—Nunca, nunca desde que soy mujer, he experimentado por ningún hombre lo que sentía por Juanita. Puedes creer que...

Una mirada de Luisa la detuvo. ¡Y Juliana que la oía! La había olvidado ¡qué diablo!... Las fastidió un poco con su sonrisa páfida, su cara roma y el tic tac metálico de sus suelas.

—¿Y qué fué de Juanita?—preguntó Luisa.

—Murió tísica,—dijo Leopoldina tristemente.—Una enfermedad horrible ¿verdad? Pero yo no la temo,—añadió, golpeándose el pecho.—Todo está aquí dentro sano y bien colocado.

Cuando Juliana salió, dijo Luisa:

—Ten cuenta con lo que dices.

—¡Ah, sí!—respondió risueña Leopoldina.—El respeto á la casa... Tienes razón.

Y al entrar Juliana, con el bacalao asado, la hizo una *ovación*.

¡Bravo! ¡Bien! ¡Soberbio!

Tocó el bacalao con la punta del dedo. Estaba dorado y abierto en rajás.

—Vas á ver... ¿No te gusta esto? Tú te lo pierdes, porque está riquísimo.

Y añadió resueltamente:

—Tráigame usted un ajo, señora Juliana; pero bueno.



Y cuando salió la criada, añadió:

—Quisiera ir luego á casa de Fernando, pero...

¡Ah, gracias, Juliana! No hay nada como el ajo...

Lo aplastó entre los dedos contra el plato, y roció gravemente los trozos de bacalao con un poco de aceite.

—¡Divino!— exclamó.

Llenó de nuevo el vaso y declaró que aquello era una *travesura*.

—Pero ¿qué tienes?

Luisa parecía, en efecto, preocupada. Había suspirado bajo; por dos veces se levantó inquieta de la silla y dijo á Juliana:

—Me parece que han llamado, vaya usted á ver.

Nadie llamaba.

—¿Quién puede ser?— dijo Leopoldina.—¿Esperas á tu marido?

—¡Oh, no!

—Y tu primo ¿viene á verte?

—Sí— contestó Luisa ruborizándose.—Ha venido varias veces.

—¡Ah! ¿Y sigue buen mozo?

—No es feo.

—¡Ah!

Luisa se apresuró á preguntar si había pedido ya su vestido á cuadrillos. No lo había pedido. Se pusieron á hablar de *toilettes*, telas, tiendas, compras...

Trajeron el asado. Leopoldina tenía las mejillas de rojo vivo. Pidió su abanico á Juliana y echada sobre el respaldo de la silla, declaró que era feliz como una princesa. Bebía en su copa á pequeños sorbos. ¿Qué buena idea la de comer juntas!

Cuando Juliana sacó los fruteros, la dijo Luisa que ya pedirían el café; fué á cerrar por sí misma la puerta del salón y corrió el portier.

—¡Qué pesada es esta Juliana! ¡Me subleva verla siempre á mi lado!

—¿Y por qué no la despides?

—Porque Jorge no quiere, que si no...

Leopoldina protestó.

—Los maridos no debían tener voluntad propia.

—¿Y el tuyo, entonces?— dijo Luisa.

—¡El mío! ¡Un hombre que duerme solo!

Mordió un albérrchigo, y declaró que aborrecía á los hombres que se ocupaban de las criadas, de la cocina, del aceite, del vinagre...

—¡Mi señor esposo pesa la carne! Después de todo, me conviene, porque la sola idea de ir á la cocina me subleva!

Suspiró. Hubiera tomado más vino, pero estaba vacía la botella.

—¿Quieres champagne?— dijo Luisa riendo.—Tengo uno muy bueno, que un español, dueño de minas, envió á Jorge,

Y ella misma buscó la botella, le quitó la envuelta azul, y entre risas y temores, hicieron saltar el tapón. La espuma las puso contentas, y miraban las copas con un aire de bienestar infinito.

Leopoldina dijo que sabía abrir perfectamente el champagne, y habló vagamente de cenas...

—¡El martes de Carnaval hará dos años! Si fuese rica, no bebería más que champagne.

Luisa no; ambicionaba un cupé. Hicieron proyectos para el caso de que fueran ricas. Luisa quería viajar; ir á Paris, á Sevilla, á Roma... Leopoldina quería larga vida con carruajes, palco en los teatros, temporada en Cintra, cenas, bailes, vestidos, juego... Adoraba el *monte*, que la hacía palpar el corazón, y creía que llegaría también á adorar la ruleta.



—¡Ah!— exclamó.—Los hombres son más felices que nosotras. Yo nací para ser hombre. ¡Qué bien hubiera estado!

Se levantó, y fué á sentarse perezosamente en la Voltaire, cerca de la ventana. El crepúsculo caía dulcemente; detrás de las casas, más allá, de los terrenos baldíos, nubes amarillentas con bordes rojos, flotaban en la atmósfera.

—Un hombre puede hacer lo que quiera; nada está mal en él. ¿No se te ha ocurrido nunca huir, Luisa, pero completamente sola?

Luisa se rió.

—¡Nunca! ¡Qué locura!

Por lo demás, le parecía horrible la situación de una mujer sola en el mundo, en las fondas, con la impedimenta del equipaje...

—Tienes razón... De buena gana me fumaría un cigarrillo...

—Bueno; pero podía oler algo Juliana, lo que la haría un endiablado efecto.

—Esto es un convento, hija. Tu cárcel no es fea.

Luisa no respondió; tenía la mirada vaga, como quien persigue una idea.

—Todo eso son locuras,—dijo.—La única verdad de este mundo, es ser feliz en su casa, con su marido y un hijo ó dos...

Leopoldina saltó en la butaca. ¡Hijos! No quería ni hablar de eso. Todos los días daba gracias á Dios porque no se los daba.

—¡Qué horror!—exclamó convencida.—Son una carga; gastos, trabajos, enfermedades. ¡Dios me libre! Cuando son mayores, meten la nariz por todas partes, son chismosos, y cuentan... Una mujer con hijos no sirve para nada y está atada de pies y manos, sin gustar placer alguno. Que no me castigue

Dios; pero si tuviera esa desgracia; iría en busca de la vieja de la calle de Polha...

—¿Qué vieja es esa?—preguntó Luisa.

Leopoldina se lo explicó, y Luisa declaró que era una *infamia*. La otra se encogió de hombros, y añadió:

—Sin contar con que desfigura á la mujer. No hay belleza del cuerpo que resista á eso. Se pierde lo mejor que una tiene. Cuando se es como tu amiga doña Felicidad, no importa; pero sí cuando una es alta y bien formada.

Se levantó, ostentando airosamente su cuerpo.

—Gracias—dijo volviendo á sentarse.—Bastantes molestias tenemos sin esa más.

Se oyó en la calle al hombre del organillo, que tocaba el final de *Traviata*. la noche llegaba y el verdor de los terrenos de enfrente tomaba un tono gris, igual las fachadas de las casas se hundían en la sombra.

La *Traviata*, recordó á Luisa *La Dama de las Camelias*, hablaron de la novela, y se comunicaron las impresiones de la lectura.

—¡Qué apasionada estuve de Armando cuando era niña!—dijo Leopoldina.

—Y yo de Artagnan,—repuso ingenuamente Luisa.

Y se rieron mucho.

—Hemos empezado temprano—observó Leopoldina.—Dame un sorbo más.

Bebió, se encogió de hombros y dejó la capa.

—¡Temprano! Todas las jóvenes empiezan temprano. A los trece años han tenido ya la cuarta pasión. Todas son mujeres y sienten por igual.

Y balanceando el cuerpo, cantó con melodía de *Fado*:



Es amor como una fiebre  
Que va disuelta en el aire;  
Se abren las ventanas, entra,  
Y hace encenderse la sangre.

—En suma: que es lo mejor del mundo; ¿verdad?  
¿Qué dices tú?—añadió levantándose, y dando un  
golpecito en la espalda a Luisa.

—Sí,—contestó en voz baja.—Así lo creo...

—¡Lo cree!—repuso Leopoldina.—¡Inocente! ¡Mi-  
ren el angelito, la disimulada!

El organillo empezó un vals. Leopoldina tenía ga-  
nas de bailar, cantaba bajo, moviendo el cuerpo.

¡Decididamente tenía gracia!

Se aproximó a la ventana, vió por los cristales  
caer la noche, y de pronto empezó a decir pausada-  
mente:

—¿Vale realmente la pena pasar privaciones, lle-  
var vida de mochuelo, y mortificarse, para coger un  
día una calentura, una pulmonía, ó una insolación,  
é irse luego al cementerio de San Juan! ¡Vaya una  
estupidez! ¿Qué dices tú?

Luisa se sentía ruborizar, el crepúsculo, las pala-  
bras de Leopoldina, la predisponían como con lan-  
guidez tentadora. Encontró, á pesar de esto, *inmoral*  
aquella idea.

—¿Por qué *inmoral*?

Luisa habló vagamente de *deberes*, de *religión*,  
pero la palabra deber, cargaba á Leopoldina. Si ha-  
bía algo que no le gustase, era oír hablar de debe-  
res.

—¿Deberes? ¿Con un animal como mi marido?

Empezó á pasearse agitada.

—En cuanto á la religión, música. El cura Este-  
ban, el de los lentes y dentadura bonita, me ha dicho

que me daría cuantas absoluciones quisiera, si acce-  
día á ir con él á Carriche.

—¡Oh, los sacerdotes!...—murmuró Luisa.

—Los sacerdotes ¿son ellos la religión? Yo no he  
conocido nunca otra.—Y añadió con solemnidad.—  
Dios, querida mía, está muy lejos, y no se ocupa de  
lo que hacemos las mujeres.

Luisa creyó atroz aquel modo de pensar. La ver-  
dadera felicidad, consistía en ser honrada.

—Y jugar á la brisca en familia,—gruñó Leopoldina.

Pues bueno,—dijo Luisa animándose;—con todas  
tus pasiones una tras otra...

—Bien... ¿qué?

—Que no eres más feliz; es un hecho.

—Está claro que no; pero...—Buscó una frase que  
no quiso emplear sin duda y añadió con sequedad.  
¡Eso me divierte!

Se callaron Luisa pidió el café. Juliana entró  
con la bandeja y trajo luz. Poco después fueron al  
salón.

—¿Sabes quién me habló ayer de ti?—dijo Leopoldina.

—¿Quién?

—Castro.

—¿Quien es Castro?

—El de los lentes; el banquero.

—¡Ah!...

—Sigue siempre enamorado de ti.

—Es un loco—dijo Luisa riendo.

El salón estaba obscuro y las ventanas abiertas.  
La calle en sombra y el aire suave, daban paz á la  
noche.

Leopoldina quedó silenciosamente un instante;  
pero el champagne y la penumbra la dieron come-



zón de hacer confidencias. Se extendió sobre el diván en una postura de abandono, y se puso á hablar de sí misma. Siempre Fernando, el poeta, la adoraba.

—Si supieses...—murmuró en éxtasis. Es un amor de niño.

Su voz tenía inflexiones de suave ternura. Luisa, casi acostada también á su lado, sentía su respiración y su calor, ante ciertos detalles picantes del relato de Leopoldina, se rió con la risa nerviosa que produce el cosquilleo...

En aquel momento se sintió en la calle el paso de un hombre, calzado con botas gruesas, y casi al mismo tiempo, surgió un chorro de luz del farol de gas de la acera de enfrente; dulce claridad penetró en el salón.

Leopoldina se levantó. ¡Cómo! ¡encendían ya el gas! ¡Y el pobre muchacho que estaba esperándola! Entró en el tocador á obscuras para ponerse el sombrero y buscar la sombrilla. Se lo había prometido y no podía faltar; pero... ¡ir sola!... ¡Estaba tan lejos!... ¡Si Juliana pudiera acompañarla!...

—¡Ya lo creo!—dijo Luisa.

Se levantó perezosamente suspirando con fuerza; abrió la puerta y tropezó con Juliana en la sombra del pasillo.

—¡Jesús! ¡qué susto!

—Venía á saber si las señoras querían luz.

—No; póngase usted el chal, para ir con la señorita Leopoldina. Pronto...

Juliana se fué aprisa.

—¿Cuándo se te verá?—preguntó Luisa.

—Lo antes posible.

Pensaba ir aquella semana á Oporto á ver á la tía Figueiredo y pasar quince días en Foz.

La puerta se abrió.

—Cuando quiera la señora.—dijo Juliana con voz áspera.

Se hicieron grandes caricias y se abrazaron mucho, y Luisa dijo al oído á Leopoldina:

—¡Cuánto he gozado!

Se quedó sola, cerró las ventanas, y se puso á pasear en el salón. Sin quererlo ella misma, pensaba en que Leopoldina iba á ver á su querido... ¡Su querido!...

La siguió mentalmente, y la vió andando deprisa, y hablando con Juliana; después llegaba, subía agitada, abría la puerta... ¡Qué primer beso, delicioso, largo, ansioso!...

Suspiró. También ella amaba, y él era más hermoso, más seductor. ¿Por qué no había venido?

Sentóse perezosamente al piano, y cantó á media voz y tristemente el *fado* de Leopoldina:

...Y á mi lado aunque esté lejos,  
Yo le siento palpitar...

Aquella idea de soledad y abandono la puso triste. ¡Qué fastidio estar siempre sola!

La noche cálida, hermosa y tranquila la atraía, la llamaba afuera, á los paseos sentimentales para contemplar el cielo en el banco de un jardín, con las manos juntas. ¡Qué vida tan tonta la suya! Y Jorge, ¡qué idea la de marcharse al Alentejo!

El mareo del champagne la agitaba la sangre.

A las nueve sonó la campanilla.

Se sobresaltó. No podía ser Juliana la que llamaba. Escuchó conmovida; se oían voces en el descansillo.

—Señorita,—vino á decir Juana por lo bajo,—es su primo de usted que viene á despedirse...

—Que entre,—balbuceó, sofocando un grito.



Sus grandes ojos abiertos devoraban la puerta. Se levantó el portier y entró Basilio, pálido y sonriente.

—¡Te vas!—le dijo poniéndose delante.

—No,—contestó abrazándola,—no. Cref que no querías recibirme á estas horas, é inventé ese pretexto.

La apretó más contra su pecho; ella le dejó hacer y se unieron sus labios. Basilio miró rápidamente en derredor y la levantó en sus brazos murmurando:

—¡Mi amor! ¡mi vida!

Tropezó con la piel de tigre, extendida delante del diván.

—¡Te adoro!

—¡Me das miedo!—suspiró Luisa.

—¿Es cierto?

Luisa no respondió: perdió poco á poco la clara percepción de las cosas, la pareció que se dormía y balbuceó:

—¡Jesús! ¡no...! ¡no...!

Después sus ojos se cerraron.

Cuando la campanilla sonó fuertemente, á las diez, Luisa se acababa de sentar cerca del diván. Le dijo á Basilio:

—Ha de ser Juliana, que había salido.

Basilio se atusó el bigote, dió dos vueltas por la sala y se puso á encender un cigarro.

Se sentó al piano, tocó algunos compases al acaso y alzando un poco la voz, comenzó á cantar el aria del tercer acto del *Fausto*:

“Al pallido chiarore  
Dei astre d'oro.”

A través de las últimas vibraciones de los nervios de Luisa, fué apareciendo en su espíritu un recuerdo antes borrado: era una noche, hacía años, en San

Carlos, en un camarote con Jorge; una luz eléctrica daba al jardín un tono livido de resplandor legendario, y en actitud extática y suspirante, el tenor invocaba á las estrellas; Jorge habíase vuelto para decirle: “qué hermosa,” y con sus ojos la devoraba. Era el segundo mes de casamiento; ella estaba con un vestido azul obscuro, y á la vuelta, en el carruaje, Jorge, pasando la mano por la cintura, repetía:

“Al pallido chiarore  
Dei astre d'oro.”

Y la estrechaba contra sí. Permanecía inmóvil al lado del diván, con los brazos apoyados en las rodillas, la mirada fija. Basilio entonces vino á sentarse cerca de ella.

—¿En qué pensabas?

—En nada.

La estrechó la cintura con su brazo derecho; empezó á decir que era preciso procurarse una casita donde pudieran verse mejor, más á su sabor; no era prudente continuar en su casa.

Y hablando, volvía á cada momento el rostro, echando para el otro lado el humo del cigarro.

—¿No te parece que venir aquí todos los días puede ser objeto de murmuraciones?

Luisa se levantó bruscamente; se acordaba de Sebastián y con una voz airada, dijo:

—Ya es tarde.

—Tienes razón.

Fué á buscar el sombrero y salió. Luisa sintió encender un fósforo y abrir la puerta de la cancela.

Estaba sola; púsose á mirar en redondo como una idiota; el silencio de la sala parecía acusador; las velas lucían con una llama roja; le picaban los ojos;



tenía la boca seca; una de las almohadas del diván estaba caída en el suelo.

Con un aire sonámbulo entró en su cuarto. Juliana estaba allí arreglando la lamparilla. Subió á la cocina; llamó á Juana que estaba durmiendo. Juliana puso la torcida de la lamparilla con dedos que temblaban; tenían sus ojos un brillo agudo: y después de toser, dijo sonriéndose á Juana:

—Entonces, ¿á qué hora vé el primo á la señora?

—Hoy ha estado después que usted ha salido.

—¡Ah!

Descendió con la lamparilla y sintiendo á Luisa en la alcoba:

—La señora, ¿no quiere nada?—preguntó con mucho interés.

—No.

Fué á la sala; cerró el piano; había un fuerte olor de cigarro; púsose á mirar en derredor, andando con paso sutil. De repente fijóse rápidamente: al pie del diván una cosa relucía; era un alfiler de pecho de Luisa; de amatista con aro de oro. Tornó á entrar en el cuarto sobre las puntas de los pies, lo colocó en el tocador entre los rizos de cabello postizo.

—¿Quién anda ahí?—preguntó desde la alcoba la voz soñolienta de Luisa.

—Soy yo; he entrado á cerrar la sala. Muy buenas noches, señora.

\*\*\*

A aquella hora Basilio entraba en el Gremio. Dos señores con los rostros entre los pechos, encorvados en aptitudes lúgubres, rumiaban los periódicos; aquí y allá, junto á las mesitas redondas, otros comían ó tomaban café con satisfacción plácida. Las ventanas estaban abiertas, la noche era ardiente y el olor del gas molestaba. Iba á descender, cuando de una salita de juntas, de repente, salió el ruido irritado de una disputa. Trocábanse injurias, gritábase:

—Miente usted.

—El asno es usted.

Basilio escuchó; pero súbitamente se hizo un gran silencio. Una de las voces dijo con blandura: "Paz, paz;," la otra respondió con benevolencia: "Por mi parte no hay inconveniente.," La cuestión estalló de nuevo, estridente, sonora; disputaban, decían obsenidades. Basilio fué al billar; el vizconde Reynaldo, de pie, apoyado en el taco, seguía con una inmovilidad grande el juego de su contrincante: apenas vió á Basilio, fué rápidamente á él y muy interesado:

—¿Hasta ahora?



—Hasta ahora mismo,—dijo Basilio.

—De manera que...—exclamó Reynaldo, abriendo los ojos con gran alegría.

—Así parece.

—Muy bien, muy bien, muchacho, muy bien.

Le dió dos golpes en el hombro, conmovido; llámáronle para jugar, y todo estirado sobre el billar, con una pierna en el muro para dar con más seguridad el efecto, dijo con voz desfigurada por la actitud:

—Me alegro, me alegro, porque eso comenzaba á estar pesado.

¡Tae! Falló la carambola.

Y llegándose á Basilio, para dar tiza en el taco, preguntó.

—Y ¿qué tal, qué tal?

—Como un ángel, muchacho,—exclamó Basilio.

VI

Juliana á la mañana siguiente, fué á llamar á la puerta de Luisa, diciéndola con voz baja:

—Señora, señora; un criado con una carta acaba de venir de la fonda.

Fué á abrir una de las ventanas en las puntas de los pies, y volviendo á la alcoba, dijo con cautela misteriosa:

—Esperando la respuesta está abajo.

Luisa, estremeciéndose, abrió el ancho sobre azul con un monograma: dos B B, una de púrpura y otra de oro sobre una corona de conde.

—Bueno; no tiene respuesta.

—No tiene respuesta, fué á decir Juliana al criado que esperaba en el pasillo retorciéndose las guías negras de su bigote.

—¿No tiene respuesta? Mejor; excelente día.

Levantó el dedo secamente y descendió canturreando.

—¡Hombre perfecto!—fué pensando Juliana, por la escalera de la cocina.

—¿Quién ha llamado, señora Juliana?—preguntó después la cocinera.

Juliana gruñó.



—Hasta ahora mismo,—dijo Basilio.

—De manera que...—exclamó Reynaldo, abriendo los ojos con gran alegría.

—Así parece.

—Muy bien, muy bien, muchacho, muy bien.

Le dió dos golpes en el hombro, conmovido; llámáronle para jugar, y todo estirado sobre el billar, con una pierna en el muro para dar con más seguridad el efecto, dijo con voz desfigurada por la actitud:

—Me alegro, me alegro, porque eso comenzaba á estar pesado.

¡Tae! Falló la carambola.

Y llegándose á Basilio, para dar tiza en el taco, preguntó.

—Y ¿qué tal, qué tal?

—Como un ángel, muchacho,—exclamó Basilio.

VI

Juliana á la mañana siguiente, fué á llamar á la puerta de Luisa, diciéndola con voz baja:

—Señora, señora; un criado con una carta acaba de venir de la fonda.

Fué á abrir una de las ventanas en las puntas de los pies, y volviendo á la alcoba, dijo con cautela misteriosa:

—Esperando la respuesta está abajo.

Luisa, estremeciéndose, abrió el ancho sobre azul con un monograma: dos B B, una de púrpura y otra de oro sobre una corona de conde.

—Bueno; no tiene respuesta.

—No tiene respuesta, fué á decir Juliana al criado que esperaba en el pasillo retorciéndose las guías negras de su bigote.

—¿No tiene respuesta? Mejor; excelente día.

Levantó el dedo secamente y descendió canturreando.

—¡Hombre perfecto!—fué pensando Juliana, por la escalera de la cocina.

—¿Quién ha llamado, señora Juliana?—preguntó después la cocinera.

Juliana gruñó.



—Nada; un recado de la modista.

Desde aquella mañana, encontraba en ella Juana un aire *exquisito*. La oía desde las siete, barrer, limpiar, sacudir, lavar las vidrieras del comedor, colocar los platos en el aparador. ¡Y con una prietas! La oyó cantar la *Carta adorada*, al mismo tiempo que los canarios, en los miradores abiertos, gorjeaban estridentemente al sol. Cuando la vió tomar su café en la cocina no habló como de costumbre; parecía preocupada y fuera de aquel lugar; Juana hasta llegó á preguntarla:

—¿Se siente peor, señora Juliana?

—¿Yo? gracias á Dios, nunca me he sentido tan bien.

—¡Como la veo tan callada!

—Pensamientos que tengo aquí dentro... La gente no siempre está para charlar.

A pesar de ser las nueve no quiso llamar á la señora.

—Dejadla descansar: ¡pobrecilla!—dijo:

Fué en puntillas á llenar el baño grande del cuarto; para no hacer ruido, sacudió en el comedor las faldas de los vestidos de la vispera; y sus ojos brillaron ávidamente cuando sintió en la faltriquera un papel cosido en ella. Era la carta que Luisa escribía á Basilio: “¿Porqué no vienes?...” “¡Si supieras lo que me haces sufrir!”, Mordióse los labios, y miróla fijamente con aviesas miradas; por fin, volvió á meterla en la faltriquera. Dobló el vestido, y fué á extenderlo con mucho cuidado en el confidente.

Más tarde, sintiendo dar horas en el cuco, decidió llamar á Luisa con voz melosa:

—Son las diez y media, señora.

Luisa en la cama, había leído y releído la carta de Basilio. “No podía estar más tiempo sin decirla que la adoraba. ¡Qué mal dormía! Se levantaba por

la mañana muy temprano para jurarla que estaba loco y que ponía su vida á sus piés.” Compuso aquella prosa la vispera, en el Gremio, á las tres después de algunos *robbers de whist*, un *beefsteak*, dos vasos de cerveza y una lectura de *La Ilustración* y terminaba:

“Que otros deseen la fortuna, la gloria, los honores: ¡Yo sólo deseo á tí! Solo á tí, niña mía, porque tú eres el único lazo que me sujeta á la vida; y si mañana perdiese tu amor, te juro que pondría término con una sola bala á esta existencia inútil.”

Pidió más cerveza y guardó la carta para fecharla y envolverla en un sobre con un monograma, “por que siempre hacía más efecto.”

¡Luisa suspiró, y besó aquel papel devotamente! Era la primera vez que la escribía aquellas ternzas, y su orgullo se dilataba al calor amoroso de ellas, como un cuerpo seco se abriga dulcemente en un baño amoroso: sentía exacerbación de cariño por sí misma, y la parecía que entraba al fin en una existencia superiormente interesante, en la que cada hora tenía su encanto diferente, cada paso conducía á un éxtasis, y en la que el alma se cubría de un lujo radiante de sensaciones.

Levantóse, se puso rápidamente la bata, y fué á levantar los transparentes de la ventana. ¡Qué hermosa mañana! Era uno de aquellos días de Agosto, en que el estío parece que se detiene. Había pesadumbre en el calor, y en la luz cierta tranquilidad otoñal: el sol caía espléndido, resplandeciente; el aire tenía temperatura canicular, y el azul de lo alto relucía con limpia nitidez: se respiraba más libremente, y no se veía en los transeuntes el abatimiento blando de la calma iniciadora del verano.



Se sintió ligera; había dormido por la noche con blando sueño, sin parar, y todas sus agitaciones, sus impacencias de los días pasados, parecían haberse disipado en aquel reposo. Fué á mirarse al espejo, y encontró su cutis más claro, más fresco. Tal vez sería verdad lo que decía Leopoldina, de que "no había como una picardía para hacer á la gente hermosa." Ella tenía un amante! Inmóvil, con los brazos cruzados y la mirada fija, repetía: "¡Tengo un amante!" Recordó la escena de la sala de la vispera; la dama seguida de las viejas, y ciertos silencios extraordinarios en que parecía que la vida se detenía, en cuanto que los ojos del retrato de la madre de Jorge, la miraban desde la pared con su fijo mirar de pintura. Pero Juliana entró con un cesto de ropa planchada. Era ya hora de vestirse...

¡Qué delicadezas tuvo aquella mañana! Se perfumó con agua de *Lubin*, escogió la chambrá de mejores bordados. ¡Y suspiraba por ser rica! Quisiera las batistas de Holanda más caras, los muebles más aparatosos, gruesas joyas inglesas, un cupé forrado de satén... Porque en los temperamentos sensibles, las alegrías del corazón tienden á completarse con las sensualidades del lujo. El primer desliz que se instala en un alma que se ha defendido de ellos hasta entonces, facilita después á los otros entradas tortuosas, como un ladrón que se introduce en una casa y va abriendo cautelosamente las puertas á su desalmada cuadrilla.

A la hora del almuerzo se hallaba fresca, con el cabello en trenzas, y el peinador blanco. Juliana se apresuró á cerrar las ventanas, porque, siempre hacía más fresco con las maderas cerradas; y viendo que la molestaba el peinador, corrió á buscar otro, que perfumó con agua de Colonia. La sirvió

con ternura. Viéndola comer muchos higos, la dijo:

—La van hacer daño, señora.

Andaba alrededor de ella con sonrisa servil, sin ruido. En la mesa, y frente á ella, con los brazos cruzados, parecía admirarla con orgullo, como un sér precioso y querido: toda suya, *su amita*. Su mirada entornada se posaba en ella, y decía para sí:

—¡Grandísima ladina!

Luisa, después del almuerzo, se fué á su cuarto á echarse en el confidente, con su *Diario de Noticias*; pero no pudo leer. Los recuerdos de la vispera surgían en su alma á cada momento. Ciertas palabras de ella, cierto ímpetu, toda su manera de amar... Y quedaba inmóvil, con la mirada anegada en el fluido, sintiendo aquellos recuerdos vibrar dulcemente, en los nervios de la memoria. Aun el recuerdo de Jorge no la abandonaba; posaba sobre él su espíritu desde la vispera, pero no la asustaba ni la torturaba. Estaba allí, presente, sin darle miedo, ni causarle remordimiento. Era como si estuviese tan lejos que no pudiese volver, ó la hubiera abandonado. Ella misma se espantaba de sentirse tan tranquila; pero se impacientaba de tener constantemente aquella idea en el espíritu, impasible, con obstinación espectral, y se esforzaba instintivamente en acumular justificaciones. No fué culpa suya; no abrió voluntariamente los brazos á Basilio... Había sido una fatalidad, fué el calor de aquella hora, el crepúsculo, un momento de embriaguez acaso. Estuvo loca ciertamente. Y repetía para sí las atenuaciones tradicionales: "No era la primera que engañaba á su marido: muchas lo hicieron por vicio; ella lo hacía por pasión... ¡Cuántas mujeres que vivían de un amor ilegítimo, eran, á pesar de ello, ilustres y admiradas! Hasta las mismas reinas tienen amantes. ¡Y ella le quería tanto! ¡Sería tan fiel y tan dis-



creto! ¡Sus palabras eran tan carifosas!... Y por fin, ¿qué había de hacerle *ya*? Resolvió contestarle, y se fué al despacho. Al entrar, dió su mirada con el retrato de Jorge, de tamaño natural, en su cuadro barnizado de negro. Un estremecimiento la oprimió el corazón; quedó como una persona cansada de haber corrido, que entra en un subterráneo húmedo; y examinaba su cabello rizado, su barba negra, la corbata de lunares, las dos espadas cruzadas en aspa sobre el retrato. ¡Si él lo supiese; la mataría!

Se quedó pálida. Miraba vagamente en derredor; la cazadora de trabajo, colgada de una percha, la manta en que envolvía los pies, doblada á un lado; las grandes hojas de papel de dibujo, en la mesa del fondo, el bote del tabaco y la caja de las pistolas. ¡La mataría ciertamente! Aquella habitación estaba tan penetrada de la personalidad de Jorge, que parecía que iba á volver y entrar en ella de repente. ¡Si volviere sin avisar!

Sentóse, tomó una hoja de papel, y empezó á escribir con su letra un poco basta.

“Mi adorado Basilio.”

Pero un temor importuno la sobrecogió; sentía como una corazonada de que iba á venir y entrar... Tal vez sería mejor no escribir. Se levantó, fué despacio á la sala, y se sentó en el diván; y como si el contacto de aquel ancho sofá, y el ardor de los recuerdos de la vispera que trata á su memoria, le hubiesen dado el valor de las acciones amorosas culpables, volvió decidida al despacho, y escribió rápidamente:

“No puedes imaginarte con qué alegría recibí esta mañana tu carta.”

La pluma oxidada, escribía mal; la mojó en tinta, y la sacudió, echando un negro borrón sobre el papel, al temblor de la mano. Le pareció que era

aquello un *mal augurio*. Dudó un momento, y colocando la cabeza con los codos sobre la mesa, sintió á Juliana barrer fuera, tarareando la *Carta adorada*. Rasgó, por fin, impaciente la carta en pedacitos menudos, y los tiró en una caja barnizada con dos asideros de metal, que estaba junto á la mesa, y en la que Jorge arrojaba los papeles viejos é inútiles: le llamaban el sarcófago. Juliana se descuidaba ciertamente en vaciarla, porque rebosaba ya de papeles. Tomó otra hoja, y volvió á comenzar:

“Mi adorado Basilio:

“No puedes imaginarte como quedé, cuando recibí tu carta esta mañana al levantarme...”

La puerta se abrió discretamente y Juliana dijo:

— Ahí está la costurera, señora.

Luisa, sobresaltada ocultó la carta con la mano.

— Que espere.

Y continuó:

“¡Qué lástima que fuese la carta, y no tú, lo que había venido! Estoy asombrada de mí misma; cómo en tan poco tiempo te has apoderado de mi corazón; pero es lo cierto que nunca dejé de amarte. No me juzgues liviana por esto; no pienses mal de mí porque deseo tu estimación; nunca dejé de amarte, y al verte, después de aquel estúpido viaje hacia tan lejano sitio, no pude hacerme superior al sentimiento que me empujaba hacia ti, mi adorado Basilio. ¡Cuando aquella maldita criada me vino á decir que venías á despedirte, quedé, Basilio, como muerta; pero cuando supe que no era verdad, no sé cómo te adoré! Y si me hubieses pedido la vida, te la hubiera dado; porque te amo tanto, que yo misma me asombro de ello... Pero... ¿para qué fué aquella mentira, para que vinieses tú? Quería decirte adiós para siempre; pero no pude, adorado Basilio. Esto es superior á mí. Siempre te amé, y ahora que soy tuya,



que te pertenezco en cuerpo y alma, me parece que te amo más, si esto fuera posible...

—¿Dónde está? ¿dónde está?—dijo una voz en la sala.

Luisa, se levantó de un salto, livida. ¡Era Jorgel Arrugó convulsivamente la carta, y quiso esconderla en el bolsillo; pero la bata no lo tenía. Sin reflexionar, y medio loca, la metió en el sarcófago. Se quedó de pie, esperando, con las dos manos apoyadas en la mesa, y suspensa.

Se levantó el portier, y descubrió en seguida el sombrero de terciopelo azul de doña Felicidad.

—¿Aquí metida? ¿Qué estabas haciendo? ¿Pero qué tienes? ¡Estás pálida como la cal!

Luisa se dejó caer en la butaca, blanca y fría, y dijo con sonrisa cansada:

—Estaba escribiendo, y me dió un vahido...

—¡Ay! ¡para vahidos yo!—dijo doña Felicidad.— Es una desgracia; á cada momento tengo que agarrarme á los muebles, y hasta tengo miedo de andar sola. Falta de purgas.

—Vámonos para el cuarto,—dijo Luisa.— Estamos mejor allí.

La temblaban las piernas.

Juliana comenzaba á arreglar la sala. Luisa, al pasar, vió en el mármol de la consola un poco de ceniza; era de la vispera, del cigarro *de él*. La limpió, y al levantar los ojos, quedó pasmada de verse tan pálida.

La costurera, vestida de negro, esperaba sentada á orilla del confidente, con su mirada infeliz y su envoltorio en las rodillas: venía á probar el corpiño de un vestido recompuesto. Se sentó, lo dobló, lo hilvanó hablando bajo, con una humildad triste y una tosecilla seca. Y apenas se marchó nuevamente con su andar de sombra y su chal, lleno de manchas

negras sobre sus espaldas delgadas, doña Felicidad, comenzó á hablar *de él*, del Consejero. Lo había encontrado en el Molino de Viento. Pues bien; no la había hablado. La hizo una cortesía muy seca, demasiado tal vez, y tic-tic, se diría que había huido. ¿Qué te parece? ¡Ay! Aquellas indiferencias la mataban. Y no las comprendía; no, realmente no las comprendía...

—En fin—exclamaba:—yo me conozco bien, no soy ninguna belleza, pero tampoco soy ningún coco, ¿no es verdad?

—Ciertamente,—dijo Luisa distraida, y acordándose de la carta, añadió:

—Espere usted un instante; voy allá dentro y vuelvo.

—Ve, hija, ve.

Luisa corrió al despacho, y fué al sarcófago. ¡Estaba vacío! ¿Y su carta, Santo Dios?

Llamó en seguida aterrada á Juliana.

—¿Limpió usted la caja de papeles?

—Sí, señora, la limpié,—respondió tranquilamente.

Y añadió con interés:

—¿Por qué? ¿Se ha perdido algún papel?

Luisa palideció.

—Sí, un papel que tiré en la caja. ¿Dónde lo ha limpiado usted?

—En la cesta de la basura, como de costumbre, señora. Creí que no servía nada de aquello.

—¡Ah, voy á ver!

Y subió rápidamente á la cocina.

Juliana iba detrás, diciendo:

—Ha sido ahora mismo; no hace aún cinco minutos. Estaba el cajón tan lleno... Fui á hacer un pe-



queño arregló en el despacho... ¡Válgame Dios si la señora lo hubiera dicho!...

Pero la cesta de la basura, estaba vacía. Juana había ido á vaciarla en aquel instante. Viendo la inquietud de Luisa, preguntó:

—¿Ha perdido algo la señora?

—Un papel—dijo Luisa, que miraba en derredor por el suelo muy pálida.

—¿Eran unos papeles arrugados, señorita?—dijo la criada.

—¿Los ha echado en la cesta?

—Podría habérselo caído alguno por ahí fuera, señora Juana,—exclamó tímidamente Juliana.

—Vaya, vaya á ver, Juana,—añadió Luisa con alguna esperanza.

Juliana, parecía afligida:

—¡Jesús! Señor! ¡si hubiera podido adivinarlo! ¿Por qué no lo ha dicho la señora?

—Bien, bien; no es culpa tuya, mujer.

—Creo que hasta se me va á poner el estómago malo. ¿Era una cosa de importancia, señora?

—No, era una cuenta.

—¡Válgame Dios!

Juana volvió sacudiendo un papel arrugado.

Luisa leyó: "... el diámetro del primer pozo de exploración...

—No, no es esto,—exclamó contrariada.

—Entonces, es que le hemos echado nosotras al caño, señora.

—No hay nada más que registrar bien.

—Lo he rebuscado todo perfectamente.

Y Juliana añadió desolada:

—Antes quisiera perder dos monedas de plata. ¡Si yo lo hubiese podido adivinar!

—Juana, Juana,—murmuró Luisa, apareciendo tranquila.

Pero estaba asustada, sentía una angustia infinita. Acordóse de la carta que había escrito la vispera á Basilio, y que puso toda arrugada en el bolsillo del vestido. Entró en el cuarto agitada. Doña Felicidad se había quitado el sombrero y se acomodaba en el confidente.

—Me dispensarás esta ausencia,—dijo.

—Anda, anda, hija. ¿Qué es eso?

—He perdido una cuenta—añadió.

Fué al guardarropa; halló la cartita en el bolsillo. Aquello la serenó. De seguro que la otra cartita había ido á parar á la espuerta de la basura. Pero ¡qué imprudencia la suya!

—Bien; esto se acabó,—dijo, sentándose resignada.

Y doña Felicidad inmediatamente, bajando la voz en tono confidencial, exclamó:

—Ahora venía á hablarte de una cosa. Es un secreto.

Luisa se sobresaltó mucho.

—Dicen que en tierra de Tuy hay una mujer que tiene una virtud para hacer casamientos, verdaderamente milagrosa. Que no hay más allá; en echando las cartas á un hombre, el hombre concibe por la mujer una pasión tan grande, que en seguida se arregla el casamiento, y sobreviene la mayor felicidad.

Luisa tranquilizada, sonrió.

—Escucha, no empieces ya con tus cosas ordinarias.

En el tono grave de doña Felicidad, había un respeto supersticioso.

—Ha hecho milagros. En cuanto una mujer posee aquel encanto comunicado por esta extraordinaria maga, los hombres comienzan á entristecerse, á



apasionarse, á estar locos de amor. Me lo ha contado el criado, y he pensado en seguida...

—¿Emplear ese recurso mágico con el Consejero?  
—exclamó Luisa.

—¿Qué te parece?

Luisa dió una gran carcajada; pero doña Felicidad casi se escandalizaba.

—Entre otros casos, un hidalgo que deshonró á una lavandera, y un hombre que abandonó á su mujer y á sus hijos y huyó con una prostituta, en todos estos casos, aquella virtud mágica había obrado de un modo fulminante, produciendo un amor súbito y fogoso por las personas despreciadas. Aparecían luego rendidos, estaban buscando la ocasión de ver al objeto que tanto ansiaban. Si estaban lejos, volvían rápidos, ansiosos de encontrarla, á pie y á caballo, en diligencia, fatigados y ardientes, y se entregaban mansos y humildes como esclavos sometidos. Pero para ir á su tierra y hablar á esa mujer es preciso llevar el retrato del Consejero; es necesario buscar el retrato de él; es necesario el mío; ir, hablar y volver; y por esto pide siete monedas.

—¡Oh, doña Felicidad!—dijo Luisa repentinamente.

—No me digas, no empieces tú con tus cosas. ¡Ojalá que sea yo uno de estos casos!

E irguiéndose:

—Pero esas siete monedas... ¡Siete monedas!—exclamó, abriendo mucho los ojos.

Juliana bajito con una sonrisa dijo.

—¿La señora hace el favor?

La llamó hacia el corredor.

—Esta carta que viene del Hotel.

—Bueno mujer; pero no es preciso hacer ese misterio.

No entró en el cuarto sin embargo. Abrió el sobre; estaba escrito el papel con lapiz y de prisa.

“Amor mío—decía Basilio.—¡Por un feliz acaso he descubierto lo que necesitábamos; un nido discreto para vernos (é indicaba la calle y el número) el *Paraiso* más seguro. ¿Cuándo vienes amor mío? Ven mañana. He bautizado esta casa con el nombre de *Paraiso*. Para mi adorada mía, es en efecto un *Paraiso*. Te espero desde el mediodía.”

Aquella precipitación la halagó. El nido, probando una pasión impaciente, exclusivamente ocupada de ella le producía una dulce dilatación de orgullo, al mismo tiempo que aquel *Paraiso*, descrito como en una novela, le daba esperanzas de una excepcional felicidad. Todas sus inquietudes, surtas de la carta perdida se disiparon de repente como copos de nieve bajo el sol que sale.

Volvió al cuarto con tranquilidad completa.

—¿Qué te parece?—preguntó doña Felicidad á quién su idea preocupaba tiránicamente.—¿Crees que debo mandar ese hombre á Tuy?

Luisa encogióse de hombros. La severidad poética de su intriga romántica hallaba repugnante aquel sentimentalismo senil.

—¡Tonterías!—dijo con desdén.

—¡Oh! hija, no me digas eso—repuso desolada doña Felicidad.

—Bien, entonces mándele—dijo impaciente Luisa.

—¡Pero esas siete monedas!—murmuró doña Felicidad casi llorosa...

—Por un marido me parece barato.

—¿Y si las cartas engañan?

—Entonces es caro.

Doña Felicidad exhaló un largo ¡ay! Era muy in,



feliz. Aquella duda entre los impulsos del corazón y las prudencias de la economía la martirizaban. Luisa tuvo pena de ella y sacudiendo su vestido del guardar ropa:

—Déjalo, hija - exclamó, - No han de ser necesarias esas brujerías.

Doña Felicidad elevó los ojos al cielo.

—¿Vas á salir? - preguntó melancólicamente.

Propuso á Luisa entonces que fuese con ella á la casa de salud de la Encarnación; visitarían á Silveira que tenía un forúnculo y verían los preparativos para la iglesia.

Luisa aceptó.

—Tengo deseos, ganas de ir á rezar una estacioncita para aliviarme por dentro—dijo suspirando.

Se vistió muy de prisa.

—¿Qué le parece mi sombrero nuevo?—dijo enseñándole uno de paja guarnecido de *miosotis*.

—¡Oh! Basilio te ha de encontrar muy guapa con él,—dijo doña Felicidad.

Citádoselo sin motivo, acometió á Luisa un raptó de felicidad exuberante. Todo lo halló delicioso. Salir, ir á la Encarnación, pensar en su amante, y como si flotase en el aire, andaba de una parte á otra, sin sentir siquiera el paso de su propia persona. ¿Dónde había dejado sus llaves? Las necesitaba para sacar una cosa precisa. ¿En la cómoda? Tal vez. Fué á ver. Salió corriendo, cantando:

*Amici la notte é bella*

*la ra, la ra.*

Casi tropezó con Julianá que barría el comedor.

—No deje de planchar mi saya bordada para mañana Juliana.

—Si señorita, ya está almidonada.

Y siguiéndola con una mirada feroz.—Canta piórrinha, canta maldita, canta mala mujer—y tocada súbitamente de júbilo dió varias escobadas rápidas cantando con su voz áspera.

*Pasado mañana toma la campaña*

*Por aquí se dice...*

*Si fuera verdad*

*Si esto no es patraña.*

Y con una entonación enfática añadió:

*Seré bien feliz.*

Al otro día á las dos de la tarde, Sebastián contó su escena con Luisa á Julián paseando por San Pedro de Alcántara y cómo desde entonces su estimación por ella había crecido. Al principio ella se había enfadado, sí.

Pero tuvo razón. Así, de sorpresa, fué un disparate.

Después la pobrecita reflexionó, mostróse muy disgustada, toda celosa de su pudor. Le pidió consejos con lágrimas en los ojos.



—Yo he pensado luego que era lo mejor hablarle al primo. Decirle lo que sucede. ¿Qué te parece?

—Sí,—dijo—Julián.

Había escuchado distraído, chupando la punta de su cigarro. Su rostro parecía aún más sombrío que de ordinario.

—¿Juzgas que he hecho bien? dime, créeme que es una señora de bien en toda la extensión de la palabra, Julián.

Continuaron callados. El día estaba nublado con aire de tempestad. Gruesas nubes ennegrecían el horizonte por el lado de Grasa; detrás de las colinas pasaba el viento agitando las hojas de los árboles.

—De manera que ahora estás convencido. ¿No te parece?—resumió Sebastián.

Julián se encogió de hombros dibujando sus labios triste sonrisa.

—¿Quién me diera tus cuidados!—dijo y habló entonces con amargura de sus preocupaciones.

Dentro de una semana se abriría el concurso para una plaza de sustituto de la Escuela y se preparaba para ella. Era su tabla de salvación, si consiguiera aquel cargo, ganaría nombre y clientela para poder vivir. Tal vez la fortuna y ¡qué demonio! siempre era estar dentro. Pero la certeza de su superioridad no le tranquilizaba, porque en estas cuestiones, la ciencia, el estudio, el talento, son pura andrómina sino se cuenta con influencias, y él no las tenía. Su contrincante, un ignorante, era sobrino de un Director General, tenía conocimientos en la Cámara, era un coloso. Por eso trabajaba para completar sus estudios, pero también buscaba cuñas con que derrotar á su adversario.

¿A quién acudiría?

—¿No conoces á nadie, Sebastián?

Sebastián se acordó de un primo suyo, diputado

por Alentejo, un pez gordo de la mayoría. Si Julián quería, iría á hablarle. Además, tenía á su disposición un Consejero. Acacio.

—Un bestia, un ignorante,—dijo Julián.—¿Quién le hace caso á aquello? Tu primo, tu primo me parece bueno. Es necesario alguien que hable, que trabaje.

Iba á continuar explicando su tesis cuando Sebastián le interrumpió:

—Aquí viene ella.

—¿Quién, Luisa?

Pasaba Luisa en efecto, por fuera del paseo vestida de negro. Sólo respondió á la cortesía de los dos caballeros con una sonrisa y les hizo adiós con la mano, un poco cortada.

Y Sebastián inmóvil siguiéndola directamente con los ojos, exclamó:

—Si aquello no respira honestidad... Anda con Dios santa criatura, anda con Dios.





Iba á encontrar á Basilio en el *Paraiso* por primera vez y estaba muy nerviosa. No había podido dominar desde por la mañana un miedo indefinido que la hizo ponerse un velo espeso, á pesar de lo cual no se tranquilizó su temor de ser reconocida. El corazón la latió con violencia al encontrar á Sebastián, pero al mismo tiempo, una curiosidad entonces múltiple impelióla con un estremecimiento de placer. Iba por fin á ser la heroína de aquella aventura que tantas veces había leído en las novelas.

Era una nueva forma del amor que iba á experimentar sensaciones excepcionales. Recorrió todo: la cartita misteriosa, el secreto ilegítimo, todas las palpitaciones del peligro; la *casa* en sí la interesaba y la atraía más que Basilio. ¿Por qué sería aquello? Era cerca de los Arroyos, más allá del paseo de Santa Bárbara. Acordábase que había allí un montón de viejas casas.

Hubiese deseado que fuese en el campo, en una quinta con arboledas murmuradoras y selvas sombrías y solitarias. Entonces hubiesen paseado en un silencio poético y después, el son del agua que cae gota á gota de la piedra, hubiera dado un ritmo lánguido á sus frases amorosas. Pero era un piso terce-

ro, ¡quién sabe como estaría puesto! Recordaba una novela de Paul Feval en que el héroe, poeta y duque, forró de satén y terciopelo el interior de una choza para celebrar allí sus entrevistas amorosas. Los que pasaban, viendo aquella casucha arruinada, experimentaban un sentimiento de compasión hacia el que vivía allí; pero dentro, muy secretamente, las flores se abrían sobre vasos de Sévres y los pies desnudos pisaban tapices de los Gobelinos. Conocía el gusto de Basilio y le parecía que era poco más ó menos, como la choza de la novela. En el paseo de Camoens reparó que un sujeto en quien se había fijado antes, la seguía con una obstinación molesta; tomó un cupé y al bajar á Chiado experimentaba deliciosa sensación en ser así llevada rápidamente á los brazos de su amante y miraba con cierto desdén á los que pasaban acelerados en sus movimientos de la vida trivial cuando para ella aquella hora era tan poética. Todavía cuando ya estaba cerca, acometióle una timidez, una contracción de miedo, como un plebeyo que teme subir entre alabarderos, vistosamente uniformados, la escalera de un gran palacio. Imaginábase á Basilio esperándola, tendido en un diván de seda, y casi temía que su simplicidad vergonzosa, poco experimentada, no encontrase palabras bastante finas. ¡El debía haber conocido mujeres tan hermosas, tan ricas, tan diestras en el amor! Deseaba llegar en un cupé forrado de seda y cuando llegase, exhalar de sus labios frases tan espirituales como las de un buen libro.

El carruaje se detuvo al pie de una casa amarillenta con una puertecita pequeña; á la entrada se advertía olor de humedad; la escalera de peldaños desgastados subía ásperamente entre dos paredes donde la cal caía y donde la humedad había pintado redondeles oscuros; en el descansillo una ventana



protegida por una cortina verde, muy sucia, daba luz al zaguán y detrás de la cortina, oíase el mover de una cuna y el llorar de una criatura. Pero Basilio bajó con un cigarro en la boca.

—¿Tan tarde? Sube. Creía que no venías. ¿Qué ha sucedido?

La escalera era tan estrecha que no podían subir juntos. Y Basilio caminó delante de ella.

—Estoy aquí hace una hora. Imaginé que te hubiera sucedido algo en la calle.

Abrió una puerta y la hizo entrar en un cuarto pequeño, forrado de papel con listas azules y blancas. Luisa vió en el fondo una cama de hierro con una colcha roja, llena de remiendos de telas diferentes y sábanas de lienzo tosco, de un blanco dudoso y mal lavado, con los embozos impudicamente entreabiertos.

Púsose escarlata, sintióse avergonzada, sin palabras para saludar y sus ojos muy abiertos fijáronse en las sucias paredes, en las esteras carcomidas, destruidas por unos sitios y despintadas de su tinte por otros; en una litografía, donde una figura cubierta de una túnica azul flotante, desparramaba flores mientras volaba; sobre todo una gran fotografía por encima de un viejo canapé de paja, atrajo su mirada; era un retrato descolorido, del cual hubiera podido decirse que no se parecía á ningún ser de los que ha habido ni pueden venir al mundo.

—Ha sido todo lo que se ha podido arreglar—dijo Basilio; fué un acaso; es muy retirado y discreto, pero no es lujoso.

—No—dijo Luisa en voz baja.

Levantóse, fué á la ventana y levantó una punta de la cortinilla; enfrente vió un zapatero de cabeza calva batir la suela; á la entrada de una tienda, balanceábase un ramo de retama colgado de una cuer-

da; en una ventana una muchacha desgredada lavaba gravemente la cabeza de un niño pequeño que tenía una granulación repugnante entre el pelo.

Luisa se mordió los labios, se mostró entristecida. Entonces una mano tocó suavemente á la puerta. Se asustó, miró á Basilio, preguntándole qué era aquéllo.

Basilio fué á abrir; una voz dulce, meliflua, dijo:

—Estén tranquilos y fien en mí.

—Bien, bien—murmuró Basilio apresurado y cerrando la puerta.

—¿Quién es?

—La patrona.

El cielo empezaba á entenebrecerse y de cuando en cuando gruesas gotas de lluvia manchaban de negro el piso de la calle. Un tono crepuscular hacía el cuarto más melancólico.

—¿Cómo has descubierto esto?—preguntó Luisa tristemente.

—Me lo ha buscado... un amigo.

¿Cómo! ¿Otra gente había estado allí, había amado allí?—pensó ella—y aquella cama le parecía repugnante.

—Quítate el sombrero—dijo Basilio casi impaciente.—Me estás afligiendo con ese sombrero puesto.

Ella soltó de repente el elástico que le prendía y se fué al canapé de paja desconsolada. Basilio la tomó las manos, atrayéndola hacia sí y sentándola en el lecho.

—¡Estás tan linda!

Besóla en el cuello, recostó su cabeza sobre el pecho de Luisa y con una voz emocionadísima exclamó:

—¡Lo que he soñado contigo esta noche!

Pero de repente una fuerte ráfaga de lluvia azotó



los cristales. Inmediatamente llamaron á la puerta con insistencia.

—¿Quién es? gritó Basilio enfurecido.

La voz llena de eses, dijo que se había olvidado un cobertor en la barandilla, donde la había puesto á secar.

—Yo se lo pagaré si se mancha.

—Dale el cobertor. Que le lleve al diablo.

Luisa sintió un estremecimiento de frío en la cama, y en el alma un profundo disgusto, porque todas aquellas circunstancias le hacían sufrir el desencanto de un sueño.

Así el *yate* aparejado noblemente para un romanesco viaje, vá á encallar al partir en los lodazales del río bajo, y al contramaestre aventurero, que soñaba con las esencias y los perfumes de las florestas aromáticas, vésele permanecer inmóvil sobre cubierta teniendo que taparse la nariz para no aspirar los efluvios palúdicos que rodean el barco.

Apenas comenzó Luisa á salir todos los días, Juliana pensó:

—Bueno: ahora estoy segura de que cuando sale, vá á verse con ese señor.

Y se hizo más servil. Con sonrisa de bajeza en los labios, corría á abrir la puerta, alborozada, cuando Luisa volvía á las cinco. Y ¡qué celo! ¡qué exactitud! Un botón que faltase, una cuenta que se extraviara, eran *Mil perdones, señora mía; perdone por esta vez* y mil lamentaciones humildes. Interesábase por la salud de ella, por su ropa, por lo que debía comer. Desde que habían empezado los viajes al *Paraiso*, su trabajo había aumentado. Todos los días tenía que planchar; muchas veces era preciso enjabonar á media noche, medias, puños, hasta las once y aun más tarde. A las seis de la mañana ya estaba con la plancha á vueltas sin quejarse antes bien, decía á Juana:

Es un regalo ver á la señora tan elegante. ¿Lo puede usted creer? hasta me da gusto. Además, gracias á Dios, ahora tengo salud y el trabajo no me ha asustado nunca.



No murmuraba del ama. Afirmaba á veces repetidamente:

—La señora es una santa. No he visto ninguna mejor.

Su rostro perdió algo del tono bilioso y de la contracción amarga.

Al comer, ó por la noche cosiendo, cerca de Juana, á la luz de petróleo, veníanle sonrisas súbitas y su mirada se iluminaba con dilatación genial.

—La señora Juliana tiene aire de pensar en cosas buenas.

—La procesión va por dentro—respondía satisfecha.

Pareció perder su carácter atrabiliario, hasta llegar á hablar del despegó de un vestido de seda que había estrenado cierto domingo de Septiembre la Gertrudis del doctor. Apenas murmuró:

—También llegará día en que pueda yo estrenar vestidos y buenos; vestidos de modista.

Y por palabras semejantes revelaba su esperanza próxima.

Juana llegó á decirle un día:

—Pero, señora Juliana, ¿espera usted alguna herencia?

—Tal vez—respondió secamente.

Y cada día, sin embargo, detestaba más y más á Luisa: cuando por la mañana la veía componerse, perfumarse, mirarse en el tocador, canturreando en su cuarto, salía de él, porque la acometían arrebatos de odio y temía no poder contenerse. Odiábala por las *toilettes*, por su ropa blanca, por el hombre que iba á ver, por todos sus regalos. ¡Miserable! Cuando salía iba á contemplarla, la veía subir la calle y permaneciendo detrás de la vidriera, exclamaba:

—Diviértete, piorrinha, que mi día llegará seguramente.

Luisa, en efecto, se divertía. Salía todos los días á las dos. Apenas doblaba la esquina, el conciliábulo de la calle se juntaba para juzgar. Teníase allí por cierto que iba á verse con un caballero. ¿Dónde sería? Esto era el tema.

—En un hotel—decía Paula.

—Sí, en los hoteles hay mucho escándalo. O tal vez en un casuco repugnante.

La estanquera se indignaba.

—¡Una señora antes tan virtuosa!

—Vaca suelta, bien se lame, señora Elena;—murmuraba Paula.—Todas son lo mismo.

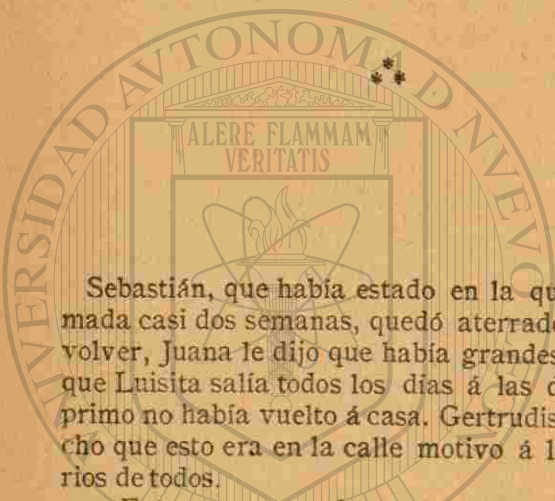
—No todas,—protestaba la estanquera;—que yo siempre he sido honrada.

—Y de mí nadie ha tenido nada que decir—agregó la carbonera.

—Hablo de la alta sociedad, de las señoras, de las que arrastran sedas, es una clase perdida. Yo bien sé por qué lo digo.—Y añadió con gravedad:—En el pueblo hay más moralidad: el pueblo es otra raza.

Y con las manos en los bolsillos, con las piernas muy abiertas, permanecía absorto, con la cabeza baja y el mirar clavado en el suelo.





Sebastián, que había estado en la quinta de Almada casi dos semanas, quedó aterrado cuando al volver, Juana le dijo que había grandes novedades; que Luisita salía todos los días á las dos y que el primo no había vuelto á casa. Gertrudis le había dicho que esto era en la calle motivo á los comentarios de todos.

— ¡Entonces, una pobre señora no puede ir siquiera á las tiendas, á sus quehaceres! — exclamó Sebastián. — Gertrudis es una desvergonzada y no sé cómo usted consiente que ponga aquí los pies, con infamias y calumnias.

— No, no eres justo; — replicó escandalizada la tía Juana. — Realmente la pobre mujer dice que lo oyó en la calle, que la ha defendido tenazmente, pero se dice en la calle y se repite por todo el mundo, y cuando lo dicen...

Sebastián, recobrando su serenidad ordinaria, replicó:

— ¿Pero, quién lo dice, tía Juana?

— Quién? Toda la calle, toda la calle; — contestó muy enfáticamente.

Sebastián quedó aniquilado. Tal vez fuese cierto.

Verdaderamente ella salía todos los días y cuando estaba Jorge apenas salía de casa. La vecindad que murmuró de las visitas del *otro*, comenzaba á comentar las salidas de ella. Esto era desacreditarse. Y él no podía hacer nada. Ir á advertirla ¿para qué? ¿Para tener otra escena como la anterior? No podía ser. Procuró verla; no quería, ciertamente, tocar en nada este asunto, solamente verla. No estaba. Volvió á los dos días; Juliana le dijo en la cancela, con su sonrisa dulzona:

— Ahora se ha ido, hace un momento, hacia la Patriarcal.

Por fin, un día la halló al comienzo de la calle de San Roque.

Luisa parecía muy contenta de verle.

— ¿Por qué ha estado tanto tiempo en Almada? ¡Qué deserción!

El dijo que tenía carpinteros allí; que era necesario vigilar las obras y que venía un poco aburrido también.

— Jorge dice que aun se detendrá. No tengo ya paciencia bastante. Sin Julián, sin el Consejero, sin nadie. Doña Felicidad es la que ha ido allá algunas veces y eso, de prisa. Siempre está metida en la Encarnación. Esta gente devota...

Y soltó una carcajada.

— ¿Dónde iba entonces?

— A unas compras poco importantes; á la modista después.

— Sebastián, vaya por casa.

— He de ir.

— Por la noche estoy sola. He tocado mucho. ¡Y si viera lo que me vale el piano!

En la misma tarde Sebastián recibió carta de Jorge. "¿Has visto á Luisa?," Estuvo con cuidado porque durante cinco días no le escribió ella. "Por lo demás,



siempre se manifiesta muy ocupada y escribe solamente cuatro líneas, porque el correo va á partir. Ve á decir al correo que espere ¡qué demonio! Se queja de que se aburre, de que está sola, de que todos la han abandonado, de que vive en un desierto. Ve á hacerle compañía, etc., etc.,

Al anochecer del día siguiente, fué Sebastián á casa de Luisa. Apareció muy encarnada, con los ojos llorosos, vestida de blanco.

Había llegado muy cansada de la sesión; habíale dado sueño después de comer y se había dormido sobre el confidente. Y ¿qué había de nuevo? Hablaron de las obras de Almada, del Consejero, de Julián y después permanecieron callados. Había algo que retenía las palabras.

Luisa encendió las velas del piano, mostróle la nueva música que estudiaba, la *Medje* de Gounod; pero había una frase en que se enredaba siempre. Pidió á Sebastián que la tocara, y al lado del piano, llevando el compás con el pie, acompañó, bajo, la melodía, á la que la ejecución esmerada de Sebastián daba mayor encanto. Quiso intentar después, pero volvió á enredársele y se fué á sentar al sofá, diciendo:

— Casi nunca toco; empiezan á entorpecérseme los dedos.

Sebastián no se atrevió á preguntarle por su primo Basilio.

Luisa no pronunció siquiera este nombre, y Sebastián, viendo en aquella reserva una disminución de la confianza, ó un resto de despecho persistente, pretextó que tenía que ir á la Sociedad de Agricultura. Se separó desconsolado. Cada día de los siguientes, trájole inquietudes nuevas. A veces era la tía Juana que le decía por la tarde:

— Luisita ha salido hoy otra vez. Con este calor eso es peligroso para la salud.

Otras veces era el conciliábulo de vecinos que él veía desde lejos reunidos y que estaban de seguro sacándole tiras de piel á la pobre criatura. Parecía-le aquello exactamente el aria de la calumnia de *El Barbero de Sevilla*. La calumnia, al principio leve como un vientecillo, sigue en un crescendo aterrador hasta estallar el trueno. Daba vueltas para no pasar por aquella calle, delante de Paula y de la estanquera. Tenía vergüenza de todos. Encontró á Teixeira Acevedo, que le preguntó:

— ¿Aun no ha venido Jorge? ¡Qué demonio! ¿Se va á quedar por allá?

Aquella observación trivial le aterró.

Por fin un día fué á buscar á Julián. Lo encontró en su cuarto, en chinelas, despeinado, teniendo al lado una cafetera. El suelo estaba lleno de puntas de cigarro. Sobre una cama deshecha había libros abiertos y en todas partes señales de un gran desorden.

Julián, apenas entró, irguióse. Se desperezó, lió un cigarro y dijo que estaba trabajando desde las siete, ¡Eh! Era bonito tanto trabajar. ¡Para que lo resistiese el señor Sebastián!

— Por lo demás, llegaste á propósito. Estaba para mandar recado á tu casa. Debía recibir dinero y no viene. Dame una libra.

Y comenzó á hablar de su tesis. La cosa le iba saliendo bien. Leyóle párrafos del prólogo con una delectación fraternal; y muy satisfecho en la abundancia de confianza que da la excitación, dando rápidos paseos por el cuarto, decía:

— He de demostrarles que aun hay portugueses en Portugal. Los voy á dejar con la boca abierta, ya verás, Sebastián.



Sentóse, púsose á numerar las cuartillas escritas. Sebastián entonces, con timidez, sintiendo perturbarle aquellos altos intereses científicos, dijo:

—Pues yo venía á hablarte de una cosa de nuestra gente...

Pero la puerta abrióse con fuerza, y un muchacho de barba mal afeitada y ojos blandos, entró. Era estudiante y amigo de Julián. Casi inmediatamente los dos reanudaron una discusión que habían trabado por la mañana y que fué interrumpida á las once, cuando el muchacho de los ojos tiernos tuvo que ir á almorzar á Aurea.

—No, chico, no—decía el estudiante exaltado—estoy en mis trece. La medicina es una ciencia á medias; la fisiología es otra ciencia á medias: son ciencias conjeturales, porque se nos escapa la base, que es conocer el principio de la vida.

Y cruzando los brazos delante de Sebastián:

—¿Qué sabemos del principio de la vida?

Sebastián, humillado, bajó los ojos, pero Julián se indignaba.

—Estás desmoralizado por la doctrina vitalista, miserable. Una teoría, que pretende que las leyes que gobiernan á los cuerpos brutos, no son las mismas que gobiernan á los cuerpos vivos, es una herejía hidrostática, y Bichat, que la proclama, un bestia.

Y el estudiante, fuera de sí, berreó. Que llamaran á Bichat un bestia, era un verdadero disparate. Pero Julián despreció la injuria y continuó exaltado en sus ideas:

—¿Qué nos importa á nosotros el principio de la vida? Me importa tanto como la primera camisa que vestí. El principio de la vida es como otro cualquier principio: un secreto que hemos de ignorar eternamente. No podemos saber ningún principio. La vida, la muerte, los orígenes, los fines, misterios, son cau-

sas primarias con que no tenemos nada que hacer, nada. Podemos batallar todos los siglos, que no adelantaremos una pulgada. El fisiólogo, el químico, no tienen nada que ver con los principios de las cosas, lo que les importa son los fenómenos. Ahora bien, los fenómenos y sus causas inmediatas, mi caro amigo, pueden ser determinadas con tanto rigor en los cuerpos brutos como en los cuerpos vivos, en una piedra, como en un hombre. Que la fisiología y la medicina son ciencias tan exactas como la química, esto ya viene desde Descartes.

Entonces trabaron una nueva batalla incidental sobre Descartes, é inmediatamente, sin que Sebastián, atónito, hubiese advertido, la transición, se encarnizaron en la idea de Dios. El estudiante parecía necesitar á Dios para explicarse el universo, pero Julián atacaba á Dios con cólera. Le llamaba una hipótesis añeja, una vieja cantata del partido miguelista. Y comenzaron á atacarse sobre la cuestión social como dos gallos de pelea. El estudiante, con los ojos inyectados, sostenía, dando puñetazos sobre la mesa, el principio de autoridad. Julián gritaba en defensa de la anarquía individual, y después de citar con furia á Proudhon, Bastiat, Fouffron, descendían al terreno de las personalidades. Julián que dominaba al otro por la estridencia de su voz, reparó violentamente al estudiante sus inscripciones del 6 por 100, el ridículo de ser hijo de una persona modesta que tenía aspiraciones aristocráticas... Entonces se dirigieron miradas de desprecio y de odio, y poco después, el estudiante dejó caer con desdén algunas palabras sobre Claudio Bernard, volviendo á recrudecerse la cuestión.

Sebastián cogió el sombrero.

—Adiós—exclamó en voz baja.



—Adiós, Sebastián, adiós—dijo prontamente Julián.

Le acompañó hasta el descansillo de la escalera.

—¡Ah! ¿Cuándo consideras que yo hable á mi primo?—murmuró Sebastián.

—Pues sí, veremos. Yo pensaré—dijo Julián con indiferencia, como si el orgullo del trabajo le hubiese impedido pensar en lo que le decía.

Sebastián, bajando la escalera, pensó que no se le podía hablar de nada, más de pronto se le ocurrió una idea.—¡Si fuese á hablar con doña Felicidad! Era un poco tonta, pero era al cabo, mujer de edad y amiga íntima de Luisa; tenía más autoridad, más habilidad también para hablarla. Decidido, tomó un coche y fué á la calle de San Benito.

La criada de doña Felicidad, apareció desolada y lacrimosa.

—¿Pero no sabe usted lo que pasa?

—No.

—¡Ay! ¡Parece imposible!

—¿Pues qué ha ocurrido?

—La señora... una desgracia así... se la torció un pie en la Encarnación. Ha estado muy mala, muy mala. Aquí, en la Encarnación, no podía subir. Estaba con la señora doña Ana Silveira. ¡Una desgracia semejante! ¡Y está tan molesta!

—¿Y cuando fué?

—Anteayer por la noche.

Sebastián saltó al coche, mandó correr á casa de Luisa. Y doña Felicidad estaba enferma en la Encarnación. Pues entonces Luisa podía salir todos los días; iría á verla seguramente, á hacerla compañía, á hablar con ella. La vecindad, murmurando impíamente, cuando la pobre señora iba á ver á una enferma. Eran las dos, cuando el coche se detuvo á la

puerta de Luisa. Sebastián encontró á ésta que bajaba vestida de negro, con un velo que adornaba su rostro.

—¡Ah! ¡suba usted Sebastián! ¿Quiere usted subir?

—No, muchas gracias. Venía á decirle... ¿no sabe usted que doña Felicidad?...

—¿Qué?

—Se ha torcido un pié; está muy mala.

—¡Qué me dice, Sebastián!

Sebastián dió los pormenores.

—Debía usted ir.

—Voy allá.

—Yo no puedo ir, porque no permiten entrar hombres en la Encarnación. ¡Desventurada! Dicen que está muy mala.

Fué hasta la esquina de la calle. Y muchos recados. Dijola que sentía no poder verla. ¡Pobre señora!

Dirigióse hacia la Patriarcal. Estaban santificados aquellos paseos de todos los días. Iba á ser la enfermera de la pobre doña Felicidad. Era necesario que todos lo supiesen: Paula, la estanquera, Gertrudis, los Acevedos, todos; de modo que cuando la viesan salir dijeran:

—Va á hacer compañía á la enferma. ¡Pobre señora!

Paula estaba á la puerta de su tienda y Sebastián, con una idea súbita, se sintió maravillado de encontrarse tan hábil. Echó un poco hacia atrás el sombrero y señalando con el paraguas el cuadro que representaba á Juan VI.

—¿Cuánto quiere usted por este, señor Paula?

Paula quedó sorprendido.

—El señor Sebastián tiene gana de broma.

Sebastián exclamó:

—¡Broma! Hablo en serio. Quería algunos cuadros



para el vestíbulo en Aimada, pero viejos sin brillo, que dijeran bien sobre aquel papel obscuro.

Disculpe, señor Sebastián.

—Este Juan VI me agrada. ¿Cuánto cuesta?

Paula, dijo sin dudar:

—Dos mil setecientos; pero es obra de maestro.

Era una tela que tenía facciones de rostro abermellado, con cabellera en tirabuzones que sobresalía vagamente sobre el fondo sombrío; un bermellón pálido indicaba el velludo de una casaca de corte, y el vientre, saliente y ostentoso, henchía un colete descolorido. La parte más conservada de la tela era el lado en que estaba representado un cojín con una corona real, que el artista trabajó con minuciosidad entusiasta, ó por preocupación de idiota ó por adulación de cortesano. Sebastián lo encontraba caro; pero Paula mostró el precio escrito por detrás en una tirita de papel. Explicó el mérito de la tela, indicó sus bellezas, habló de su honradez de comerciante, deprimió á otros bandoleros que tenían la conciencia en los talones; manifestó que el retrato había pertenecido á la casa de Queluz y que él lo había comprado en subasta pública. Sebastián, dijo:

—Pues bien mándemele á casa y envíe la cuenta.

—Lleva una obra rica.

Sebastián miraba en derredor. Quería hablar del pié torcido de doña Felicidad y procuraba una transición. Examinó unas jarras de Indias, un tabor y viendo una polaquina de enfermo:

—Esta sí que era buena para doña Felicidad - exclamó —buena y comodísima butaca.

Paula abrió mucho los ojos.

—¡Para doña Felicidad Moronha! —replicó Sebastián. —Para estar echada. ¿Pero no sabe usted, hombre, que se ha roto un pié y que ha estado y está muy mala?

—¿Doña Felicidad, la amiga de aquí? E indicó con el pulgar la casa del ingeniero.

—Sí, hombre, sí. Se dislocó un pié en la Encarnación y allí tuvo que quedarse de noche. Luisa va á hacerle compañía todos los días. Ahora ha ido hacia allá.

—¡Ahl —dijo Paula lentamente y después de una pausa. —Pues yo aún no hace ocho días que la he visto entrar aquí.

—Fué anteayer.

Tosió y añadió mirando con gran atención unos grabados:

—Por lo demás, doña Luisa iba todos los días á la Encarnación á ver á doña Ana Silveira que estuvo mala. La pobre lleva tres semanas con una vida de enfermera. No sale de la Encarnación y ahora, para remate de fiesta, doña Felicidad.

—Pues no sabia nada, absolutamente nada —murmuraba Paula con las manos en los bolsillos.

—Mándeme á caso este Juan VI.

—A sus órdenes, señor Sebastián.

Sebastián fué á su casa. Subió á la sala y echando el sombrero sobre el sofá:

—Bien —pensó. —Ahora al menos están salvadas las apariencias. Paseó un rato con la cabeza baja meditando, triste; haber conseguido por un acaso justificar aquellos paseos para con la vecindad, házle más cruel la idea de no poderlos justificar consigo mismo. Los comentarios de los vecinos habían sido sin fundamento durante algún tiempo; pero ¿y los suyos? Quería hallarlos falsos, pueriles, injustos. Y contra su voluntad, su buen sentido y rectitud, estaba siempre enredándose. En fin, había hecho lo que había debido. Y con un gesto triste, hablando solo en el silencio de la sala, exclamó:

—Lo demás va con su conciencia.



Aquella misma tarde en la calle, sabíase ya que doña Felicidad se había torcido un pie en la Encarnación, otros decían que se había quebrado una pierna y que doña Luisa no salía de la cabecera. Y Paula declaraba con autoridad:

—Es muy buena muchacha, muy buena muchacha.

Gertrudis, la del doctor, fué por la noche á preguntar á la tía Juana, si era verdad lo de la pierna quebrada. La tía Juana enmendó: era un pié torcido, nada más. Gertrudis fué á decirselo al doctor, añadiendo que había ocurrido el lance en la Encarnación, donde estaba la enferma. En la calle todos la elogiaban. De allí á algunos días Teixeira de Acevedo que apenas saludaba á Luisa, habiéndola encontrado en la calle de San Roque, con una cortesía profunda la dijo:

—Disculpe señora. ¿Cómo va su enferma?

—Mejor, muchas gracias.

—Pues realmente, señora, es una gran caridad la que usted hace al ir todos los días á la Encarnación.

Luisa exclamó:

—No le falta compañía.

—Y de mucha caridad, señora —exclamó con énfasis Acevedo. —Lo he dicho por todas partes, es mucha caridad la de usted. A los piés de usted.

Y marchó conmovido.

\*\*\*

Luisa fué luego, con efecto á ver á doña Felicidad. Tenía una luxación simple, y acostada en el cuarto de Silveira, con compresas de arnica, creía aterrorizada que perdería la pierna, y pasaba el día rodeada de amigas, llorando, saboreando albérchigos de *Recolimento* y mordisqueando acerolas. Apenas alguien entraba á verla, redoblaba las exclamaciones y quejas; venía luego la historia, menuda, accidentada y prolija de la desgracia.

Poco á poco sentía que decaía y se apoyaba para poder decir: "¡Ay, Nuestra Señora de la Salud! Esto ha sido un milagro. Podía haber muerto!"

Todas las señoras convenían en que era un milagro; callaban compungidas é iban alternativamente á postrarse y pedir á los Santos celestiales, el alivio de Noronha.

La primera visita de Luisa fué muy grata para doña Felicidad porque se quejaba de estar en aquella cama, sin saber noticias, ni poder hablar de *el*. En los siguientes días apenas entraba en su cuarto Luisa, llamábala aparte á la cabecera del lecho y decía con murmullo misterioso:

—¿Le has visto? ¿Se sabe de *el*?



Su aflicción era que el Consejero no supiese que estaba mala y que no pudiera dedicarla aquellos pensamientos compasivos á que su pie tenía derecho y que serían un consuelo para su corazón, pero Luisa no lo había visto y doña Felicidad, volviendo á echarse, exhalaba agudos suspiros.

A las dos salía Luisa de la Encarnación é iba á tomar un carruaje en Recojo hasta la puerta del *Paraiso*. Apeábase en la calle de Santa Bárbara y haciéndose la menuda pegada á las casas, apresurábase, con los ojos bajos y una vaga sonrisa de placer.

Basilio esperaba en mangas de camisa, y para no fastidiarse había traído al *Paraiso* una botella de cognac, azúcar y limones y con la puerta entreabierta, fumaba, haciendo grocs fríos.

Pasaba el tiempo, veía pasar las horas y sin querer iba escuchando y tomando nota de todos los ruidos íntimos de la familia de la propietaria, que vivía en los cuartos interiores... De vez en cuando la voz acatarrada de una criada que cantaba y de repente el ladrido furioso de una perrita. Basilio encontraba aquello cursi y se impacientaba, pero un *fru fru* de vestido sonaba en la escalera y las dudas de él, como los recelos de ella, desechábanse desde luego al calor de los primeros besos.

Luisa llegaba con prisa; quería estar en su casa á las cinco, porque ¡era tan tarde! Entraba un poco sudada y Basilio gustaba de la transpiración que exhalaban sus hombros desnudos y tan bien marcados. Preguntaba él:

—¿Cuándo viene?

—No nos hace falta,—respondía Luisa—ni he recibido carta ni sé nada.

Parecía ser aquello una preocupación de Basilio dentro de la egoísta alegría de la posesión reciente.

La prodigaba caricias extáticas, arrodillábase á los pies de ella y decía con añorada voz:

—Lili no quiere á Bibí.

Ella reía medio enfadada con risa alegre y franca.

Lili adora á Bibí. Quería saber si pensaba en ella y lo que había hecho la vispera.

Pues fui al casino, jugó al *rrobbers*, vino enseguida á casa y soñó con ella.

—Vivo por tí, amor mío, créeme.

Y colocaba la cabeza de ella en el pecho de él, como bajo una felicidad excesiva.

Otras veces, más en serio, la daba ciertos consejos de gusto en la *toitette*. Pedíala que no llevase pozos en el cabello y que no llevase botinas de elásticos.

Luisa admirábase de su experiencia en estas cosas, le obedecía, se amoldaba á sus ideas y afectaba para acomodarse á su gusto un desden por la gente virtuosa, para imitar así sus opiniones libertinas. Así, lentamente y viendo aquella docilidad, Basilio no se entregaba á la molestia de disimular; usaba de ella ¡cómo si la pagase!

Aconteció una mañana, escribirla dos palabras con lápiz, diciéndola que no iría al *Paraiso*, sin otras explicaciones. En otra ocasión no fué, sin avisarla y Luisa halló la puerta cerrada; llamó tímidamente, escuchó por la cerradura, esperó palpitante y se volvió muy desconsolada, quebrantada por el calor y con lágrimas en los ojos. No aceptaba la menor incomodidad ni para causarle una alegría. Luisa habíale pedido que fuese de vez en cuando á su casa á pasar la noche; irían Sebastián, el Consejero y doña Felicidad cuando estuviese mejor.

Era una alegría para ella y además daba á sus



relaciones un aire más íntimo y más legítimo, pero Basilio contestó:

— ¡Qué! ¿Ir á cabecear de sueño con cuatro cotorras? Nunca.

— Pero se habla, se hace música.

— Gracias, conozco esa música de las *soirées* de Lisboa, el vals de Beijo y el *Trovador* ¡Quital

Por dos ó tres veces habló de Jorge con desdén y aquello la ofendió altamente.

Cuando entraba en el *Paraiso* ya no tenía la delicadeza amorosa de levantarse alborozado. Sentábase apenas en el sofá y tirando perezosamente el cigarro de la boca ¡Viva mi flor! decía. Y un aire de superioridad cuando hablaba y una manera de decir "tu no entiendes nada de eso."

Llegó á tener palabras crudas y gestos brutales y Luisa comenzó á desconfiar de que Basilio la quisiese y á creer que apenas la deseaba, al principio lloró, resolvió tener una explicación con él y romper si fuera necesario, pero ¡oh Dios! no se atrevía. La figura de Basilio, su voz y su gesto la dominaban y tenía miedo de perturbar su tranquilidad con quejas, porque estaba convencida de que aun la adoraba ó que le daba el deseo tanta excitación, que redundaba en perjuicio del sentimiento. Gozaba tanto, porque le amaba mucho, y su honestidad natural y sus pudores, refugiábanse en raciocinio sutil. El tenía muchas veces, aspereza de maneras, cierto tono de indiferencia, cierto; pero en otros momentos ¡cuánta ternura, qué conmoción en la voz, qué frenesí en las caricias! Amaba también, no cabía duda; aquella certeza, era su justificación. Y como era el amor el que la producía, no se avergonzaba de los alborozos voluptuosos con que iba todos los días al *Paraiso*. Dos ó tres veces al volver, había

encontrado á Juliana que subía también muy de prisa por el Molino de Viento.

— ¿De dónde venía usted?— preguntó en casa.

— De ver al médico mi señora, de ver al médico. Quejábase de punzadas, de palpitaciones, de falta de aire.

Flato, flato.

\*\*\*

Efectivamente; Juliana hacía el arreglo de la casa por la mañana; después, apenas Luisa á la una doblaba la esquina, muy recompuesta con su vestido de merino, su sombrero y su sombrilla, iba á decir á Juana:

— Voy á ver al médico.

— Hasta luego señora Juliana, — decía la cocinera, é iba á hacer las señales convenidas á su carpintero.

Juliana descendía por San Pedro de Alcántara y tomando el paseo del Carmo, iba á un callejón enfrente del cuartel; allí vivía en un tercer piso su íntima amiga, la tía Victoria. Era una vieja que fué acomodadora de criadas; aun tenía en la puerta una placa de metal con letras negras que decía: *Victoria Suarez, acomodadora.*

Primo Basilio—16



En estos últimos años, su industria se hizo más tortuosa. Ejercíala en una salita esterada, con mosquiteras de papel, pendientes del techo, alumbrada por dos ventanillas estrechas. Un vasto sofá, ocupaba casi toda la pared del fondo; fué en otro tiempo de reps verde, pero el uso había comido las esquinas y remendado la tela. Ahora presentaba un color indescriptible; los muelles partidos, crujían con estallido melancólico. En uno de sus extremos, dormía todo el día un gato y uno de los brazos de madera en que había una quemadura, revelaba que se había salvado milagrosamente de un incendio. Sobre el sofá, colgaba una litografía de Don Pedro IV. Entre las dos ventanas, había una cómoda alta y encima, entre un San Antonio y un cofrecillo hecho de conchas, un mico empajado, con ojos de vidrio, hacia equilibrios sobre una rama de árbol. Al entrar se veía desde luego junto á la ventana contigua á la puerta, arrimada á una mesa cubierta de hule, una espalda delgada y curva, y un gorrito de seda con una borla pendiente: era el señor Gouvêa, el memorialista.

En la atmósfera, se advertía un olor indefinido que participaba del aroma de plantas balsámicas cocidas, de grasa y guisado. Siempre había gente: gruesas matronas de amplios pañuelos y rostro regordete; cocheros con el cabello muy peinado y lustroso de aceite; criaditas de ojeras y faz amarilla, sombrilla de cabo de hueso y anillos en los dedos. Enfrente de la sala, se abría un cuarto á través de cuya cortina verde se veían á veces desaparecer rostros respetables de propietarias ó colas ruidosas de vestidos de seda. En ocasiones, los sábados juntábanse cinco ó seis personas viejas que hablaban bajo, con gesto misterioso; muchachitos que de improviso rompían á llorar, y el impasible señor Gou-

vêa escribía en sus registros echando á un lado, con melancólicos movimientos, salivazos. La tía Victoria, entre tanto, con su toca de merino negro y un vestido rojo, iba y venía, gesticulaba, hacía sonar el dinero, sacando á cada momento de la faltriguera pastillas para el catarro, que tomaba con delectación. La tía Victoria, era una mujer utilísima para sus clientes: prestaba dinero á los que lo necesitaban, guardaba las economías de los pobres, hacía escribir por medio del señor Gouvêa, las correspondencias amorosas á las criadas que no habían ido á la escuela; revendía vestidos; empeñaba levitas, agenciaba colocaciones, recibía confidencias, dirigía intrigas y entendía algo de partos. Jamás un criado despedido, dejaba de subir y bajar muchas veces la escalera de la tía Victoria. Poseía muchas relaciones, infinitas amistades. Solterones maduros, iban á entenderse con ella para que les facilitase una cocinera gordita y joven. Sabía conservar el secreto de muchos agios matrimoniales y se decía de ella que tenía más mañas que pelos. Ultimamente, á pesar de su mucho trabajo, apenas Juliana entraba, levantábase, iban al cuarto reservado, cerraban la puerta, y allí tenían sesión para media hora y Juliana salía siempre roja, con los ojos encendidos, feliz. Volvía de prisa á casa y apenas había entrado, decía:

—¿Ha vuelto la señora, Juana?

—Aun no, está en la Encarnación.

—¡Desdichada! Y después, naturalmente, irá á darse su paseito. Hace muy bien en divertirse.

Juana era obtusa y torpe. Además, su pasión puramente animal y física por el carpintero, achicaba el alcance de su espíritu.

Sin embargo, advertía que la señora Juliana estaba muy cariñosa con la señora y se lo dijo un día:



—Ahora, señora Juliana, parece que está usted más amiga de la señora.

—¿Más amiga?

—Sí, quiero decir... más... más..

—Más unida á la señora.

—Sí, más unida.

—Siempre lo estuve. Además, las gentes tienen sus repentinos y sus caprichos. Pero hoy, estoy convencida, Juana, de que en ninguna parte se está mejor que aquí. Es una señora de muy buen genio, sin vanidades insostenibles ni caprichos. Doy gracias al cielo de que me haya concedido este descanso y esta felicidad.

La casa, en efecto, tenía un aspecto jovial de felicidad tranquila. Luisa salía todos los días y todo le parecía bien. Nunca se impacientaba. Su antipatía por Juliana parecía haberse disipado y la consideraba una pobre alma de Dios. Juliana tomaba sus calditos, daba sus paseos y gruñía. Juana, mucho más libre que antes, regalábase con su carpintero.

No venían visitas. Doña Felicidad en la Encarnación encubada de arnica; Sebastián estaba en Almada, donde había ido á vigilar las obras; el Consejero había partido para Cintra á dar una fiesta al espíritu, á regocijarse en las maravillas de aquel Eden, como había dicho á Luisa; el señor Julián, el doctor, como le llamaba Juana, trabajaba en su tesis.

Las horas eran regulares. Había siempre gran silencio y gran reposo. Juliana un día en la cocina, impresionada vivamente por aquel recogimiento y por la satisfacción que se respiraba en la casa, exclamó:

—¡Ah, Juana! no se puede estar mejor. La barca va por un mar de rosas. Esto es la felicidad—agregó con una risita extraña.

VII

Por este tiempo, una mañana que Luisa iba hacia el *Paraiso*, vió de repente salir de un portal, poco más adelante del piso de Santa Bárbara, la figura de Ernestillo.

—¡Por aquí prima Luisa!—dijo sorprendido.—¡Por estos barrios! ¿Qué traes por aquí? ¡Vaya un milagro encontrarte en tales calles!

Venia muy encarnado; llevaba recogidas hacia atrás las faldas del gabán y agitaba con excitación un rollo de papeles. Luisa quedó como sobrecogida. Dijole que venía de hacer una visita á una amiga.

—No la conoces. Acaba de llegar de Oporto.

—¡Ah! Bien, bien.

—Y ¿qué has hecho? ¿Cómo has pasado el tiempo? ¿Cuándo viene Jorge?

Disculpóse luego de no haber ido á verla; pero no tenía un minuto libre de la mañana á la noche, ocupado en los ensayos.

—¿De modo que el drama adelanta?—preguntó Luisa.

—Adelanta.



—Ahora, señora Juliana, parece que está usted más amiga de la señora.

—¿Más amiga?

—Sí, quiero decir... más... más..

—Más unida á la señora.

—Sí, más unida.

—Siempre lo estuve. Además, las gentes tienen sus repentinos y sus caprichos. Pero hoy, estoy convencida, Juana, de que en ninguna parte se está mejor que aquí. Es una señora de muy buen genio, sin vanidades insostenibles ni caprichos. Doy gracias al cielo de que me haya concedido este descanso y esta felicidad.

La casa, en efecto, tenía un aspecto jovial de felicidad tranquila. Luisa salía todos los días y todo le parecía bien. Nunca se impacientaba. Su antipatía por Juliana parecía haberse disipado y la consideraba una pobre alma de Dios. Juliana tomaba sus calditos, daba sus paseos y gruñía. Juana, mucho más libre que antes, regalábase con su carpintero.

No venían visitas. Doña Felicidad en la Encarnación encubada de arnica; Sebastián estaba en Almada, donde había ido á vigilar las obras; el Consejero había partido para Cintra á dar una fiesta al espíritu, á regocijarse en las maravillas de aquel Eden, como había dicho á Luisa; el señor Julián, el doctor, como le llamaba Juana, trabajaba en su tesis.

Las horas eran regulares. Había siempre gran silencio y gran reposo. Juliana un día en la cocina, impresionada vivamente por aquel recogimiento y por la satisfacción que se respiraba en la casa, exclamó:

—¡Ah, Juana! no se puede estar mejor. La barca va por un mar de rosas. Esto es la felicidad—agregó con una risita extraña.

VII

Por este tiempo, una mañana que Luisa iba hacia el *Paraiso*, vió de repente salir de un portal, poco más adelante del piso de Santa Bárbara, la figura de Ernestillo.

—¡Por aquí prima Luisa!—dijo sorprendido.—¡Por estos barrios! ¿Qué traes por aquí? ¡Vaya un milagro encontrarte en tales calles!

Venia muy encarnado; llevaba recogidas hacia atrás las faldas del gabán y agitaba con excitación un rollo de papeles. Luisa quedó como sobrecogida. Dijole que venía de hacer una visita á una amiga.

—No la conoces. Acaba de llegar de Oporto.

—¡Ah! Bien, bien.

—Y ¿qué has hecho? ¿Cómo has pasado el tiempo? ¿Cuándo viene Jorge?

Disculpóse luego de no haber ido á verla; pero no tenía un minuto libre de la mañana á la noche, ocupado en los ensayos.

—¿De modo que el drama adelanta?—preguntó Luisa.

—Adelanta.



Y añadía entusiasmado:

—¡Y cómo va! Un primor. Cuando se trabaja, se trabaja.

Ahora venía de casa del actor Pinto que hace un papel de amante, el del conde de Monte Redondo. Habíale oído decir las palabras finales del acto tercero: *¡Maldición! La suerte funesta me persigue; pues bien, lucharé brazo á brazo con la suerte. ¡A la lucha!*

Era una maravilla. También venía de recibir sus instrucciones para que modificase el monólogo del segundo acto. El empresario le hallaba un poco largo.

—¿De modo que el empresario continúa molestandote con sus exigencias?

Ernestillo hizo un gesto de duda un poco molesto. Y radiante, añadió:

—Todos están delirantes. Ayer me decía Lerminha: "En la primera representación viene aquí Lisboa en peso. Acabaréis con todos los autores." Es buen hombre. Ahora voy á casa de Bastos el folletista de *La Verdad*. ¿No le conoces?

Luisa no se acordaba bien.

—Bastos, el de *La Verdad*.

Y viendo que Luisa parecía desconocerle, añadió:

—No conoces otra cosa.

Iba á describirle sus facciones...

Pero Luisa, exclamó impaciente para acabar:

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo.

—Pues sí, voy á su casa; somos muy amigos, es buen muchacho y tiene un niño precioso.

La apretó la mano y dijo:

—Adiós, prima Luisa; no puedo perder momento.

¿Quieres que te acompañe?

—No, está cerca.

—Adiós, recuerdos á Jorge.

Iba á alejarse, pero volvió corriendo tras de ella.

—¡Ah! Se me olvidaba... ¿Sabes que la perdoné?

Luisa le miró asombrada.

—A la heroína, la condesa—dijo Ernestillo.

—¡Ah!...

—Sí, el marido la perdona: obtiene una embajada y se va á vivir al extranjero. Es más natural...

—Ciertamente—murmuró Luisa con vaguedad.

—La obra acaba diciendo el conde de Monte Redondo: "Fué á morir en la soledad, víctima de esta funesta pasión." Es de mucho efecto.—Y añadió después de mirarla un momento:—Adiós prima, recuerdos á Jorge.

Y se fué.

Luisa entró muy contrariada en el *Paraiso* y refirió el encuentro á Basilio. ¡Era tan tonto Ernestillo! Podía hablar más tarde de aquello, citar la hora, y ser interrogada sobre quién era aquella amiga de Oporto...

Y quitándose el velo y el sombrero:

—Realmente es una imprudencia venir tantas veces. Sería mejor escasear las visitas. Puede saberse...

Basilio contrariado, se encogió de hombros.

—No vengas, si no quieres.

Luisa le miró y se inclinó:

—Gracias mil—contestó.

Iba á ponerse el sombrero, pero él la cogió las manos y la abrazó murmurando:

—Hablas así de no venir... ¿Y yo? Yo que estoy en Lisboa por tu causa...

—Dices unas cosas... Tienes algunas veces tales maneras...

Basilio la hizo enmudecer á besos.

—Ta, ta, ta... Nada de niños. Perdóname. Estás tan bonita...



Al volver á casa, Luisa reflexionó sobre aquello. No era la vez primera que mostraba despego hacia ella y poco interés por su reputación y su tranquilidad. La quería allí todos los días, el egoísta. ¿Qué le importaba que las malas lenguas hablasen? Y todo ¿para qué? Porque se veía claro que la quería menos. Sus palabras y sus besos eran cada vez más fríos. No tenía ya aquellos arrebatos de deseo como envolviéndola en una caricia palpitante, ni aquella abundancia de pasión que le ponía á sus pies con las manos temblonas como las de un viejo. No se arrojaba ya sobre ella cuando abría la puerta, como sobre apetecida presa. No tenía aquellas conversaciones pueriles, llenas de risotadas y tonterías en las que se olvidaban de todo, después de la hora ardiente y sensual, cuando ella, en dulce laxitud, con la sangre joven, reclinaba la cabeza sobre los desnudos brazos. No, ahora, después de cambiado el último beso, encendía un cigarro como en un restaurant después de comer, é iba á un espejito que había encima del lavabo y se arreglaba el pelo, con un peinecito de bolsillo que ella odiaba. A veces, Basilio hasta consultaba su reloj. Mientras ella se vestía, no iba ya á ayudarla á ponerse el collar, á pincharse con sus alfileres, reír en torno suyo, despedirse con apresurados besos en los hombros, antes de que se pusiera el traje. Ahora iba á repicar en los cristales con aire aburrido.

No la respetaba ni consideraba tampoco. La trataba "por encima del hombro." Hasta el modo de pasear, fumando con la cabeza alta, hablando del *sprit de madame* tal ó de la *toilette* de la condesa cual ¡como si ella fuese una estúpida y sus trajes pobres! ¡Era cargante! Creíase que la honraba siguiendo con ella. Recordaba á Jorge: Jorge que la amaba respetuosamente, para quien ella era la más

bonita, la más inteligente y la más irresistible de las mujeres... Pensó que había sacrificado su feliz tranquilidad á un amor incierto...

Cierto día que le vió más frío y distraído, se explicó con él. Erguida sobre el canapé, habló con buen sentido y mesura. Que veía claro que él se aburría, que había pasado su amor, que eran humillantes para ella esa situación, y que juzgaba más digno concluir...

Basilio la miró, sorprendido de su seriedad; sentía el estudio y la afectación en sus frases, y dijo tranquilamente.

—¡Eso lo traías estudiado!

Luego se levantó bruscamente y le miró de un modo brusco, encogiéndose de hombros.

—¿Estás loca, Luisa?

—Cansada. Hago sacrificios por ti, me comprometo diariamente... ¿para qué? Para verte indiferente y cargante.

—Pero, amor mío...

Luisa sonrió irónicamente.

—"Amor mío." ¡Oh, son ridículos esos fingimientos.

—Esta escena me faltaba—dijo Basilio impetuosamente y cruzado de brazos ante ella.—¿Qué deseas? ¿Qué te ame como en el Teatro de San Carlos? Todas sois lo mismo. Cuando un pobre diablo ama como todo el mundo, con su corazón, sin gestos de terror, es frío, es ingrato, se aburre. ¿Quieres que me ponga de rodillas, que juegue los ojos, que declame, que jure y demás tonterías?

—Tonterías que hacías antes...

—¡Al principio!—contestó brutalmente Basilio.— Ya nos conocemos para eso, hijita.

¡Y no hacía cinco semanas!

—¡Adiós!—murmuró Luisa.

—Bueno. ¿Te vas enfadada?



—No,—respondió Luisa poniéndose nerviosamente los guantes.

Basilio se puso ante la puerta con los brazos abiertos.

—Sé razonable, niñita. Unas relaciones como las nuestras no son el *ducto de Fausto*. Yo te amo, tú, creo que también; hacemos sacrificios mutuos, somos felices. ¿Qué más quieres? ¿Por qué te quejas?

—No me quejo; tienes razón,—dijo Luisa sonriendo tristemente.

—¿Conque no te vas enfadada?

—No...

—¿Palabra?...

—Sí...

Basilio la tomó las manos.

—Dale entonces un besito á Bibí...

Ella le dió un suave beso en la cara.

—Con la boquita,—dijo Basilio amenazándola con la mano.—¡Ah! Rabiosilla, con el genio del tío Antonio Brito, nuestro pariente, que arrastraba á los criados por la trenza. ¿Vendrás mañana?—añadió, acariciándola la mejilla.

—Vendré,—dijo Luisa después de un instante de vacilación.

Entró en su casa humillada y exasperada. Eran las seis y Juliana le dijo que la comida no estaba por no haber regresado Juana que salió á las cuatro.

—¿A dónde fué?

Juliana se sonrió.

Luisa entendió. Había ido á ver á algún amante. Hizo un gesto desdeñoso de compasión.

—Pues ganará mucho con ello. ¡Valiente tonta!—dijo.

Juliana la miró asombrada.

—¡Está loca!—pensó.

—Esperaré ¿qué vamos á hacerle?—dijo Luisa.

Paseaba excitada, murmurando con despecho:

—¡Egoísta, infame, grosero! ¡Y se pierde una mujer por un hombre así!... ¡Qué estupidez! Cuán pronto se cansan los hombres de amar.—Se acordó de Jorge. *¡Este, sí!* Su amor era siempre el mismo; vivo, invariable. *¡Pero el otro!* ¡Qué indigno! *Le conocía ya mucho...*

Ella, ¿le amaba?—se interrogó.—Imaginó situaciones: si él quisiera llevarla á Francia, ¿iría? ¡No! Si enviudase, por desgracia, ¿se casaría con él? ¡No!

Pues entonces... Como quien se asombra al destapar un frasco muy cerrado y ver evaporado el perfume, así se admiró ella al ver vacío su corazón. ¿Qué la empujó á él? No lo sabía; acaso la novelesca curiosidad de tener un amante, pequeñas vanidades cierto deseo sensual...

¿Pero qué sentía ahora de extraordinario?

Comenzaba á estar menos conmovida al lado de Basilio que al de su marido. Un beso de Jorge la turbaba más, á pesar de vivir con él hacía tres años. Nunca se aburría á su lado, pero sí ya al de Basilio. ¿Qué era éste para ella? Como un marido poco amado que busca cariño fuera de casa. ¿Valía la pena?

¿En qué estaba la causa de esto? En el amor, tal vez, porque al fin, Basilio y ella estaban en las mejores condiciones para lograr una dicha excepcional: eran jóvenes, les atraía el misterio, les excitaba la dificultad... ¿Por qué, entonces casi bostezaban juntos? Es que el amor es esencialmente percedero y empieza á morir cuando nace. Sólo el principio es bueno; hay en él entonces entusiasmo... delirio... trozos de cielo... Pero luego... Vió claramente la explicación de la existencia de Leopoldina. Cambiando de amante cada semana y renovando así sensaciones. Y por la tortuosa lógica de los amores impuros, su primer amante la hacía pensar en el segundo.



Al día siguiente se la ocurrió que el *Paraiso* estaba lejos. Se quedó en casa y mandó á Juliana á preguntar por doña Felicidad.

Aquella tarde recibió carta de Jorge. Decíala que aun se detendría, pero que empezaba á pesarle su viudez. "¿Cuándo vería en la alcoba de su casita?"

Quedó Luisa conmovida y sintió vergüenza y remordimiento. Un deseo infinito de ver á Jorge, de besarle, y el recuerdo de sus pasadas dichas la hicieron escribirle en el acto: "Que también estaba cansada de verse sola; que volviese, porque era estúpida aquella separación... Y era sincera en aquel instante.

Había cerrado el sobre, cuando Juliana entró con una carta del hotel. Basilio se mostraba desesperado. "¿Cómo no has venido? veo que estás incomodada. Es tu orgullo y no tu amor el que te domina. He esperado hasta las cinco. ¡Qué suplicio! Debemos perdonarnos mutuamente, arrodillarnos uno ante otro y olvidar todo resentimiento en un mismo amor Ven mañana. ¡Te adoro tanto! ¿Qué más pruebas quieres que las de abandonar mis intereses, mis relaciones, mis gustos y enterrarme en Lisboa?... etc., etc."

Se puso nerviosa sin saber lo que debía hacer ni lo que quería. Aquello era cierto. ¿Por qué estaba él en Lisboa? Por ella. Le confesaba que no le amaba y si le amaba, ¡era tan poco!... Era hacer traición vil á Jorge; tan bueno, tan enamorado, que sólo para ella vivía... Se arremolinaban sus ideas como hojas de otoño sacudidas por vientos contrarios. Deseaba estar tranquila. ¿Para qué volvía aquel hombre á escribirla?

A la mañana siguiente estaba todavía dudando: ¿iría ó no? Echó al aire una moneda de cinco tostones... Cara: debía ir. Vistióse de mala gana, tenien-

do aún cierto deseo de los refinamientos del placer que dan las expansiones de la reconciliación...

Esperaba hallar á Basilio humilde, y ¡qué sorpresa! le encontró áspero y con el ceño fruncido.

—¡Parece increíble! ¿Por qué no viniste ayer, Luisa?

La víspera resolvió Basilio "hacerla entrar en caja," y la escribió mostrándose humilde para atraer y jurándose ser severo al castigar.

—Ha sido una ridícula niñada,—dijo.—¿Por qué no viniste?

Aquel tono la irritó.

—Porque no quise.

Y agregó, corrigiéndose:

—No pude.

—¡Ah! ¿Es ese el modo de responder á mi carta? —dijo Basilio.

—Y tú, ¿es ese el modo de recibirme?

Se miraron irritados.

—¡Bueno! ¡buscas quimera! Eres como las otras.

—¿Qué otras?—dijo Luisa.—Esto es demasiado.

Adiós.

Y fué á salir.

—¿Te vas, Luisa?

—Me voy. Vale más acabar de una vez...

Basilio cerró la puerta rápidamente.

—¿Hablas en serio, Luisa?

—Si. ¡Estoy cansada ya!

—Bueno, vete. ¡Adiós!

Abrió la puerta para dejarla pasar y se inclinó profundamente. Ella dió un paso y murmuró Basilio con trémula voz:

—¿Para siempre?

Luisa se detuvo pálida. Aquel triste "para siempre," la emocionó y rompió á llorar.

El llanto la hacía más linda. ¡Parecía tan frágil!



tan desamparada! Basilio se arrodilló con los ojos húmedos:

— Si me dejas, moriría...

Sus labios se unieron en un beso largo, profundo. La excitación de los nervios les dió momentáneamente la sinceridad de la pasión... Fué un día delicioso.

Ella murmuró, en sus brazos, pálida como la cera:

— ¡No me dejarás nunca! ¿verdad?

— ¡Nunca, te lo juro!

Se hacía tarde. Ocurrióseles la misma idea y Basilio dijo ávidamente:

— ¡Si pudieses quedarte aquí esta noche!...

— No me tientes — dijo Luisa suplicante.

Basilio suspiró:

— Es una tontería... Vete.

Luisa se arregló de prisa. De pronto, dijo:

— ¿Sabes una cosa?

— ¿Qué, amor mío?

— Que me caigo de hambre; no almorcé casi nada.

— ¡Pobrecilla! — dijo Basilio desolado — si lo hubiera sabido...

— ¿Qué hora es?

— Las siete — dijo avergonzado mirando el reloj.

— ¡Ay, Dios mío! — exclamó Luisa poniéndose atropelladamente el sombrero. — ¡Qué tarde, Dios mío, que tarde!

— ¿Y á que hora mañana?

— A la una.

— ¿Sin falta?

— Sin falta.

Al día siguiente fueron puntuales. Basilio la esperó en la escalera y apenas se vieron, se comieron á besos.

— ¿Qué me has dado? Desde ayer estoy loco.

Luisa estaba preocupada con un cesto que vió sobre la cama.

— ¿Qué es aquello?

Basilio sonrió, la llevó junto á la cama y descubrió gravemente el cesto.

— ¡Provisiones, un festin! No dirás luego que tienes hambre.

Era un *lunch*. Había *sandwichs*, un *paté de foie-gras*, una botella de *champagne* y hielo envuelto en un trapo de lana.

— ¡Magnífico! — dijo Luisa roja de placer.

— Lo que pude arreglar, para que veas que pienso en ti.

Puso el cesto en el suelo y la miró con los brazos abiertos.

Y tú... ¿te has acordado de mí?

Por ella respondieron sus ojos y la presión de sus brazos.

A las tres merendaron, extendiendo una servilleta sobre la cama: la loza tenía la marca del *Hotel Central*: aquello le pareció á Luisa adorable y reía sensualmente, haciendo sonar el hielo dentro de la copa de Champagne llena. Desbordábase la dicha en gritos, en besos, en toda clase de ruidos deliciosos.

Nunca encontró tan guapo á Basilio: hasta el cuarto le parecía propio de aquellas intimidades. Creía posible vivir en aquel escondite años enteros, feliz con él, en amor no interrumpido y con *lunchs* á las tres... Usaban las monadas clásicas: se daban bocaditos con los labios, enseñando ella sus blancos diente-citos. Bebian en la misma copa, devorándose á besos, y él quiso enseñarla la verdadera manera de beber Champagne porque tal vez no supiera...

— ¿Como és? — dijo Luisa alzando su copa

— No es con la copa ¡horror! Nadie que se estime



bebe en copa el Champagne. La copa es buena para el vino de colores...

Tomó un sorbo de champagne y entre un beso lo pasó á la boca de ella. Luisa rió mucho y lo halló *divino*. Quiso beber más así. Se iba poniendo roja y la brillaba la mirada. Quitarón los platos de la cama y sentada ella al borde de esta, dejó balancear sus piernas calzadas con medias de color de rosa, mientras que un poco inclinada, con los codos sobre el regazo y la cabecita baja, tenía la gracia lánguida de una paloma cansada.

Basilio la hallaba irresistible. Se arrodilló, la tomó las piernas entre las manos y las besó; luego afeó sus ligas con broches de metal y la besó respetuosamente las rodillas, pidiéndola bajito no sé qué cosa. Ella se ruborizó, sonrió y dijo que no...

Al volver de su delirio, se tapó la cara con las manos, roja de vergüenza y murmuró reprobativamente:

—¡Oh, Basilio!

El se retorció el bigote satisfecho. ¡La había enseñado una sensación nueva y era suya!

Hasta las seis no se desprendió de sus brazos. Luisa la hizo jurar que pensaría en ella toda la noche. No quería separarse de él. ¡Tenía celos del Gremio, del aire, de todo! Ya fuera, en el descansillo, le miraba, volvía, le besaba locamente y repetía:

—¡Mañana más temprano! Para estarnos todo el día, ¿verdad?...

—¿No vas á ver á doña Felicidad?

—¿Qué me interesa á mi doña Felicidad? ¡No me importa nadie más que tú, tú solo!

—¿A mediodía?

—¡Sí, á mediodía!



